

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ ⁽¹⁾

I

El día de la celebración del centenario de un hombre célebre de Sud-América terminaba su existencia otra nueva celebridad de ese mismo país, debido á las emociones causadas por esa misma fiesta en el corazón patriota de la víctima, según la explicación más natural y caritativa de esa catástrofe, aceptada por la voz común.

¿Cómo se explica el poder y efecto de esa simpatía? ¿Por la mera impresionabilidad de un carácter entusiasta ó de un patriotismo común? Todo menos que eso.

(1) Este fragmento forma parte de una importante serie de estudios inéditos sobre *Hombres públicos de Sud-América*, que el depositario de los manuscritos de Alberdi ha tenido la bondad de comunicarnos, dejándonos la elección de las páginas que deseábamos ofrecer como primicia á los lectores de *La Biblioteca*. Hemos dado la preferencia á la apreciación conmovida y justiciera del más completo « hombre de letras » argentino por su amigo más constante é íntimo. Con esta publicación creemos servir no tan sólo la memoria respetada de Gutiérrez, sino también la del célebre pensador político y agudo polemista que en ella se presenta bajo una faz imprevista y del todo simpática. — Estas páginas fueron escritas en 1878, según lo expresa el autor en una nota que transcribimos:

« Lo empecé en los primeros días de abril (1878), pues el 1º recibí la noticia de la muerte de Gutiérrez, treinta y cinco años menos cinco días del en que dejamos el Plata, en el EDÉN, para Italia, el 6 de abril de 1843. — Nació don J. M. G. en Buenos Aires, el 6 de mayo de 1809, y murió en la misma ciudad el 26 de febrero de 1878, en la calle de Venezuela número. 172. »

Gutiérrez festejaba en San Martín, con el fervor de su carácter generoso, no al hombre, sino á la independencia de América, de que ese guerrero es considerado como símbolo argentino, con justicia ó sin ella. Que el valor real del hombre corresponda ó no á la magnitud del símbolo, no es cuestión del caso. Gutiérrez, como el país, veía en San Martín la independencia argentina, y esto basta para santificar el culto y causa del fanatismo por la personalidad simbólica. En las apreciaciones humanas, es muy raro que el símbolo corresponda á la realidad de la identidad simbolizada.

La afinidad entre San Martín y Gutiérrez viene de que los dos eran símbolos de la misma cosa: la Independencia. Razón debía de ser ésta más bien de dividirlos; pero el uno la representaba como guerrero, el otro como hombre de Estado. El uno como símbolo aceptado y conocido, el otro como símbolo ignorado y por conocerse.

Este es el objeto principal de este estudio.

La América del Sud ha perdido en Juan María Gutiérrez uno de sus primeros hombres de Estado, en el alto y verdadero sentido de este nombre. En la acepción ordinaria, *hombre de Estado* quiere decir hombre capaz de brillantes atentados contra la constitución del Estado; hombre de *golpes de Estado*, es decir capaz de golpear al mismo Estado, invocado como objetivo de un crimen patriótico; como si el Estado pudiese deber jamás su salud á un crimen! Un golpe de Estado es una revolución hecha por un gobierno. ¿Contra quién? Contra el país, en la persona del gobierno destruído. Pero sólo el país puede hacer una revolución capaz de ser legitimada, y eso, una vez cada siglo. En el Plata, por ejemplo, los años de mil ochocientos diez y mil ochocientos cincuenta y dos del siglo XIX.

No merece el título de hombre de Estado sino el político capaz de dotar al Estado del gobierno de sí mismo, es decir de fundar el gobierno libre de su país.

Por gobierno libre no se entiende el gobierno que todo lo puede, el poder sin límites. En tal caso, no habría gobierno más libre que

el gobierno más despótico y tirano. Sólo se entiende por *gobierno libre* el gobierno del país por el país — es decir, el país independiente, ó la independencia del país, no sólo de todo poder extranjero, sino de todo poder interno que no sea el país mismo, ó el fruto de su libre elección.

Tal es el sentido en que la independencia significa libertad, y la libertad, independencia.

Pocos son los hombres de Estado que hayan servido á la libertad de su país en las dos faces, externa é interna. Uno de los pocos es Washington. Él sirvió como guerrero á la libertad exterior ó independencia de su país, y, como hombre de Estado, á la creación del gobierno interior ó á la libertad propiamente dicha de los Estados Unidos. Por eso no tiene parangón en el mundo americano, y menos aún en el mundo europeo. En eso difiere San Martín de Washington: en que sólo sirvió á la independencia ó libertad exterior de la República Argentina. La libertad interior nada le debe. Como hombre de Estado, Gutiérrez es más de la escuela de Washington que de la de San Martín. Él ha servido á las dos faces de la libertad de su país en su terreno de hombre de Estado, y por eso es el primero de los hombres de Estado de su país, sin ser el único. Como ministro de Estado en relaciones extranjeras, á él le pertenece el honor de haber promovido el tratado de paz que puso fin á la guerra de la independencia y consagró la obra de San Martín con el derecho internacional, que gobierna á las naciones civilizadas.

Además, como publicista, orador y diputado, él colaboró en rango superior en la obra y sanción de la Constitución nacional que el Congreso constituyente de Santa Fe sancionó en mil ochocientos cincuenta y tres, y contribuyó á completar y afirmar esa grande institución, propósito cardinal de la revolución de mayo de mil ochocientos diez, por todos los trabajos de su política exterior, en que sirvió á la integridad argentina y la salvó creando, se puede decir, la verdadera política exterior de la Nación.

Salido del poder, pasó del terreno de la organización política al

de la organización moral de su país, sirviéndole con su celo y sus trabajos como rector de la primera universidad de la República, en la instrucción y educación de la juventud durante veinte años, en que le han debido su cultura sana y fecunda más de dos generaciones. Colaborador de Echeverría en los trabajos de la reforma social argentina, lo acompañó también por sus trabajos instituidos con el designio de formar el gusto de su país en la literatura moderna llamada entonces *romántica*. Antes de servir á la libertad de su país como hombre de Estado, la sirvió como poeta, como escritor elocuente por sus minuciosos y variados trabajos, por sus *conversaciones* luminosas, elocuentes y admirables, que hubieran podido estenografiarse para honor de la literatura argentina, contribuyendo así, con Florencio Varela, con Rivera Indarte y otros talentos de su época á mantener encendido el fuego santo del amor patrio.

Por la altura de su corazón y el lustre de su bello espíritu, Gutiérrez era un poeta, sin perjuicio de ser un matemático. De ahí viene la santa y preciosa alianza que bullía en su inteligencia, de un superior buen gusto con un superior buen sentido práctico. Antes de comenzar su peregrinación de libertad, que absorbió los años más bellos de su vida, sirvió á su país en los trabajos de su topografía, colaborando en el departamento de este ramo de la administración pública, con el sabio coronel Arenales, con Salas, con Outes y otros eminentes talentos argentinos y extranjeros, á quienes Buenos Aires y la Nación debieron las cartas topográficas en que la ciencia geográfica toma sus más preciosos datos auxiliares para sus estudios y trabajos sobre los países del Plata.

En el campo de la instrucción y de las letras, cuyo centro estaba en Buenos Aires, se hizo Gutiérrez de esa multitud de relaciones y amistades con los jóvenes de todas las provincias que cursaban allí sus estudios. Como no había provincia argentina que no tuviese jóvenes en Buenos Aires, ya como estudiantes en su Universidad única y gratuita en cierto modo, ya como empleados en el comercio

por razón de ser la plaza principal de la República. Gutiérrez tenía amigos y conocidos personales en todas las provincias. De cada una de ellas tenía conocimientos y detalles como si la hubiese habitado, y en cada una de ellas se tenía noticias personales de él. Era un provincial en este sentido; pero en el verdadero sentido, era un nacional más bien, desde antes que la Nación estuviera constituida por escrito.

Ese precedente de su juventud, seguido en su peregrinación de apostolado liberal en todos los países circunvecinos de la República Argentina, dispuso su espíritu á considerar en grande y ver en conjunto á la nación de su origen, que fué y quedó en su modo de verla y amarla el Estado ó Nación Argentina.

Así se formó en él naturalmente el nacionalismo argentino, que más tarde fué su principio y regla de conducta como ciudadano argentino. Gutiérrez fué un *argentino* antes que un *porteño*, sin dejar de amar por eso á su provincia nativa, cuyo nombre no se separaba de sus labios en la ausencia, porque su memoria no se separaba de su corazón. Pero él no veía en Buenos Aires sino la más bella parte de su país, que era todo el país argentino; no en teoría, como sucedió á Rivadavia y á los más de su *partido unitario*, sino por la educación y sentimiento formados en él, como hemos dicho, por el giro y carácter de toda su vida. Con ese modo de ser de su espíritu, venido del modo de ser de su vida entera, es claro que Gutiérrez no podía tener otro campo que el de la Nación, el día que reapareciese entre ella y su provincia nativa el conflicto triste que debilitó á la República Argentina desde el principio de su revolución contra España, dando lugar á los dos partidos geográfico-políticos y político-económicos, conocidos y vistos vulgarmente como *partido unitario* y *partido federal*. Es lo que sucedió después de caído Rosas.

Abrazando la causa nacional argentina, como tantos *porteños* ilustres, Gutiérrez no fué un mal hijo de Buenos Aires. Mostró, al contrario, amarla de un modo más inteligente y digno de él que los que á fuerza de amor local quieren verlo aislado, achicado,

disminuído, es decir, separado de la Nación, que le da todo, y sin la verdadera importancia por la cual es un país más grande que el Estado Oriental del Uruguay. Espíritu culto y elevado, abrazando en sus miras el conjunto y la unidad entera de su país argentino, Gutiérrez no conoció jamás ese patriotismo de campanario y de aldea que sólo es propio de niños, de viejos y de enfermos (de espíritu cuando menos), de la parte flaca y sedimental de toda sociedad. Es la que representó en Buenos Aires el federalismo de nuestros primeros caudillos y demagogos sin patriotismo.

Esa razón de verdadera y culta política nacional explica la actitud que tuvo en las discusiones tumultuosas de junio de 1852, en la legislatura de Buenos Aires. Eso explica también toda su política de verdadero hombre de Estado en el tiempo en que fué Ministro de Relaciones extranjeras del gobierno más nacional y más argentino que haya tenido la República desde su formación, en 1810. De ahí es que, con ocasión de la pérdida que en él hacía el país, ha sido visto y lamentado en Buenos Aires solamente por su obra social, es decir provincial, como sucede con la obra de Rivadavia, que es apreciado en su provincia nativa por su obra social, no por su obra política de nacionalista unitario. Los mismos que saludan su estatua y se enorgullecen de su fama perseguirían hoy como traidor al Estado de Buenos Aires al que pidiese las instituciones que Rivadavia quería dar á la Nación, es decir la división de la provincia de Buenos Aires, la capitalización de la ciudad y de sus hombres, y la nacionalización de todos los establecimientos públicos en ella situados.

Así, por la dirección ó corriente de su vida y por la naturaleza de sus trabajos, él se ha encontrado de colaborador de Rivadavia, trabajando en su misma obra de la organización del gobierno nacional interior, de la formación de sus relaciones extranjeras, de la educación é instrucción de las nuevas generaciones; con esta diferencia que es justo no olvidar : que Gutiérrez ha sido más feliz que su modelo, porque ha visto el coronamiento de lo que Riva-

davía empezó, proyectó, deseó, pero no le fué dado ver concluído.

De ahí viene la predilección y simpatía que Gutiérrez acreditó siempre á Rivadavia, á su memoria, á su carácter, á su obra de patriotismo nacional. Después de San Martín, es decir, de la independencia ó libertad exterior de la patria, fué Rivadavia el objeto de su veneración, como representante de la causa del progreso interior, de la civilización y cultura del país; de su arreglo y mejoramiento general interno — lo que quiere decir de su *nacionalismo*.

Con esas ideas y con ese modo de entender el nacionalismo argentino, no era de extrañar que en su provincia nativa tuviese como político un poco del destino que cupo á Rivadavia, y fuese digno de indulgencia por sus pecadillos y veleidades contra el patriotismo local de Buenos Aires. Se diría que ha sido en eso más feliz que Rivadavia, desde que ha podido morir en su provincia, mientras que este ilustre porteño, no pudiendo tener esa suerte, murió en Cádiz. Pero, en realidad, es menor la diferencia de su destino final, en cuanto han muerto fuera del movimiento que habían tenido que contrariar desde lo alto de los grandes principios de la independencia americana y de la soberanía del pueblo argentino. Por eso es que Buenos Aires ha visto á Gutiérrez, con ocasión de su muerte, por todos sus bellos lados menos por su gran lado, que era el de estadista argentino. Ha tomado á Gutiérrez como un mero fanático de San Martín, cuando no fué en realidad sino su colaborador más eminente en la grande empresa de hacer de su país nativo un Estado ó Nación argentina: el uno de hecho por la espada; el otro de derecho por un tratado de paz y de reconocimiento.

Buenos Aires ha visto á Gutiérrez de perfil, porque siempre vió de perfil á la República Argentina, que la figura política de Gutiérrez reproducía sólo de frente. Vista de frente, la Nación argentina es la *Nación* soberana de la *provincia* de Buenos Aires; y Gutiérrez, por su nacionalismo eminente, es el primer hombre de estado de Buenos Aires, porque lo fué de todo el país argentino, no después sino á la par de Rivadavia.

Su figura política, para ser bien comprendida, ha de necesitar lo que ciertas pinturas, cuyo mérito ó sentido se hace perceptible á medida que uno se aleja del cuadro: ha de necesitar que pase el tiempo que falta para que la provincia de Buenos Aires comprenda, en su conjunto y sentido, la grande y bella figura de esa entidad que se llama la Nación argentina; y será feliz entonces en apercibirse Buenos Aires de que ella forma la hermosa frente de esa hermosa nación: una facción bella de un bello rostro, no un rostro sobrepuesto á otro rostro, formando el monstruo político que desearan ver los émulos de esos realistas que la *República Argentina* echó del Río de la Plata en mil ochocientos diez.

II

Gutiérrez, como Chateaubriand, como Lamartine, como Martínez de la Rosa, no había nacido para hombre político, pero le tocó serlo y ejerció tanto influjo en la política como en las letras de su país, ambos influjos sanos y buenos por su índoles y efectos. Entre las letras y la política hay una conexión material, y es que las letras, al servicio de un talento real, conducen por la forma á la popularidad, y por el ruido á la política, sobre todo en tiempos y países de gobiernos populares y democráticos. Sin embargo, Gutiérrez no era extraño al derecho. Era, lejos de eso, *doctor en derecho*, es decir que podía enseñarlo, pues lo había aprendido. Pero él llegó á la política no como abogado famoso, sino como literato renombrado. Por uno ú otro camino, él se encontró en su terreno el día que pasó de la república de las letras á la república de los derechos políticos.

Y como las letras forman una república universal ó internacional de todos los pueblos dotados del amor del arte y de lo bello, un talento literario de grande expectabilidad hace del que lo posee una especie de hombre internacional, un ciudadano de todas partes, y en especial de todos los países que hablan un mismo idioma.

Esta circunstancia, unida á la peregrinación política por causa de la libertad de su país, hizo de Gutiérrez un amigo natural del extranjero, — del de Europa por afinidades literarias y sociales, del de América por relación de lenguaje, de gobierno, de religión, de costumbres, de origen y destinos. Peregrinando en América por la libertad de su país (pues no emigró de él por causa literaria, sino política, como toda la juventud de su tiempo) y habitando en varios de sus Estados, acabó por ser un patriota americano, por un camino análogo al que lo formó un nacionalista argentino.

Bien entendido que el americanismo de Gutiérrez no era el americanismo de Rosas. Lejos de ser incompatible con el amor á la Europa y al europeo, era ese americanismo que busca en la Europa y en su civilización la palanca y apoyo para elevar la civilización, la riqueza y el poder de la moderna América al nivel del progreso europeo en todos los ramos y elementos sociales.

Gutiérrez era lo que entre nosotros, americanos, se llama un *européista*: es decir, un amante de la Europa moderna y de su espíritu como el mejor instrumento para poblar, enriquecer, educar, civilizar á la América independiente y democrática. Era européista en el sentido en que lo fueron Rivadavia y Florencio Varela, y tal vez en más alto sentido que ellos. No para someter la América del sud al pupilaje de la Europa, con la mira de completar su educación de mundo autónomo y libre, como han querido tantos reformadores monarquistas; sino para afianzar, vigorizar y robustecer su democracia independiente y soberana. Gutiérrez era un republicano de corazón, de educación, de instinto. Modesto, laborioso, sobrio, sin aspiraciones al poder, no hizo jamás del patriotismo un medio de ganar empleos para vivir de sus salarios. Se ocupó en cosas de necesidad para ganar el sustento, de sus trabajos de agrimensor é ingeniero civil. El trabajo literario era su placer. No frecuentó el gran mundo, no conoció el lujo, no amó los placeres bulliciosos y dispendiosos. Tal vez por eso las fiestas del centenario, que duraron tres días, lo hallaron mal preparado para resistirlas.

Si no hizo libros, al menos hizo autores. Estimuló, inspiró, puso en camino á los talentos, con la generosidad del talento real que no conoce la envidia. Bueno ó malo, yo soy *una* de sus obras. — Hemos podido influir mutuamente uno sobre otro, pero él ha ejercido en mí diez veces más influencia que yo en él. Desde luego, yo fuí su órgano y agente en su obra diplomática, que sólo en este sentido me pertenece en parte subalterna.

Yo creo que su modestia no le dejó conocer todo el esfuerzo de que era capaz. Teniendo el poder de producir, se limitó muchas veces á compilar, al revés de otros que en vez de limitarse á compilar lo que eran incapaces de producir, se hicieron autores de obras que otros escriben.

Como Diderot, Gutiérrez valía más que sus obras. Hizo escribir á otros, más bién que escribir él mismo, pero no para apropiarse lo ajeno sino para dar lo suyo. Formó talentos, si no compuso libros.

El encanto que daba todo poder á su palabra, residía en la amenidad de su tono, en la gracia y facultad prodigiosa de la expresión llena de chispa y buen humor jocoso, la ligereza que le hacía incapaz de cansar la atención. No era enfático, ni magistral, ni pedante. Discípulo de Voltaire en buen gusto literario, era simple, fácil, sin frase ni énfasis. Tolerante y condescendiente, como hombre bien educado, no amaba la disputa ni la contradicción por sistema ó temperamento, achaque tan común en hombres de su saber. Su buena educación era el secreto principal de su buen gusto literario. No en vano se ha dicho que el estilo es el hombre; y esto se aplica á la palabra, más que al estilo. No es perito en el decir sino el que es probo y bien criado. Sólo él es orador elocuente.

Gutiérrez era sobrio en el estilo como lo era en su conducta de vida. Evitaba los floripondios y ornamentos exagerados y extravagantes, como cosas de mal gusto « gaucho ». La frase retumbante y pretenciosa no era su defecto — indicio á menudo de la ignorancia ó de la mentira, — porque en realidad no le hacía falta.

Cuando Gutiérrez no influía por el encanto en sus escritos, edificaba por la elocuencia de su palabra, de sus conversaciones más simples. Tenía el talento de hablar, y ese talento al servicio de una cabeza rica de instrucción y de un corazón siempre abierto y lleno de buenos sentimientos. El que escribe estas líneas debió á sus conversaciones continuas la inoculación gradual del *americanismo* que ha distinguido sus escritos y la conducta de su vida. — Gutiérrez le comunicó su amor á la Europa y á los encantos de la civilización europea. Él fué, en más de un sentido, el autor indirecto de las *Bases* de la organización americana.

Después de nuestros padres, nadie tiene mayor parte en nuestra educación que nuestros amigos íntimos y familiares. Son nuestros monitores natos. Nos educan sin saberlo, y según es su educación así resulta la nuestra. Gutiérrez era un educacionista, porque él mismo tenía educación, al revés de otros que son educacionistas por razón de no haber recibido educación. Entre los amigos que nos educaron figuran los libros predilectos que leemos habitualmente, y también según son ellos así es naturalmente la educación que les debemos.

El mismo Gutiérrez completó su educación europeísta y liberal en ese origen, es decir en su trato con europeos distinguidos y en su familiaridad con la literatura francesa, nodriza natural de nuestra sociedad americana moderna. Enemistado con España por causa de esa independencia, que nosotros queríamos y que ella nos negaba, no nos era simpática su literatura, que por otra parte nada tenía que enseñarnos en punto á libertad.

La prolongación de la guerra de la independencia por quince años, y del entredicho que la siguió por otros quince, tuvo un influjo decisivo en la suerte del idioma español en Sud-América. Durante ese tiempo, penetraron y tomaron su lugar, con el comercio de libros y con el comercio de cosas, las lenguas y las literaturas de Francia, de Inglaterra, de Italia, de Alemania. Los hombres mismos de esas naciones, que, al favor del nuevo régimen

inmigraban en nuestro suelo, mostraban sus ideas, sus gustos, sus costumbres, y nos daban esa educación sin cátedra que nos da la sociedad en que vivimos.

Pero, como la enemistad y entredicho con España no quitaba que fuera nuestra madre, y su idioma nuestro idioma, era preciso cultivarlo en mayor grado que los idiomas extranjeros. Gutiérrez satisfizo esta necesidad de toda buena educación literaria para Sud-América. Hizo de la literatura española un estudio especial. Hijo de padre español, hombre instruído y bien educado, se puede decir que de sus labios recibió su idioma con sus primeros cariños. Familiarizado más tarde con sus clásicos, llegó á escribir como un español, al decir de Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Ochoa y otros maestros del idioma castellano, que lo leyeron en París y lo apreciaron en los términos más lisonjeros en reuniones literarias á que asistía nuestro compatriota, el señor D. Manuel J. de Guerrico. La Academia española no hizo jamás una elección más digna para ser uno de los miembros correspondientes de ella en Sud-América, que la que ofreció á Gutiérrez, y que éste declinó, por razones ajenas de este escrito y que no excluían en Gutiérrez ni el respeto á la Academia ni mucho menos al idioma castellano, tal como la Academia lo representa; pero en realidad él era de hecho un académico. En eso, como en política, dos impulsos gobernaron su conducta: la conciencia y el desinterés.

III

Pero no por eso este libro viene á ser un programa ó manual de política argentina. En las miras del autor, ante todo, es un tributo piadoso que tiene el consuelo de pagar á la memoria de una amistad casi tan larga como su vida. Yo no podría recorrer con el recuerdo mi existencia pasada sin encontrarme á cada paso en la sociedad de Gutiérrez, en Buenos Aires, en Montevideo, en el mar,

en Italia, en Francia, en Chile, en Lima, en Valparaíso: en los estudios, en los paseos, en las fiestas y banquetes, en la política de los principios, en las alegrías y tristezas nacionales, en la vida privada y en la vida pública.

De recuerdos de esta clase se compondrán los siguientes capítulos, sin sujeción á método ni aliñamiento, de que las impresiones del corazón son incapaces. Pero cada recuerdo será de algún acto, de alguna cualidad, de algún examen ó cosa, capaces de servir para dar una idea más perfecta del hombre notable á quien son consagrados. Así yo pido al lector mil perdones, si en estos recuerdos tengo á veces que mezclar mi persona para llenar mejor mi objeto. Me mezclaré sólo para hacerlo ver mejor. Seré el marco de su cuadro, el pedestal de su busto.

Gutiérrez estaba en la flor de su juventud cuando tuve la suerte de conocerle y contraer su amistad para toda la vida. Tendría entonces veinte á veinticinco años. Las letras y su cultivo fueron la ocasión de nuestro conocimiento. Él parecía no tener otro que absorbiese su atención, sin embargo de la elegancia rara de su persona y modales, que lo hacían propio de la más brillante sociedad. No ponía los pies en bailes ni salones. Rey de los « leones », no se trataba con ninguno de ellos. La reserva de su vida apartada y siempre doméstica era tan inexplicable, que se hubiese tomado como coquetería por el que ignoraba que era la costumbre y rutina en que fué educado por su padre.

Su contacto de predilección era el de un joven que se le parecía por las condiciones de su educación recibida en Europa. Ese joven, don Juan Thompson, y otro por el estilo, también educado en Europa, don Esteban Echeverría, fueron las relaciones de Gutiérrez, originarias de esa especie de europeísmo de su espíritu que lo distinguió toda su vida. La relación de Thompson, aunque capaz por sí sola de explicar muchos adelantos de Gutiérrez en esa dirección, le trajo otra relación más importante, ó que fué al menos la que más influyó en la educación de sociedad y de mundo de Gutiérrez. Fué la de la

señora madre de su amigo, doña María Sánchez de Thompson, más tarde, por su segundo matrimonio, madama de Mandeville, personalidad importante de la mejor sociedad de Buenos Aires, y sin la cual es imposible explicar el desarrollo de su cultura y buen gusto. Su gran fortuna y su talento hicieron por largo tiempo de su casa y de su sociedad un foco de elegancia y buen tono. Como viuda de Thompson, que fué uno de los contemporáneos y colaboradores de la revolución contra España, doña María Sánchez se distinguía por su liberalismo ilustrado, y más tarde por el europeísmo culto de su espíritu, con motivo de su segundo matrimonio con M. de Mandeville. El papel de madama de Mandeville en la sociedad de Buenos Aires ha sido comparado más de una vez con el de madama de Sévigné, en Francia, por su talento, cultura y buen gusto, sin sombra de pretensión literaria. Si no se ha reunido y publicado su correspondencia no es porque no lo merezca; pero lo variado y numeroso del círculo de sus correspondientes ha suplido la publicación de una labor que tal vez quede inédita para siempre, en daño de las letras argentinas y del mérito más distinguido y original, por ser el más simple, natural y doméstico.

Si me he extendido en detalles sobre esta amistad de Gutiérrez, es por la gran influencia que ella tuvo en su educación y carácter de hombre de sociedad y de mundo: madama de Mandeville ha sido la segunda madre de Gutiérrez en su instrucción intelectual y social. En el espíritu y buen gusto, en la cultura del trato, en sus maneras europeas de buen tono, en su gusto por lo simple, elegante y distinguido, en su amor al progreso de nuestra cultura argentina, eran la madre y el hijo en lo parecidos. Gutiérrez, sin embargo, no frecuentaba sus salones, que eran los del mejor tono en Buenos Aires, por la reserva habitual de su vida de hombre ocupado en estudios y trabajos que exigen recogimiento y concentración.

En este terreno sus relaciones habituales eran las de sus amigos, cuyos hábitos, gustos, estudios y tendencias armonizaban con las suyas. Se sabe cuánta influencia tienen en la suerte de los hom-

bres y de las sociedades esas ligas sin vínculo formal, sin reglamento, libres como las sensaciones y los gustos.

Una de esas relaciones de Gutiérrez fué la de don Estéban Echeverría, joven entonces que llegaba de Europa, donde había recibido educación é instrucción nada comunes, y traía á su país, Buenos Aires, todo lo que estaba en la atmósfera agitada de la sociedad francesa de la Revolución de Julio (1830) (1). Echeverría no había pasado sus años de París en los cafés de los bulevares, en el bosque de Boulogne — que entonces no existía — ni en los teatros, como ha sido de moda en años posteriores entre la juventud argentina que visitó á París en busca de cultura. Dotado de medios y de buena dirección, Echeverría, bien introducido, frecuentó sociedades y gentes elevadas, en que vió de cerca v. gr.: á hombres como Destutt de Tracy, Manuel, Benjamín Constant y otras eminencias de la Restauración.

Regresado á Buenos Aires después de algunos años, por conveniencias de su posición privada, habitó la campaña y se ocupó de intereses rurales, es decir de lo más serio é importante que nuestro país contiene.

Esto añadió á su cultura europea de carácter general el positivismo serio que lo distinguía, sin perjuicio de su espíritu siempre liberal y progresista. Hablando de Echeverría no salgo de mi objeto, pues había mucho de él en Gutiérrez, lo cual quiere decir que había, por ese lado, un caudal adicional de bueno, de honesto, de culto, como era su amigo don Esteban. Fué en efecto Echeverría el que inició á Gutiérrez en las novedades del movimiento literario é intelectual, conocido en Europa bajo los nombres de romanticismo, eclecticismo, espiritualismo. Él familiarizó á sus amigos con los nombres y las obras de Víctor Hugo, de Dumas, de Alfredo de Musset, de Byron, de Goethe, de Schiller, etc.

Imbuída en el espíritu de esa agitación, una porción avanzada de

(1) Echeverría volvió á Buenos Aires antes de la Revolución de Julio. (*Nota de la D.*).

de la juventud de Buenos Aires no tardó en buscar aplicaciones de ella á las necesidades del progreso argentino. Naturalmente, fueron Gutiérrez y Echeverría los que se encontraron á la cabeza de la agitación progresista que comenzó en la juventud y se manifestó por publicaciones y por sociedades literarias.

La condición social del país era afligente por lo miserable y atrasada, en instituciones libres sobre todo. Los principios de la Revolución y de la Independencia yacían olvidados y sin aplicación. La juventud estudiosa y seria no podía dejar de darse cuenta de esa situación y de sentir la misión á que estaba llamada por el legado de una grande época y de una generación heroica. Un movimiento unionista de asociación dió principio, y la *joven generación argentina* vió convocado y reunido el primero de los *Estados Generales*, en la congregación de un núcleo que se llamó la *Asociación de Mayo*, en la que Gutiérrez y Echeverría fueron las figuras más prominentes, y de cuyo seno partieron los trabajos literarios iniciadores de un nuevo período de la historia argentina.

Con ese movimiento, pacífico todavía, coincidió la explosión de la cuestión francesa de 1832, con la dictadura del general Rosas, sobre la asimilación de los franceses á los ingleses en el goce de los derechos civiles relativos á la persona, á la propiedad y el derecho al trabajo, que la Francia reclamaba en nombre de la civilización moderna y que la dictadura le negaba en nombre de su naturaleza voluntaria y violenta. La juventud argentina reconoció en ese duelo el de la civilización y la barbarie, y simpatizó con la causa del derecho, que el despotismo hollaba á la vez en el *extranjero* y en el *argentino*.

Pasado el movimiento intelectual al terreno de la acción, la fuerza de esa situación arrancó de su hogar esclavizado á la juventud patriota y la obligó á buscar en la emigración á suelo extranjero la libertad de pensar, de escribir y de obrar en favor de su país.

Fué Gutiérrez uno de los primeros jóvenes que dejaron á su país en ese tiempo, no sin ilustrar antes su memoria con el honor de un

martirio que sus amigos tenían derecho de envidiarle. Gutiérrez tuvo el honor de llevar grillos en sus pies y de habitar tres meses en negro calabozo, por el noble crimen de sus ideas de libertad y de patria. Pasó á Montevideo después de su glorioso martirio, y ese cambio decidió de los destinos de su vida de hombre público y de hombre de letras. En Montevideo brilló en los dos sentidos, pero su vidade acción debía quedar para más tarde y para otra política.

Querido de todos, buscado de todos, pasaba á veces por conflictos difíciles, en que ponían á su imparcialidad neutral las divisiones de sus amigos y compatriotas refugiados en Montevideo, procedentes más bien de la edad que de los principios: los viejos liberales del partido *unitario*, por ejemplo, y los liberales jóvenes que no eran federales ni unitarios, sino argentinos. Solicitado una vez por los primeros para dejar la conexión de un joven amigo suyo señalado entonces por intransigente, no encontró Gutiérrez mejor razón que ese empeño, para dar más ostentación y notoriedad á su adhesión y respeto al amigo joven, que sus disidentes no sabían, según él, valorar debidamente. Nada es mejor prueba de la independencia caballeresca de su carácter que el testimonio de este rasgo, cuya autenticidad nos consta directamente. Hay que añadir que esa actitud podía costar tan caro á su interés como la otra á su conciencia.

El intransigente á quien se quería aislar, es el que escribe estas líneas; y el de aquella solicitud era el ilustre publicista don Florencio Varela. Estas páginas prueban tal vez que Gutiérrez no se engañó al ser consecuente con su amigo; y ¡cuántos otros de mi mano no han probado y probarán que el engañado fué mi honorable antagonista, á quien he pagado después de esos días el homenaje justo, pero raro, de hacer mías propias sus doctrinas concernientes á las cuestiones argentinas!

Fuera de las de su familia, todas las afinidades de su corazón estaban en Montevideo; todas sus mejores amistades antiguas y jóvenes. Montevideo asilaba en sus murallas toda la flor de la sociedad de

Buenos Aires. Madama de Mandeville se hallaba también en Montevideo, no por temor de la persecución de Rosas, pues el dictador, su amigo de la primera juventud, la tuteaba, sino por la repulsión *instintiva* de su carácter para todo despotismo. Su salón era el centro del mundo político y diplomático. Gutiérrez era de él, pero no del todo, á causa de su habitual distancia del mundo ruidoso y espectacular. Toda la cuestión franco-argentina podía sin embargo verse transparente desde ese centro, que era una escuela rica de enseñanza para un joven publicista.

Transcurrido ese período de vivas alternativas, agradables y tristes, como sucede en el curso de toda gran cuestión de vida ó muerte para la libertad de un país; desvanecidas todas las esperanzas públicas, por los desastres militares de la causa liberal argentina, Gutiérrez decidió dejar á Montevideo para alejarse todavía más de la tiranía de su país, que ya invadía ese refugio en 1843. Los franceses, nuestros aliados, habían firmado la paz con Rosas. El « ejército libertador » argentino había desaparecido, y la guerra quedaba reducida á la de orientales y argentinos. Vencedor de los primeros, el ejército de Rosas marchaba sobre Montevideo, que improvisaba su defensa contra el sitio que debía durar nueve años. Ante esa perspectiva, Gutiérrez, que era argentino, sin vínculo alguno obligatorio con el gobierno de Montevideo, no creyó violar ningún deber al ausentarse de esa plaza, en compañía de su amigo, el que esto escribe, y lo hubiera sido de Echeverría, si sus medios, comprometidos súbitamente, le hubieran permitido salir. Otros que no pudieron hacer como Gutiérrez criticaron naturalmente su conducta, porque no quedó estérilmente expuesto á tener el fin que allí tuvieron Rivera Indarte, Echeverría, Florencio Varela y tantos otros que no pudieron sobrevivir á las miserias del eterno sitio.

* Lejos de *desertar* la causa de su país, alejándose de Montevideo, Gutiérrez le conservó intacto el poder de hacerle más tarde el incomparable servicio de colaborar en su organización liberal, de salvar la integridad de su territorio y de hacer reconocer su indepen-

dencia por España, como ministro de Relaciones extranjeras del vencedor de Oribe y de Rosas, que le tocó ser un día.

IV

Salir de Montevideo en ese tiempo no era cosa de ejecutarse sin peligro. Reinaba el estado de sitio más riguroso. El ministro de la guerra, general Pacheco y Obes, había impuesto penas terribles contra todo infractor de la absoluta prohibición de salir de la plaza sitiada, por mar ó tierra. Una estratagema feliz vino á proteger la seguridad de nuestra salida, que debimos á la influencia generosa de madama de Mandeville. Mezclados á un grupo de oficiales de la marina francesa, que pasó en su casa la *soirée*, nos trasladamos á una fragata de guerra de la escuadra francesa, fondeada en el puerto, sin ser apercibidos ni molestados por nadie. De allí nos traspordamos al *Edén*, que nos tomó para Italia á los dos días.

El *Edén*, era un bergantín mercante, del Piamonte, que sólo tenía doscientas toneladas: fino y sutil como un buque de guerra ó de corso. Lo conocí por Garibaldi, que me dió noticia de él y de su próxima salida, sin sospechar la trascendencia de su informe accidental, que obtuve de este modo. Encontrándome accidentalmente en el Ministerio del señor Lamas, jefe político de Montevideo:

— ¿Qué anda vd. haciendo por acá? pregunté á Garibaldi.

— Ando, me contestó, con el objeto de conseguir que el gobierno compre un buquecito italiano, fondeado en el puerto, para armarlo en guerra; pues parece que hubiese sido construido ex-profeso para la guerra...

Y se extendió sobre las cualidades del *Edén*, como me lo nombró, y de todo lo que podría realizarse en favor de la defensa de la plaza con el auxilio de tan preciosa nave. Teniendo el plan de nuestro viaje ya formado, tomé nota de la revelación preciosa. Visité al día si-

guiente el *Edén*, con mi amigo don Melchor Beláustegui, que lo encontró tal como Garibaldi me lo había pintado; y él mismo se ocupó de tomar dos plazas para Génova, sin dar el nombre de los pasajeros, que sólo fueron conocidos del capitán Ferrari al tomarlos de la fragata francesa en que esperaban su salida, el 6 de abril de 1843. Los oficiales franceses, al verlo á la vela, confirmaron la opinión de Garibaldi y nos dieron mucho aliento á pesar de lo exiguo del batel para cruzar el Atlántico.

Aunque ligado con el general Garibaldi, á quien yo mismo había introducido no hacía dos meses al conocimiento del general Paz, jefe de la plaza, no creí deber darle conocimiento de nuestro proyectado viaje, pero Cúneo (D. J. B.), su amigo y nuestro, que no servía al gobierno, y era miembro de la asociación de la *Joven Italia*, nos dió numerosas é importantes cartas de recomendación para sus correligionarios de Génova, amigos todos de Mazzini entonces refugiado en Londres, y para el mismo Mazzini una carta que nos acercaría á él, si llegábamos á Londres.

Por consejo del capitán, rompimos esta carta, que podría exponernos, segun él, á vegetar por años en un calabozo italiano. Pero las otras nos fueron de gran utilidad, sobre todo á Gutiérrez, como conocedor de la lengua y de la literatura italiana, que produjo en la brillante sociedad de los amigos de Mazzini un entusiasmo extraordinario. — En los labios de esas gentes puras y amables aprendimos á admirar la grande y bella alma del tribuno de la Italia, cuya estatua ornamenta hoy día la playa, no de Génova su país nativo, sino de la República Argentina, en medio de la república italiana, emigrada en un mundo que á un italiano debe su descubrimiento, á otro su nombre, á otro en parte su libertad, y puede todavía deber su unidad al grande y legendario unificador de Italia. Mazzini en el Plata no es un desterrado. Habita el corazón de Italia, donde representa tres ideas, que son tres hechos y tres monumentos, á saber: la independendencia, la unidad de Italia, y Roma por capital de la nación.

El *Edén* tan simpático para Garibaldi, ex-almirante de la República brasilera de Río Grande, parecía recomendarse por esos precedentes al mal genio del Imperio, tomado el caso del punto de vista supersticioso. En sus costas estuvimos á punto de perecer, á los cinco días de navegación, por una tempestad que causó al *Edén* estragos de que sólo tuvimos conciencia cuando los vimos, al desembarcar en Italia. En esa ocasión siniestra, dió Gutiérrez la prueba de un coraje frío y militar, que á los marinos causó admiración, pues no se desmintió un solo instante en los tres días que duró la tempestad, durante los cuales no durmieron los oficiales ni se hizo fuego á bordo.

Todo cambió en las condiciones de la vida, cuando el *Edén* entró en los mares de la zona tórrida. La temperatura dulce y suave de los trópicos, la constancia de la brisa alisia, la regularidad de la vida que ellas permiten, la armonización y serenidad de la naturaleza en esas regiones, el aire poblado de peces voladores y de aves más abundantes que en las campiñas, los colores panorámaticos del ambiente, las constelaciones nuevas, el cielo y sus astros que se reflejan en las aguas chispeantes del mar tórrido: todo convidaba á la vuelta de los hábitos de vida regular que se lleva en una campaña agradable, por algunas semanas al menos, del viaje que duraba más que hoy antes que la navegación á vela cediera su lugar á la de vapor. — Las lecturas agradables absorbían la mañana. ¿Cuál más agradable que la de los poemas marítimos de lord Byron, inspirados tal vez como los leímos, á la sombra de las velas, al ruido armonioso de las olas, en el silencio animado de los mares! Ya fuese inspiración de esa literatura, ya de las escenas que la inspiraron á ella misma, yo emprendí por pasatiempo la composición á que dí el nombre de *El Edén*. Lo que yo escribía en prosa por la mañana, Gutiérrez lo ponía en versos elegantes por la noche. Yo le dejaba entera libertad, si bien él no la tomaba. Cuanto más se alejaba de mi texto, más contento estaba yo, pero él lo estaba menos. El manantial era el mar, el pensamiento, la poesía de Byron. El mar en el fondo y en la superficie,

es un mundo de tesoros y de hermosura, de bellezas y de horrores, de paz y de movimiento.

Á las nueve de una noche de luna, de calma en el mar, de dulce temperatura, algunos conversábamos alegremente en la cubierta, el capitán dormía, Gutiérrez versificaba en la cámara, á la luz de su lámpara. El capitán nos había dicho una hora antes que si no fuese de noche, hubiésemos visto tal vez tierra. Se refería al *Penacho de San Pablo*, peñón solitario, situado á dos grados al sud de la línea equinoccial. Las velas del buque estaban de modo que nos impedían ver la proa. Nadie soñaba en peligro de ningún género. Pero, de repente, un grito de alarma nos llenó del terror. Era el del último fin. Todos de un golpe nos vimos reunidos en la cubierta. Millares de pájaros gritones se agitaban en el aire, haciendo sombra en la luz de la luna. ¿Qué ocurría? Á diez metros, teníamos al costado el *Penacho de San Pablo*, en que por milagro dejó de estrellarse el *Edén* y perecer buque y tripulación, pues, dormido el centinela de proa, el primer signo de desastre había sido el desastre mismo. No dormimos en toda la noche, pensando en el riesgo y en la escapada providencial. Cuando el grito de alarma llegó á nuestros oídos, ya el peligro había pasado. Gutiérrez, que en ese momento estaba absorbido por su trabajo poético, hubiera perecido, en caso de desastre, como en el *Centenario*: de repente y entre ilusiones poéticas junto con su amigo, en quien pensó y de quien se ocupó también en la noche del veinte y cinco de febrero de mil ochocientos setenta y ocho, escribiéndole y describiéndole una pompa de la patria antes de dormir el sueño de que no se despierta más. ¿Quién nos dirá si no escolló en algún «Penacho» cerca del cual estaba, sin saberlo?

¿Ha producido algo *El Edén*? ¿Ha tenido sucesión? Yo sospecho que el *Peregrino* viene del *Edén*, como el *Edén* de *Childe Harold*. Tales parentescos no se prueban sino por sospechas.

Gutiérrez me preguntó una vez si Mármol conocía *El Edén* antes de concebir su *Peregrino*. Vuelto de Europa, yo viví con Mármol en Río de Janeiro, todo el mes de enero de mil ochocientos cuarenta

y cuatro. Hablando del *Edén*, quiso conocer algo del manuscrito. Yo no tenía sino mi prosa. Recostado en un sofá, me escuchaba un día la lectura de algunos trozos, y recuerdo que más de una vez se levantó, se compuso el jopo y exclamó entusiasmado: *¡Qué original! ¡Qué nuevo! ¡Es una poesía sin precedente!*

Hubimos de ser compañeros de viaje para Chile, en el *Tobías*. Mármol lo vió, y tuvo miedo de embarcarse en él. Yo ví la *Rumena*, buque chileno, que él prefirió y le tuve miedo á mi vez. Los dos teníamos razón. Yo puse setenta días para ir de Río á Valparaíso, y Mármol empleó sesenta días en ir al Cabo de Hornos y volver á Río de Janeiro. En esa peregrinación compuso el *Peregrino*. La composición del poema, si tal puede llamarse, duró tanto como el viaje, es decir dos meses, que hoy se reducen por vapor á treinta días, pero dos meses que pasaron como dos semanas.

Para gentes de estudio, un buque de vela es preferible á un vapor. Entre uno y otro, hay la diferencia de una casa de familia á un café. Dos lenguas se hablaban á bordo, el italiano por algunos, el español por todos. Gutiérrez se encontraba en su elemento. El tiempo que no daba á su literatura, era para la geografía, cuyo estudio es un encanto cuando se hace viajando. Había niños y mujeres, gentes simples todas.

De noche le pedían á Gutiérrez que les contase historias. Más de una vez me disgustó verle condescender; y resignado á pasar un rato de fastidio, me sentí poco á poco interesado en la narración como el primero de los niños: tal era el encanto de su palabra y la fertilidad de su ingenio. Yo no he conocido hombre más bien dotado para la palabra simple y familiar. Es el único hombre por quien he conocido el sentimiento de la envidia, á excepción de Byron. Es verdad que yo le tenía una simpatía apasionada. Todo él era pura elegancia á mis ojos. Hasta dormía con gracia, lo contrario de Mármol, que cuando dormía, con él dormían el pudor y la poesía.

Hijos ambos de padres españoles, al ver las montañas de Anda-

lucía se acabó nuestra vida sedentaria. Lo contrario de lo sucedido al autor del *Childe Harold*: el Mediterráneo y sus costas históricas pusieron fin á nuestro trabajo literario. Desde que el *Edén* estuvo en su presencia, los viajeros estuvieron siempre sobre cubierta con el antejo en la mano, y con Balbi y sus cartas, y sus noticias geográficas, históricas y estadísticas.

Partido el *Edén* del Plata el 5 de abril, fondeó en Italia el 6 de junio. Durante los veinte días de residencia en Génova, la ciudad nativa de Colón, Gutiérrez vivió absorto en el arte, en la historia monumental, y en las maravillas sin cuento que esa rica y opulenta ciudad ofrece á la contemplación del viajero atento y estudioso. El conocimiento del idioma y de la literatura italianas, y el trato hospitalario y generoso de la brillante pléyade mazziniana, que nos acogía y hospedaba, hizo su mansión de Génova la más amena y provechosa de todo su viaje á Europa.

Una tarde, después de comer y de fumar en la sociedad más animada con nuestros nuevos amigos italianos, fuimos acompañados por ellos hasta la diligencia, donde recibimos sus abrazos y besos de adiós — dados en la boca, al estilo italiano, — quedando yo casi embriagado por el sabor al tabaco que no me era familiar, y de lo cual reía con el mejor buen humor.

En Turín, bien que recomendados á Brofferio, orador y publicista célebre, y á otras notabilidades, Gutiérrez estuvo feliz con un hallazgo inesperado, que allí hizo en la persona de Ferrari, antiguo empleado de muchos años en Buenos Aires, para el cuidado y manejo de los instrumentos y máquinas que servían á los estudios de física experimental en la Universidad. Gutiérrez lo conocía íntimamente, y estaban ligados por una amistad de muchos años. Ferrari se apoderó de él, le presentó todas sus relaciones, le hizo ver lo más interesante y curioso de la capital de los Estados sardos, y por fin se lo llevó á Biela, pueblito situado al pie de los Alpes, donde estaba su familia, y donde Gutiérrez encontró la hospitalidad amable y fina de su propia familia en Buenos Aires.

Esa circunstancia me privó del gusto de visitar juntos en Chambéry (Saboya) la casa de madama de Warens, ó mejor dicho el cuarto que en ella habitó J. J. Rousseau, y en Ginebra (Suiza) la casa de Voltaire en Ferney, la de madama de Staël, en Coppet; el calabozo de Bonivard en el castillo de Chillón, Clarens en Lucerna, teatro de las principales escenas de la *Nueva Eloisa*, y por fin, la casa *Deodetti*, sobre el lago de Ginebra, que habitó lord Byron, y donde escribió varios de sus poemas... Cuando nos reunimos en París, Gutiérrez no podía oirme estos recuerdos sin reprenderse por su condescendencia excesiva con Ferrari. Sin embargo, el recuerdo de Biela no lo abandonó nunca...

En París, como en Turín y Génova, no buscó la sociedad del mundo brillante y bullicioso. Conservó sus hábitos de la vida reservada en que se educó en Buenos Aires y que llevó en Montevideo; la cuestión de recursos y el pensamiento del punto de América en que tendría que fijarse á su regreso necesario, le quitaban el gusto de habitar París. No había uno de sus monumentos que no le fuese conocido por noticias debidas á sus estudios anteriores, así es que al visitarlos, no hacían más que confirmar sus nociones precedentes. Después de una corta residencia, que no dejó de ser muy útil á su espíritu estudioso y observador, dejó esa ciudad y se embarcó en el Havre para el sud del Brasil (porque todavía duraba el sitio de Montevideo), donde quedó algún tiempo hasta que pasó á Chile.

V

En el Pacífico, según él, se han pasado los años más felices de su vida. Fueron solamente los más floridos de su existencia, en las más amables, dulces y amenas sociedades del mundo; en la noble y ducal ciudad de Lima, por sus orígenes y tradiciones, en la aristocrática y libre Santiago de Chile, en Copiapó, en Valparaíso, en

Guayaquil, donde la industria y el comercio son los reyes del hogar. En Guayaquil tenía la felicidad de poseer á un hermano suyo, emigrado político como él, don Juan Antonio Gutiérrez, que allí era socio principal de una importante casa de comercio (1). Eso explica las varias visitas que hizo á esa ciudad del Ecuador. Pero el clima y otras conveniencias sociales le llamaban de preferencia al Perú, donde más permaneció en el Pacífico, y en cuya vida seria, libre, laboriosa, tuvo una escuela práctica que completó su educación de publicista y de hombre de Estado. La Constitución y el orden de cosas, que más tarde ayudó á fundar en su país, tenían más de Chile que de los Estados-Unidos, lo cual han olvidado otros *federales*, que debieron á la *unitaria* Chile lo mejor que saben en política. Gutiérrez, que tenía la instrucción que otros de sus paisanos emigrados no recibieron, hizo lo contrario que ellos: se ocupó más bien de estudiar que de enseñar, de leer, que de escribir.

En el Pacífico sirvió al buen nombre de la sociedad de su país por la significación de su vida ejemplar, cosa que no probaron todos sus paisanos *condottieri*, que, so pretexto de emigración política, y por vía de expansión, iban mezclándose en las pasiones y divisiones de los países que los hospedaban. Gutiérrez guardó siempre una noble y digna neutralidad respecto de los partidos políticos en que se dividían los países extranjeros que habitó. Siendo por excelencia la pluma de oro de los argentinos allí residentes, el rey de los escritores del Plata, nunca le vino la idea de engancharse en causas y banderas que no le concernían. Siendo la seducción en persona por sus modales cultos y atractivos, por el encanto de su conversación fácil y elegante; fino y chistoso, con su juventud y su gracia, no dió jamás lugar al menor lance escandaloso, ni al menor rumor desagradable.

Al abandonar esas regiones del Pacífico para volver á su país, no dejó allí un solo enemigo personal, un solo rencor, un solo recuerdo

(1) Cf.: VICENTE F. LÓPEZ, *Autobiografía*, tomo I de *La Biblioteca*.

displicente. Por su parte, dió pruebas de los gratos motivos de inolvidable afección que esos países dejaron en él. Cuando estuvo en el poder tuvo siempre á la vista el ejemplo de las libres instituciones de Chile, y ligó á los dos países, hermanos y solidarios en destinos, por un tratado internacional de amistad y de comercio que no tiene paralelo en los anales diplomáticos de América, por su espíritu liberal y eminentemente económico. Gutiérrez consagró en este tratado de 1856, para los dos países, el principio fecundo del tratado de París, según el cual toda desavenencia internacional ocurrente debe ser dirimida por el arbitraje de un tercer poder nombrado juez amigable por los contendores.

Por ahí vendrá Gutiérrez á ser en lo futuro el pacificador de conflictos territoriales que ciertamente no fué él quien contribuyó á suscitarlos entre Chile y la República Argentina. Lo que Wheelright intentó hacer para la unión de los dos países, por los rieles de un ferrocarril al través de los Andes, Gutiérrez lo hizo por los vínculos del derecho internacional positivo. Y en ese mismo terreno de la misión diplomática y de la hermandad política, que San Martín fundó por la espada, le tocó á Gutiérrez coronar la obra del vencedor de Maipú, como lo hizo en la del reconocimiento de la independencia argentina, que obtuvo de España. No hay dos hombres argentinos más ligados, en los hechos de la historia del Río de la Plata, que Gutiérrez y San Martín. Sólo así se comprende que un hombre tan inteligente como él hubiese participado del enorme *quid-pro-quo* que ha confundido el centenario del nacimiento de un hombre con el centenario del nacimiento de una nación: equivocación que no se cometió en el centenario de Filadelfia, consagrado en 1876 á 1776, año en que nació la república de los Estados Unidos, no el general Jorge Washington, que en esa data hacía cuarenta años que había nacido. El nacimiento de Washington no dió jamás lugar á la celebración de un centenario.

Completaré este párrafo con un recuerdo tomado de una carta de Gutiérrez, escrita del 28 de mayo de 1876: « Constantemente re-

cibo testimonios de la constancia de su amistad, y el último ha sido el de su libro sobre la meritoria persona de Mr. Wheelright. Lo he leído con el placer de aquél á quien una voz simpática le recuerda países que visitó y personas que le fueron conocidas. — Entre Barragán y Caldera, entre el Pacífico y el Plata, está mi vida, mi juventud. Usted la ha evocado toda entera como una aparición, al levantar sobre un pedestal indestructible la estatua de un servidor del progreso pacífico ».

Y es así como me parece á mí mismo evocar toda la mía, al levantar sobre el pedestal del presente libro la estatua del ilustre servidor de la organización de mi país, al lado de cuya existencia se ha desenvuelto la mía propia.

Veníamos de Lima para Chile, en los primeros meses de 1852, cuando oímos en Cobija la primera noticia de la caída de Rosas. No queríamos creerlo por lo contradictorio del tiempo, con la distancia de Buenos Aires á Bolivia. Pero en Valparaíso, al fondear el vapor *Nueva Granada*, que nos tenía á su bordo, y antes que la policía marítima visitara el buque, un argentino venido á recibirnos nos arrojó envuelta desde su bote una grande hoja de papel, mojado todavía, que contenía el parte de la batalla de Monte Caseros salido al instante de la prensa. Llegar á Valparaíso nos pareció llegar á la patria, lo cual sólo resultó cierto para Gutiérrez: una sonámbula me había dicho, en 1850, que yo no entraría en mi país después de caído Rosas. Gutiérrez se burló siempre del sonambulismo; pero el primer parte de la caída de Rosas, lo tuvimos por esa telegrafía, un año antes del evento, con casi todas sus circunstancias.

Descendidos á mi quinta de la calle de las Delicias, en Valparaíso. Gutiérrez se puso á acomodar su equipaje para ir al primer congreso constituyente como diputado obligado de la nación libertada, y yo me puse á escribir las *Bases* de la Constitución, que mi amigo debía hacer sancionar por sus consejos persuadidos y persuasivos.

Convertidas en realidad esas ilusiones de nuestro patriotismo ar-

gentino, no pasó mucho tiempo sin que el gobierno formado por nuestros consejos, de que mi amigo era Ministro de Negocios extranjeros, recibiese un choque reaccionario que venía del elemento caído, y que amenazaba su existencia y reclamaba nuestro concurso defensivo y conservador del nuevo edificio. La reacción venía de Buenos Aires; y como esa residencia de Rosas por tantos años no nos había acostumbrado á creerla una cuña de libertad, nos pareció natural deber dudar del patriotismo de la reacción promovida el 11 de diciembre de 1852. Desde que ella se hizo amenazante para la integridad de la República Argentina, por la sanción diplomática que empezó á recibir del Brasil y de Francia, que dejaban sus agentes en Buenos Aires, el autor de las *Bases* recibió la misión que le arrancó á la quieta y laboriosa ausencia desde la cual colaboraba en la organización de su país, y que le trajo á Europa para defender, en el terreno de la diplomacia, la integridad y la independencia de la República Argentina, que había contribuído á organizar, no sólo sin perjuicio sino en beneficio de Buenos Aires, la ciudad nativa del patriota hombre de Estado á quien yo debía mi nombramiento.

Hablar de mí y de los trabajos de mi misión en Europa, es hablar de Gutiérrez, á quien pertenece todo lo que yo ejercité puntalmente como su agente, é instrumento del gobierno de que era Ministro de Relaciones extranjeras. El texto de sus *Instrucciones*, que se leerá al fin de este libro, es la prueba justificativa de que á Gutiérrez toca entero el honor de mi misión, no su responsabilidad por inconveniente alguno. Si la misión en que tuve el honor de ejecutar el pensamiento de Gutiérrez no hubiese sido tan provechosa para Buenos Aires como para la nación toda, la obra llevada á cabo por nosotros no hubiese tenido la aceptación y sanción que recibió de Buenos Aires, desde que sus hombres tomaron posesión y entraron á gozar del fruto de nuestros esfuerzos, calumniados desde luego y aceptados en seguida.

Lo que Gutiérrez quería forma lo mejor de la situación actual y

ulterior de cosas: un solo poder diplomático en la República Argentina y no dos; una sola Legación argentina en París y no dos; un solo cuerpo diplomático extranjero en el suelo argentino, y no dos. Un solo país argentino reconocido independiente por España, en un solo tratado y en un solo acto de reconocimiento, y no dos países reconocidos en dos tratados. Esto es lo que quería y llevó á cabo Gutiérrez en la política exterior, y eso es lo que hoy disfrutan, gracias á él, los que tanto se lo resistieron. Lo que Gutiérrez no quería como organizador de nación, constituye todo el mal de la situación presente. Gutiérrez no quería que fuese reformada la constitución de 1853, que lleva su nombre, y cuyo artículo tercero daba á la nación por capital la ciudad de Buenos Aires y por gobierno exclusivo, directo y local de la capital, el gobierno de la Nación. Eso es lo que reformaron los reaccionarios de septiembre, dejando á la Nación sin capital, al gobierno nacional sin su poder esencial y complementario.

.

Mientras se considere la cuestión de la capital como mera cuestión política, ó como de mera residencia administrativa del gobierno nacional, y no como una cuestión económica de primer orden, cuya solución abraza la solución de las cuestiones igualmente económicas de *puerto, aduana, tesorería, crédito público, deuda pública, banco de emisión de deuda pública*, en forma de un *papel moneda* provincial garantizado, virtualmente y de hecho, por la *Aduana Nacional* radicada en el *puerto*, que á su vez está radicado en la ciudad de Buenos Aires, *Capital de hecho*, aunque no quiera serlo de derecho: mientras esa cadena de cuestiones económicas esté colgada y pendiente (como está en la República Argentina) de la cuestión de capital, todas las cuestiones de ser ó no ser para el país, por su vital importancia, estarán abiertas y sin solución; los pactos *preexistentes* de la Constitución invocados por ella misma en su preámbulo, estarán suspensos como estuvieron antes de la Constitución, que se sancionó cabalmente con la pretensión de resolverlos; la Constitu-

ción misma estará en el aire y sin cumplirse como está hoy, en la parte más prominente de ella que es la relativa á la institución de un *Poder Ejecutivo Nacional*, residiendo en una capital de su jurisdicción exclusiva, directa local y suya,

El partido que ha creado y mantiene ese desorden, en oposición al partido nacional de 1853, á que Gutiérrez perteneció, puede estar ufano de la firmeza de su obra desorganizadora; los hechos naturales, la fuerza de las cosas se reirán de su obra y de su victoria. Esos hechos serán la pobreza, la paralización del trabajo, la baja de los salarios y de todos los valores, la reemigración ó la despoblación, la miseria, el descrédito, el atraso, la guerra, la desmoralización y la peste. Estos hechos son correlativos y coexistentes en la historia de todas las crisis económicas de que hay historia. Si no coexistiesen todos en el Plata, donde la crisis está asegurada y afianzada por un orden de cosas mantenido por sistema, sería preciso dudar de que hay leyes naturales en el mundo económico, y que hay efectos sin causas y causas sin efecto. Todo lo que existe en instituciones y en política, por la acción del sistema que tenía excluído á Gutiérrez de la gestión activa de la vida pública es causa y origen de la crisis presente.

Y si hay un signo que aterre al que observa con conocimiento de causa este estado de cosas y lo que puede venir de él, es la indiferencia y alejamiento con que ha sido tratado en los últimos años de una vida que distaba de ser vieja, el hombre que, por sus hechos y el significado de su vida entera, había mostrado representar la dirección única que puede sacar al país de su postración actual y evitarle futuras calamidades todavía mayores.

No son los nacionalistas como Gutiérrez los excluídos del gobierno nacional en su caso, es la Nación misma excluída, y esa exclusión es cabalmente la razón de ser y causa de la otra. Gutiérrez era una objeción personificada del carácter más incómodo contra el presente estado de cosas, porque no podía ser excluído como *traidor*, á causa de la abstención absoluta en que ha vivido. Otros no tienen

más motivo de verse excluidos de toda intervención activa en la causa nacional, como traidores, que su lealtad á la Nación, excluida de la gestión de su propio gobierno.

Este es el estado real de cosas á que Gutiérrez no ha podido sobrevivir, y en que ha concluído su existencia en un acceso de ebriedad patriótica producido por un tósigo de patriotismo artificial y ficticio.

JUAN B. ALBERDI.

EL RÉGIMEN COLONIAL

(EL CABILDO DE BUENOS AIRES)

No se puede comprender nuestro estado político-social sin estudiarlo en su origen y formación, bajo la dominación española. Durante ese largo período de dos siglos, estuvo sometido el pueblo á un régimen educativo de administración que modeló de una manera especial su índole y sus tendencias. Con las mismas instituciones autónomas de la Edad media se implantó de hecho un absolutismo paternal y teocrático, cuyo primer propósito era la explotación del país en beneficio de las arcas reales, caracterizado por la vigilancia é intromisión detallada y prolija del Estado en todos los actos de la vida. Si se exceptúa la fundación de conventos, iglesias y capellanías, la iniciativa privada de los colonos sólo aparece en aquellos casos extremos en que la necesidad imperiosa los obliga á despertar de su inercia. El rey interviene en todo, hasta en las cosas más mínimas ; ordenará la novena de la Virgen (1), el entierro de los « pobres difuntos que se encuentran en las calles y que los curas no quieren enterrar gratis » (2), la compostura de alguna sala de hos-

(1) *Acuerdos del Cabildo*, 8, 7.

(2) *Revista de Buenos Aires*, vol. 5, pág. 392..

pital (1). No sólo se consideraba soberano, dice Lastarria, sino dueño de sus vasallos americanos y de todas las tierras conquistadas. Interviene con ojo de propietario, y de propietario necesitado que economiza con mano avara sus gastos de explotación, llega á re- prender desconsideradamente al virrey Marqués de Loreto por haber gastado trescientos pesos en refaccionar un edificio público (2). Todo ese sobrante de fuerzas que los vecinos no empleaban en el manejo de sus negocios, que en las sociedades europeas se traduce en brillantes iniciativas privadas, actuaba en las sacristías, en las fiestas religiosas, en las eternas disputas y querellas de los empleados, en ese hormiguero de pasiones chicas que se disputaban preeminencias y asientos en los sermones; y lo que ha tenido consecuencias más graves, en la constante invención de ardides para burlar las leyes fiscales, introducir y exportar por contrabando, cohechando á los funcionarios más encumbrados. Desde entonces, por la repetición de las iniquidades legislativas y de los abusos consiguientes para eludirlas, la ley perdió su carácter augusto, su aureola de justicia, imparcialidad y desinterés. El negociante se habituó á violarla; la tentación seductora invadiría los otros gremios, y poco á poco se infiltraron en la conciencia nacional sentimientos incompatibles con un régimen de vida normal y libre, que tiene que apoyarse en el respeto instintivo, inconsciente, automático de la ley. En las sociedades organizadas, ese respeto es la resultante de la tradición, de varios siglos de disciplina política y social.

Por otra parte, el pueblo se acostumbró al Estado tutor, paternal, encargado por una ley superior y misteriosa de cuidarlo, educarlo y conducirlo en la vida: fuente inagotable de honores y recursos, encarnación de la Providencia en la tierra. Por derecho divino dirige los destinos de las naciones, las eleva según su capricho á la prosperidad gloriosa ó á la ruina. La Iglesia les repetía

(1) *Revista de Buenos Aires*, vol. 5, pág. 402.

(2) *Revista de Buenos Aires*, vol. 18, pág. 163.

constantemente que habían nacido para vasallos ; y el servicio de Dios y del rey se confundía sacrílegamente en la predicación colonial. Al recibir las reales cédulas, los altos funcionarios las besan, las ponen sobre su cabezas, las obedecen «con el respeto y acatamiento debido, como carta y cédula de su rey y señor natural á quien Dios guarde...» Nada más cómodo y adecuado al temperamento de la raza que dejar á cargo de ese poder superior humano la previsión y remedio de todas las necesidades públicas y privadas : justicia, educación, caridad, vigilancia de la industria y del comercio. Así, mientras el Estado vela y el indio ó el esclavo ara la tierra y cuida los ganados, se duerme la plácida siesta colonial. Reducida la vida á la sensualidad de las buenas digestiones, queda la nación preparada para soportar y hasta desear los innumerables despotismos constitucionales y de otro orden que le reserva el porvenir.

En sociología, como en historia natural, el órgano que no funciona se atrofia. Durante el régimen colonial esas fuerzas sociales que en Inglaterra, Alemania, Francia formaron paulatinamente el idioma, el arte, el derecho y todas las instituciones de orden público y privado, permanecieron condenadas á una inacción forzosa. Deliberadamente, el Estado pretendió dirigirlas, sabiendo por experiencia reciente que en su mano pierden toda su eficacia, su vigor y espontaneidad. Nada tiene de extraño que se atrofiaran, que al llegar los momentos críticos fueran incapaces de un esfuerzo serio y continuado para realizar un ideal político. Por espacio de dos siglos, ese conjunto de influencias que las animan mientras permanecen en el seno del pueblo, habían sido oprimidas y sujetas á una disciplina odiosa y absurda. Por eso faltaron en nuestras revoluciones, convertidas en meras agitaciones de superficie, sin ideal ni raíces en la sociedad, que permanece indiferente, quieta, algo recelosa por sus bienes ; simples dislocaciones del Estado encabezadas y dirigidas por sus mismos instrumentos de acción : Presidentes, Consejeros, Gobernadores y militares, y que tienen por única base

sería la fuerza oficialmente organizada que consiguen arrebatarse.

Para demostrar estas verdades, es necesario estudiar una por una las instituciones coloniales, en la teoría y en la práctica, notando su influencia y sus consecuencias sociales. Tal vez los gobernadores patrios tuvieron la idea de tratar á sus pueblos como los gobernadores españoles á sus Cabildos, por una imitación inconsciente, obedeciendo á la sugestión hereditaria; y en el desprestigio de nuestras asambleas, en la constitución práctica de la presidencia ¿no podría notarse la tradición de los antiguos Cabildos y Gobernadores? La tarea es dolorosa, porque en resumen tiende á constatar científicamente una incapacidad orgánica para el gobierno libre.

I

En nuestra literatura política é histórica el Cabildo despierta siempre recuerdos simpáticos. Por una asociación de ideas poco meditada, se le vincula con las comunas anglo-sajonas y los consejos de Castilla y Aragón. Se ha sostenido que el régimen de libertad y federación proviene del sistema municipal de la colonia; que, transplantados á América, los municipios de la Edad media española retoñaron como en terreno propio, con el vigor y riqueza de fruta de la selva. Desgraciadamente nada de esto es exacto. La discutida libertad argentina y sus formas constitucionales son el resultado de la combinación de dos escuelas radicalmente opuestas, la norteamericana y la francesa del siglo XVIII, con todos sus defectos y ventajas, su concepto especial del Estado y del individuo, su soberano absoluto é irresponsable, colocado abajo, en la turba inconsciente, que manejan desde el gobierno los delegados, verdaderos dueños de la soberanía, del porvenir y destino de sus súbditos. El Cabildo era la triste parodia de los concejos destruidos y aniquilados por Carlos V, después de Villalar. No sólo le faltaban

las atribuciones otorgadas en los antiguos fueros, sino la fuerza que los animaba, las milicias de hermandad, la *franqueza* «ca yengo e libre lo fago de toda premia e de yudgo de Rey e de sennor» (1), y que los facultaba á *puñar* con el que osara invadir sus privilegios. El estudio prolijo de su constitución y atribuciones, de su rol en la sociedad y en el régimen legislativo, permitirá al lector deducir las consecuencias á medida que vea cómo se forman y desenvuelven, cuáles son sus medios de acción y de influencia, dónde reside la fuerza que los anima y tonifica y sin la que es inconcebible la vida propia y eficaz de una institución de derecho.

Á medida que los territorios se poblaban, se establecía un régimen político y legal análogo al vigente en España, con ciertas modificaciones impuestas por la dificultad de las comunicaciones con el gobierno central: Cabildos, regidores y demás oficios necesarios en tales repúblicas, nos dice Solórzano, los que todos los años debían elegir entre los vecinos y ciudadanos sus jueces ó alcaldes ordinarios. Un gobernador de Buenos Aires expone en uno de sus autos la constitución especial de nuestro Cabildo: «Los oficios se an de proveer en personas capaces y de suficiencia para ellos y que no tengan impedimento contra el tenor de las leyes y ordenanzas reales y que sean de fuera de los que al presente son capitulares en este presente Cabildo, porque en los tales hasta que pasen dos años no se pueden elegir para alcaldes, ni para regidores hasta que pase uno, porque esto se guarda y oserba en la ciudad de lós reyes del Cuzco y de la Plata y en todas las demás de Indias, porque de todos los dichos oficios gozen todas las personas beneméritas...»(2). La elección se practicaba todos los años, el 1º de enero, con regularidad, en presencia del Gobernador. Por real cédula de 1594, se recomendaba «que los vecinos puedan hacer elección de sus cabildos libremente». En varias leyes se ordena á los virreyes,

(1) Fuero de Sepúlveda.

(2) *Acuerdos del Cabildo de Buenos Aires*, vol. 2º, pág. 230.

gobernadores y oidores que dejen votar á los alcaldes y regidores (1), que «no se interpongan por sus parientes, ni los de sus mujeres, ni otros allegados. Pueden ser elegidos los vecinos y naturales de las ciudades, siempre que tengan casa poblada, para honrarlos y experimentarlos, con tal que no tengan oficios como «tiendas de mercaderías en que exerzan y midan actualmente por sus personas» (2), debiendo preferirse á los descendientes de descubridores y pacificadores; y que sepan leer y escribir, aunque esto se disimule en los pueblos cortos (3)».

Esta era la ley teórica, moderada dentro del absolutismo monárquico, sensata, justa. La ciudad nombraba sus jueces, administraba sus propios, ejercía sus modestas atribuciones vecinales. Pero en la realidad y desde un principio, la teoría legal fué adulterada y falseada por la misma autoridad que la sancionara, y especialmente por los encargados de vigilar su buen cumplimiento. Nuestro primer Cabildo fué organizado por Garay en uso de las prerrogativas concedidas por el rey al Adelantado Ortiz de Zárate. «Á mí, dice el fundador (4), como Justicia mayor, me compete el derecho de los elegir, destablecer é nombrar é señalar y dar principio de su año y señalar el remate y dia en que an de vacar y ser otros elegidos». Los subsiguientes por elección de los regidores cesantes, aprobada y confirmada por el gobernador, que proveía directamente, de vez en cuando, los oficios concejiles. Así, en 1590, Felipe II, atendiendo una petición del cabildo, decía en real cédula al gobernador: «Muchas veces os habéis entremetido á nombrar jueces oficiales reales, con voz y voto en cabildo, por muerte y ausencia del propietario, y que los oficiales de dicha nuestra hacienda real, so color de decir que son regidores más antiguos, pretenden y se les

(1) *Recop. de Indias*, lib. IV, tit. IX, leyes 7, 8 y 9.

(2) SOLÓRZANO, *Política*, vol. 2, pág. 253.

(3) SOLÓRZANO, *loc. cit.*

(4) Acta de fundación de Buenos Aires.

ha encargado oficios de alcaldes, por muerte ó ausencia del electo, de que resultan grandes inconvenientes... y Nos mandamos que, no teniendo cédula y poder particular de nuestra real persona, no os entrometáis á nombrar ni dar los dichos títulos». En 1706, el Cabildo se quejaba al rey de que el gobernador Maldonado había llenado seis cargos de regidores vacantes. Otro gobernador, Valdez Inclán, desagradado por la elección de alcaldes ordinarios, «pasó á nombrar sin consulta ni participación del Cabildo los referidos oficios de regidores vacos.» Y á pesar de la resolución del rey, favorable al Cabildo, amenazó con multa á los regidores que le resistían, «en tal manera que, porque el alcalde de primer voto, á quien mandó por su auto que los citase para Cabildo, lo dejó de hacer hasta que se ventilase su causa sobre admitirlos ó dejarlos de admitir, ejecutó con tanto estrépito la multa de doscientos pesos que le impuso, que sin atender á su carácter le trabó de su mandamiento el alguacil mayor en una mulata su esclava (1)». En 1609 el gobernador Saavedra nombra alguacil mayor con voz y voto en el Cabildo. No obstante la oposición de los regidores perpetuos, el Cabildo resolvió negarle voz y voto; pero el gobernador los dominó amenazándolos con multa de quinientos pesos. En 1616 se acuerda rechazar al alcalde de hermandad Francisco Muñoz, y llevada la queja al gobernador Saavedra, se falla «que atento á que el dicho capitán es persona de partes y que ha servido mucho á Su Majestad y tenido oficios en esta república, mando que el Cabildo le reciba, pena de quinientos pesos (2).

El derecho de confirmar las elecciones permitía que las revisara y anulara. Así, en 1589, el Cabildo reeligió á los alcaldes Pedro Luys y Francisco Godoy; el procurador de la ciudad se opuso (3), y como insistieran los regidores, el gobernador Navarrete dijo: «que

(1) TRELLES, *Revista del Archivo*, 2º vol. 237 á 239.

(2) *Actas del Cabildo*, vol. 3, pág. 176.

(3) *Actas del Cabildo*, vol. 1, pág. 28.

habiendo personas en esta ciudad que puedan usar los oficios de alcaldes guardando las ordenanzas de Su Majestad, mandaba que de nuevo voten dicho cargo». Y cuando no podía hacer uso franco de sus prerrogativas no se paraba en medios para imponer su voluntad. En el Cabildo de 1º de enero de 1614 debía de hacerse la elección de regidores para el año subsiguiente. Abierta la sesión, observa el capitán Francisco Salas que «ante todas cosas, para hacer este Cabildo parezca el escribano que el Justicia mayor tiene preso, y Domingo Gribes, rejidor, que así mismo tiene preso maliciosamente»; se protesta y discute, y el Justicia mayor corta el nudo, manteniendo sus actos y ordenando se proceda á la elección, «pena de doscientos pesos para la cámara de Su Majestad» (1) y por *rredemir vejacion y molestia* callan y votan los regidores con arreglo á lo mandado.

Además, la práctica abominable de vender los oficios concejiles completó la ruina del sistema municipal. Los cargos se adjudicaban en pública subasta por *Pascual, negro que hace de pregonero*, en acto solemne, presidido por las más altas autoridades de la colonia reunidas en la plaza, á las puertas de las casas del Cabildo (2). Y terminaba con esta frase que en síntesis nos descubre la secreta índole del régimen colonial: *que buena! que buena! Verdadera pró le haga!* Los precios variaban entre ochocientos y dos ó tres mil pesos; un cargo de regidor se arrendaba por setenta pesos al año (3). Para obtener mayor provecho se aumentó el número de regidores. De tres que componían el Cabildo de 1613, cuando se estableció la real Audiencia, llegó á tener dos alcaldes ordinarios, alcalde provincial, alguacil mayor, ocho regidores y depositario general. Probablemente el negocio no fué lucrativo, porque posteriormente se volvió á la antigua práctica de que el Cabildo eligiera sus miembros.

(1) *Actas*, cit., vol. 2, pág. 312.

(2) *Acuerdos*, cit., vol. 8, pág. 384.

(3) *Acuerdos*, cit.

II

Así se formaba el Cabildo de Buenos Aires, por elección confirmada por el gobernador, nombramiento directo y remate público. Como en 1619 el Cabildo resolviera excluir de su seno «á los regidores anales en cuyo lugar entraren los perpetuos» (1) ocurrió alguna vez ¡ que toda la institución había sido organizada al mejor postor! No debía ser muy provechoso el cargo de regidor. Bien que en derecho se les equipara á los consejeros del monarca, las autoridades reales no les guardaban mayores consideraciones; los prendían por deudas y causas leves. En sesión de 5 de agosto de 1619 el portero dice: «que no ha citado al Alguacil mayor porque *como está preso a muchos dias que no se halla en Cabildo*, y tampoco ha llamado al ressetor de penas de cámara porque también está preso» (2). En el acta de 3 de enero de 1634 se lee, «declárase que no se hallaron en este Cabildo porque habiéndolos ido á llamar un portero dió fe de que estaban presos» (3). Además de prenderlos y multarlos, el gobernador ó su teniente no pierde ocasión de hacerles sentir todo su desprecio de europeo y representante del rey. «Los capitulares de la dicha ciudad, puerto de Buenos Ayres, dice un procurador del Cabildo, son bejados por los gobernadores, obligándolos á salir á todas las reseñas y alardes»; y en carta oficial dice el Cabildo al rey (4): «porque siendo los gobernadores destas provincias tan absolutos en sus disposiciones, por la fuerza del presidio que tienen á su voluntad... queda este cabildo espuesto á los arrojos atropellados deste y demás gobernadores». Pero nada tan

(1) *Acuerdos cit.*, vol. 3, pág. 521.

(2) *Acuerdos cit.*, vol. 3, pág. 618.

(3) *Acuerdos cit.*, vol. 5, pág. 25.

(4) TRELLES, *Revista del Archivo*, vol. 2, pág. 239.

explícito como el informe de un funcionario colonial que describe la situación de los regidores de Buenos Aires, «sin conveniencia ni emolumento alguno, como en otras ciudades, para que puedan sustentar el lustre de sus personas... y aquí los hemos visto prender por deudas y otros casos muy leves y ordinarios, hacerles otras molestias, de que se ha sacado harto escándalo y menosprecio que los súbditos, así de la república como de los mismos oficios, de que se sigue notable perjuicio á la real Hacienda, pues así los que los tienen, por verse con inquietudes y menospreciados, los quieren dejar como así sucederá... y ha de ser necesario apremio para ocupar los oficios, aun de alcaldes ordinarios» (1). Y la predicción se cumplió: fué necesario acudir á los apercibimientos, prisiones y multas para que aceptaran los cargos. En un acta se dice: «en este Cabildo despues de aver salido del el dicho Francisco Muñoz se acordó que el Justicia mayor desta ciudad le apremie con prisión y pena pecuniaria á que azete el cargo de regidor deste cabildo» (2). En 1750 fué necesario castigar con multa de quinientos pesos á los seis vecinos electos regidores para que concurrieran á recibir sus títulos.

Por otra parte, y esto nos explica muchos de los antecedentes expuestos, los regidores no se distinguían por su moralidad. Los compradores de oficios desempeñaban sus puestos como un negocio, buscando ante todo la satisfacción de sus intereses; tenían que reponer el capital desembolsado y conseguir la *buena pró* anunciada por el pregonero. Ellos formaban la mayoría, la fracción aliada de los gobernadores, que los apoyaban en todos sus desmanes. Funes (3) nos dice que toleraban negocios escandalosos, conculcando las leyes del reino, para obtener cueros á vil precio, y asegurarse en Cádiz protectores de sus conveniencias. Y más adelante agrega,

(1) TRELLES, *Revista del pasado argentino*, vol. 3, pág. 197.

(2) *Actas cit.*, vol. 2, pág. 364.

(3) *Ensayo*, vol. 1, pág. 362.

«su única profesión era el arte de adquirir, y muchos de ellos habían hecho sus primeros ensayos sobre materias muy humildes; por consiguiente el interés individual debían mirarlo como el único bien á que era preciso sacrificarse lo demás» (1). Como consecuencia, el pueblo tenía que mirarlos con indiferencia y desprecio justificados.

Su inteligencia corría parejas con la moralidad. Vive todavía en los *Acuerdos*, verdadero tesoro de psicología colonial, indispensable para el que desee penetrar la vulgaridad de aquellos colonos, su falta de alma, de los propósitos elevados que ennobleciendo la vida le dan interés y simpatía. Preocupados con su formulismo de etiquetas, cuidan sus prerrogativas hasta en el orden jerárquico de sus asientos en las funciones de *tabla*, y las discuten en el idioma del gaucho (2), con su vocabulario reducido, que satisface apenas las más indispensables necesidades de esa vida elemental.

Sin influencia en el pueblo, con el que no tenía vinculaciones, sin fuerza material, tan pobre que sus rentas apenas le alcanzaban para las necesidades más apremiantes, despreciado y humillado por la única autoridad con poder efectivo, el gobernador dueño del presidio; el Cabildo de Buenos Aires era una insignificancia política, una comisión con facultades limitadas, que podía suprimirse en cualquier momento sin que se alterara la sociedad. Es cierto que en teoría conservaba la mayor parte de las atribuciones de los Concejos y aun otras: administración de justicia, de sus rentas, admisión de vecinos, elección de gobernador en caso de acefalía, votación de contribuciones extraordinarias, vigilancia del comercio, industrias, higiene, pero con modificaciones trascendentales. En primer lugar le falta lo que constituye la esencia de la institución municipal, la autonomía, «que non an ninguna cosa a dar al rey, ni a señor».

(1) *Ensayo cit.*, vol. 2, pág. 51.

(2) Sus modismos eran corrientes en las generaciones de la conquista, y en crónicas y en leyes, sus únicos monumentos literarios, podéis estudiar la gramática campesina. (ESTRADA, *Historia argentina*, pág. 182.)

No tan sólo le daban continuamente sus contribuciones ordinarias, sino también las extraordinarias, sin previa consulta y autorización. Además, en el concejo castellano la autoridad real estaba representada por un funcionario cuya única misión era vigilar el buen cumplimiento de las leyes generales del reino, cobrar las contribuciones que se pagaban al monarca, cuidar las fortalezas, castillos y demás obras de defensa. Pero no tenía jurisdicción ni autoridad sobre los vecinos: «ningun omme, dice el Fuero de Sepúlveda, nin sennor, ni otro non debe tener vecino preso por calonna en que Palacio haya parte sino el juez». En cambio, el gobernador colonial encarcela á los vecinos, regidores y jueces. No contento con intervenir directa ó indirectamente en la elección de los alcaldes, es uno de los tribunales de apelación de sus resoluciones, que continuará haciendo sentir su influencia de una manera eficaz en la justicia menor, la que más interesa al pueblo porque juzga las obligaciones pequeñas, las deudas de alimentos, de habitación, el gasto menudo de la familia, los delitos leves, las simples contravenciones.

Por otra parte, el Concejo era relativamente rico, dueño de sus montes, pastos, ríos, salinas, minas; cobra y administra sus impuestos. El Cabildo es pobre; la casi totalidad de la renta va directamente á las cajas reales y se gasta en España. Recibe lo escasa-mente indispensable y lo administra mal, «gastando en salarios y festividades... aunque procure moderar todo lo posible el mayor lucimiento de estas funciones», mientras continuamente discurren los regidores sobre la pobreza de la ciudad, mal estado de los servicios públicos, ruina de los edificios, por falta de propios. En 1708 su presupuesto era de ochocientos pesos por año ¡y las entradas sumaban trescientos veinte! Los propios de esta ciudad, dice un gobernador, no alcanzan á superar los precisos gastos anuales. Tampoco tiene derecho de crear impuestos, por más que en algunos casos la necesidad lo obligara á votar contribuciones, con anuencia del gobernador. En 1708 pide al rey que conceda cuatro licencias de pulperías; en 1744 que le permita cobrar un tanto á las carretas y

« sobre cada botija de aguardiente que se introduce »; somete á su aprobación un impuesto á los navíos. En 1752, para atender los gastos de la guerra de fronteras, decretó un impuesto sobre los cueros y aguardientes; pero que fué sometido á la aprobación del rey. Y como es lógico suponerlo, el rey contenía estas veleidades del Cabildo que podían mermar sus rentas.

Con excepción de la administración de justicia, ninguna de las facultades enumeradas era privativa y propia del Cabildo; las ejercía conjuntamente con el gobernador. La tendencia del monarca era de limitar su esfera de influencia, reduciéndola á su expresión más insignificante. El Virrey absorbe casi la totalidad de las atribuciones municipales: Vértiz se ocupó del aseo y compostura de las calles, reparo de las entradas de la ciudad, limpieza del agua, baños públicos, iluminación, hospital, cárcel, casa de expósitos... Es el caso de preguntarse ¡qué hacía el Cabildo! La Ordenanza de Intendentes le dió el golpe de gracia. Su nulidad é insignificancia práctica fué sancionada por la ley. El funcionario real lleva una cuenta prolija de los propios de los cabildos, vigila su percepción y empleo. Se reglamentan los gastos con toda prolijidad en cuatro clases: dotaciones ó ayudas de costa señaladas á las justicias, capitulares y dependientes de los ayuntamientos, y salarios de los oficiales públicos, médico ó cirujano, donde los haya, y maestros de escuela, que deben establecerse en todos los pueblos de Españoles é Indios de competente vecindario; la segunda, de los réditos de censos ú otras cargas que legítimamente se pagaren por los mismos pueblos estando impuestos con facultad real, ó convertidos en beneficio común, y justificada su pertenencia; la tercera, de las festividades votivas, y limosnas voluntarias; y la cuarta, de los gastos precisos, ó extraordinarios y eventuales que no tengan cuota fija (1). Para completar la obra, se establece una junta municipal compuesta del alcalde, dos regidores y el procurador que corre con la adminis-

(1) Art. 28.

tración y manejo de todos los fondos, « sin que el cuerpo de los ayuntamientos pueda arreglarse en esta materia, ni embarazar con pretexto alguno las disposiciones de sus juntas municipales ». Junto con la administración de sus bienes pierde casi todas sus facultades. No tan sólo corresponde al intendente la vigilancia de la agricultura, comercio, explotación de bosques y minas, sino también el cuidado de los caminos, puentes y calzadas, ventas y mesones, limpieza de las calles, plazas y edificios. En materias de justicia, el intendente ó su asesor letrado pueden interponer su autoridad « evitando que los jueces de los pueblos procedan con parcialidad, pasión ó venganza » (1). Este asesor letrado que intervenía en todas las deliberaciones del Cabildo lo trataría de mala manera, como los antiguos gobernadores, á juzgar por lo que ocurría en Santiago de Chile: « El señor asesor letrado, se dice en nota al rey (2), no trata al Cabildo con aquel respeto y moderación que encargan las leyes y ceremoniales, interrumpiendo con voces impropias los actos más serios de este respetable Congreso. El hacer un detalle de los ultrajes que han padecido y sufrido muchos de los individuos que componen el venerable cuerpo de la república sería exponerse á la nota de una nimia prolijidad, ó de un excesivo amor por sus distinciones, bastando decir que desde el ingreso á su empleo no hai aquel sosiego que se gozaba en otros tiempos menos serenos, ya porque ha creído que puede hacer prevalecer su dictamen en las juntas del ayuntamiento contra el sentir de los demás, interrumpiendo y despreciando con voces ásperas i injuriosas los pareceres que contempla opuestos á los suyos . . . »

Así, á medida que la ciudad se desarrolla en riqueza y población, el Cabildo decae en la práctica y en la teoría legal, en relación directa con la importancia del funcionario que representa al rey. Mientras la ciudad es pobre é insignificante, administrada por un

(1) Art. 17.

(2) AMUNÁTEGUI, *Precursores*, vol. 3, pág. 99.

magistrado de tercer ó cuarto órden, el Cabildo conserva cierto rol é influencia, relativa y prestada, porque en resumen depende del capricho y buena voluntad del gobernador. Pero establecido el virreinato y las intendencias se convierte en una modesta oficina subordinada; desaparece sin que se noten las agitaciones de la agonía, los últimos estremecimientos dolorosos de los cuerpos que mueren. Es que no tenía vida; había vegetado durante la prolongada siesta colonial. No tenía vida porque le faltaba la fuerza moral y material que anima y sostiene las instituciones de derecho, permitiéndoles desenvolverse con libertad y ejercer toda la influencia de que son capaces. Le faltaba la fuerza moral porque no había sabido inspirar respeto y simpatía. Esa consideración pública que tonifica las instituciones, les da nervio y energía, es el resultado de un trabajo ímprobo, del continuo desvelo y sacrificio por el bien común. Lentamente, con el transcurso de los años, la constante influencia benéfica, establece ciertos vínculos especiales entre gobernantes y gobernados, una solidaridad tan estrecha que suele llevarlos á heroicas resoluciones. Pero esa solidaridad tiene que basarse en algún propósito noble y levantado que despierte las pasiones sanas y viriles; casualmente no existía en la sociedad colonial.

Desde el primer momento, la población y conquista del Río de la Plata había sido inspirada por móviles esencialmente interesados, ante todo por la avaricia. Las expediciones eran aventuras comerciales, costeadas por los Adelantados, que arriesgaban su vida y su dinero, seducidos por las leyendas de tesoros, imperios, un mundo desbordante de oro, que abría sus fecundos senos al más audaz. El rey poco ó nada exponía. En la capitulación de Mendoza se estipula que todos los gastos y equipos corren por cuenta del Adelantado; hasta el salario de dos mil ducados oro, « vos han de ser pagados de las rentas y provechos á nos pertenecientes en la dicha tierra que hubiésemos y no de otra manera alguna ». Al pisar el nuevo continente sus primeras indagaciones eran sobre los yacimientos de oro; sus primeros actos organizar la explotación de la tierra y de los

hombres con la distribución de indios. La propaganda religiosa era la faz decorativa. Su culto, degenerado y corrompido por las supersticiones y la ignorancia, no había impedido á muchos conquistadores saquear á Roma: su fe no era muy profunda. El cristianismo tardó varios siglos en penetrar bien el alma española. Durante la guerra de la Reconquista, las poblaciones eran todavía paganas, ó de una educación religiosa tan elemental, que el misterio católico y el misterio musulmán eran igualmente impenetrables para ellos (1). Un autor (2) de la época dice: «Los que actualmente viven en esas montañas son cristianos viejos, no tienen en sus venas una gota de sangre impura, son súbditos de un rey católico, y sin embargo, por la falta de doctores, y por la persecución de que son víctimas, son tan ignorantes de todo lo conveniente á la salud eterna, que apenas les quedan vestigios del cristianismo. Si los infieles dominaran el país, estas gentes tardarían poco en abandonar su fe y adoptar las creencias de sus vencedores». Su verdadera religión era un paganismo modificado, con su variedad de dioses, sus innumerables supersticiones, sus adivinos y magos. La moral del evangelio continuaba siendo una simple teoría, tema de sermones en las iglesias y de consejos en las leyes. Si alguna vez se violaron todos sus preceptos fué en la colonización del Río de la Plata. Así entendida la religión, no era un estímulo civilizador. Coadyuvaba eficazmente en el sistema de opresión abrumadora, detallada y prolija, en la fiscalización constante de los actos del individuo, sometidos á su criterio estrecho y beato: nadie podía embarcarse sin justificar previamente que había comulgado y confesado ¡el que moría sin sacramento era multado! se encarcelaba á los que vivían amanecidos, á los adúlteros, y se recomendaba á los predicadores que «no digan ni prediquen contra los ministros y oficiales de nuestra justicia, á los cuales si en algo sintieren defectuosos, podrán con decencia advertir y hablar en sus casas».

(1) Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*.

(2) Citado por Dozy.

La falta de un ideal levantado seguirá persiguiendo como una fatalidad la evolución nacional. La vida social se vuelve tan vulgar é insignificante como las instituciones maleadas cuando el sentimiento y la idea no la impulsan á desenvolver en toda su feliz plenitud y armonía el arte, el derecho, la religión y la ciencia.

JUAN AGUSTÍN GARCÍA (hijo).

Enero de 1897.

EL PUENTE DEL INCA Y SUS TERMAS

Con motivo de un viaje á las provincias de Cuyo, en abril de este año, he tenido ocasión de visitar los célebres baños termales del Puente del Inca, que distan de Mendoza unos 160 kilómetros. Antes el viaje se efectuaba en la inevitable mula y se empleaban tres días : hoy, gracias al ferrocarril, se llega con toda comodidad en ocho horas. Á la verdad, *toda comodidad* es una frase. El ferrocarril podría tener mejores vagones y mejor servicio, dado los precios que cobra; además, nos deja en Punta de Vacas á unos veinte kilómetros de distancia del Balneario, trayecto que se hace en carruaje en menos de dos horas, cuando el tiempo es bueno, y en caso contrario debe hacerse en mula y se emplean de cinco á seis horas, con todas las incomodidades consiguientes.

Pero las montañas y los panoramas que se presentan á cada instante á la contemplación del viajero compensan, con creces, las desazones de la travesía.

Las montañas han tenido siempre para mí un atractivo poderoso; los Andes me han parecido, sin exageración, sublimes; si la sublimidad debe ser, como dice Grant Allen, algo no absolutamente agradable, pero tampoco penoso, con rastros de temor y elementos que exciten nuestra reverencia, sin carecer de otros que se confundan en la belleza.

Los Andes reúnen los caracteres de la definición.

Conocí los Alpes en mi juventud ; había conservado de ellos, una impresión profunda y un recuerdo casi intacto en mi memoria. Los Andes me han parecido más majestuosos y más imponentes. Sus empinadas cumbres, desprovistas de vegetación arbórea, apenas están sembradas aquí y allí por capas verdosas de una pobre flora que vive de la humedad y de escasos manantiales que se abren camino entre los peñascos de las laderas, y hacen contraste con la variedad de los colores de las rocas graníticas, calcáreas, basaltos y estratificaciones que se observan á lo lejos y bajo las pisadas del viajero que recorre los valles de los ríos de Mendoza, las Cuevas y los Horcones.

Las nevadas cumbres del Aconcagua, del Tupungato, de los Cerros del Plata resaltan sobre el azul intenso del cielo ; cuando se ocultan detrás de las nubes que por poderosa fuerza de atracción se condensan en el macizo de la Cordillera, una negra obscuridad cubre el horizonte, y sucede una pavorosa tempestad, con desarrollo de gran cantidad de electricidad atmosférica, cuyos estallidos retumban y propagan sus ecos en esos solitarios valles como el estruendo de centenares de artillerías.

Sucede luego la agradable calma. El sol brilla con intensidad sobre la nieve, sus rayos reflejados sin trabas en esa atmósfera pura, ejercen su acción intensa sobre nuestra piel ; la pigmentación se exalta y debajo de los girones de epidermis que cae aparece el color bronceado de los fieros é indómitos aborígenes que poblaron esas regiones. Las brisas que soplan por esos valles, en virtud de leyes conocidas, excitan nuestros nervios, nos sentimos otros hombres ; este baño de aires desconocidos ejerce una influencia moral y nos invita á meditar.

La Cordillera ha dividido no sólo estados, sino ideas, con perjuicio grande para la fraternidad americana. Pienso, en el momento de recorrer estas soledades, qué porvenir hubiese tenido la nacionalidad argentina, si en vez de la pampa inmensa formada por los

productos de disgregación de esa loma altísima que asomó sobre la superficie de las aguas y de la tierra, su masa granítica se hubiese extendido con mayor número de ramificaciones sobre el territorio de la República Argentina. La patria nuestra no sería seguramente tan grande y poderosa. Tendríamos muchos más estados independientes.

Las grandes montañas, limitando nuestra visual, estrechan los confines de los pueblos, así como empequeñecen el horizonte de las ideas.

La configuración del suelo influye sobre los hombres.

Los montañeses son hombres sufridos, tenaces, fuertes, porque se han formado en la lucha que les hace vencer los obstáculos naturales; pero esa vida limitada por altas cumbres hace adaptar su espíritu á los horizontes que sus ojos ven á cada instante y pervierten la idea de los confines de sus aspiraciones, que se extienden primeramente hasta donde alcanza su visual y el esfuerzo de sus piernas. Se reconcentran y se hacen pequeños primero, reaccionan, pero desconocen las ideas grandiosas de expansión amigable y fraternal; cualquier avance es para ellos una conquista, y cuando las necesidades de la vida los obligan á superar sus montañas y los límites de su cuna, se vuelven imperiosos, se creen seguros de sus fuerzas, tienen conciencia de haber hecho acto viril y se consideran superiores y destinados al dominio de lo que invaden: son conquistadores.

El *llanero*, en cambio, no encuentra límites á su mirada por más que se mueva de uno á otro lado, no hay montaña de forma especial que le detenga. Considera hermanos á todos los que halla dentro de su planicie: los productos y beneficios que recibe de la tierra los reparte con un comunismo fraternal. No ha tenido esfuerzos que hacer para dominar la montaña áspera y rígida que opone resistencia: limita sus aspiraciones al bienestar que le ofrecen la fecundidad del suelo, la abundancia de las cosechas, mantenida por los extensos cursos de agua que reparten la vida y procuran la bienan-

danza á que todo hombre aspira sobre la tierra : la pr6vida naturaleza ha beneficiado su morada.

Esto se nos ocurría al recorrer estas regiones en momentos de expectativa nacional, cuando argentinos y chilenos preparábamnos nuestras armas para lidiar cuestiones de dominio sobre territorios mal definidos en la posesión que heredamos de las diferentes gobernaciones establecidas por la madre patria en época anterior á la Independencia.

¡ La herencia de discordias que nos ha entregado España es la más cruda venganza á que podía aspirar por la guerra que sufrió en la época de nuestra emancipación !

Cada vez que pienso en nuestras guerras de límites me acuerdo siempre del cuento de los dos ciegos limosneros, que se tomaron de palabras primero y luego á palos, por una peseta que ninguno había visto, pero *que les constaba* había sido depositada para repartirse entre ambos amigablemente.

Los países americanos disputamos desde entonces por derechos que *son inalienables*; gastamos millones de duros, que arruinan las fuentes de nuestra producción y nuestras fuerzas vivas, por no perder *nuestros derechos á la peseta que debe ser dividida con equidad*.—No importa que todos los territorios sean inhabitables, que no los poblaremos, ni sacaremos provecho de ellos en centenares de años. No. La pelea es entre dos calvos por un peine, ó de dos pobretes por un candelero en el que no tienen velas que poner.

¡ Sabemos acaso lo que sucederá mañana ! ¿cuáles son los destinos de estos países que se reforman en su composición íntima por la mezcla de razas y de individuos ?—¿Resultará una gran nación como aspiramos ?—¿ Se dividirán en pequeños estados, como lo quieren las pasiones localistas estrechas, de las que la guerra entre chilenos, argentinos, bolivianos son un espécimen en grande de lo que mañana sería en pequeño una multitud de otras guerras de subdivisión de nuestro inmenso territorio ?—Las preguntas dubitativas de este linaje se multiplican en la mente del que aleccio-

nado por lo pasado, desespera del porvenir inseguro de la América!

Ai posteri l' ardua sentenza !

No hay falta de patriotismo, ni de ideales en estas mis palabras, sino la desconfianza justificada y natural del que habiendo estudiado este desorden profundo que preside á los gobiernos, llamados por ironía *democráticos*, de América, ve en el porvenir una serie de males que sólo serían evitados con gobiernos *orgánicos* y organizados, y no con *caciquismos inorgánicos* de caudillajes que hacen de los estados americanos otras tantas *tribus*, indignas de ser tenidas como factores de un estado regular y armónico, á que aspiramos los patriotas verdaderos en esta desgraciada América.

Nuestras palabras serán duras, serán *fuertes*: pero el mal que las provoca es mucho mayor. Ese *South America* lanzado con desprecio por la Europa, debe ser borrado de la fraseología correcta por nosotros mismos, pero no con palabras, ni con escritos, en que se devuelve el insulto, sino con el cambio radical de nuestros sistemas de elegir gobiernos y gobernantes; pues todas las leyes son buenas cuando se cumplen; y siempre malas, cuando de ellas se hace escarnio como lo hacemos en toda América.

Parecerá curioso que á propósito de aguas termales nos desviemos tanto de nuestro propósito. Mi disculpa es el medio. La sublimidad de los Andes convida á meditar en el porvenir de la América, sin limitación ni pensamientos estrechos de localidad, ni de la zona que alcance al territorio que dominan y cubren con su sombra.

¡Nuestra cuestión de límites, tratándose de un territorio inhabitado é inhabitable, es un error! Las pretensiones de ambos países deben ceder ante la majestad de sus inspiraciones.

Para ambos países, Chile y la Argentina, debe alcanzar la sombra de los Andes á cubrir enteramente la línea divisoria, por la mañana para uno y por la tarde para el otro; cuando el sol se levanta en la Pampa, cuando el sol se oculta en el Pacífico chileno.

Después de haber dejado el ferrocarril en Punta de rieles, subimos en el coche que nos debía conducir á Puente del Inca. Á tres kilómetros hallamos la confluencia de los ríos de las Cuevas y del Tupungato, que señalan dos puntos de perspectiva admirables; por un lado, á la izquierda, el valle del Tupungato, y á nuestra derecha el valle de las Cuevas, que nos dibuja á lo lejos la *Cumbre*, la línea divisoria entre Chile y la Argentina.

Vamos subiendo; nos hallábamnos á 2600 metros sobre el nivel del mar y debemos subir 400 metros más para llegar á nuestro destino. El camino es bueno; pasado un pequeño trecho que fatiga los caballos de nuestro vehículo, llegamos á una casi planicie cuya inclinación es suave y que se supera sin obstáculos; nos hallamos en una carretera natural que muchos países de Europa podrían envidiar.

De uno y otro lado montañas altísimas cuyos contornos se muestran encantadores, extraños y hasta simbólicos. La imaginación ve en sus formas las representaciones más raras: *siluetas* de caras que se atribuyen al hombre del día, formaciones de imágenes pavorosas y hasta una iglesia gótica, de color rojo claro, que simula una catedral derruida á cuyo alrededor se levantan columnas calcáreas que la fantasía clasifica de una procesión de fieles peregrinos que se acercan al templo: *el cerro de los Penitentes*. Yo lo he visto desnudo de la nieve que lo cubre habitualmente; me aseguran que blanqueando sus elevaciones con los copos depositados sobre sus aristas desordenadamente armónicas, nos dan la representación de una congregación de monjes que entra al refugio que ampara y que consuela. ¡Envidio á los que con dichosa disposición de ánimo creen en estas representaciones de la vida eterna y futura; y en las que nosotros, por desgracia nuestra, no vemos sino eternas fantasías y tendencias de la humanidad á figurarse siempre lo mejor y lo más bueno, más allá! ¡Dichosos ellos!

Media hora más de camino y divisamos á lo lejos las casillas de la estación de Puente del Inca; el carruaje que corría presuroso por la porción derecha del valle de las Cuevas se desvía rápidamente

mente en dirección á las casas y atravesamos el río pasando *el puente* que se halla con un nivel de unos seis metros más bajo del que tiene el camino que recorriamos. Pocos minutos después nos apeábamos frente el balneario.

¿Qué es el Puente del Inca? ¿Quién lo ha descrito y conocido por primera vez?

Si consultamos la *Geografía y descripción universal de las Indias*, recopilada por el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco desde el año 1571 al 1574 y publicada por Justo Zaragoza, Madrid, 1894, en la página 524 hallamos mencionada la Provincia de Cuyo, las ciudades de Mendoza y San Juan de la Frontera, pero no se hace ninguna alusión á este puente.

Según nuestras investigaciones, la primer descripción del Puente del Inca es la presentada por el padre Alonso de Ovalle en su *Histórica relación del reino de Chile*, publicada en Roma por F. Cavallo en 1646 y reimpressa en Santiago de Chile en 1888 (tomos XII y XIII de la *Colección de Historiadores de Chile*).

En la página 33-34 del tomo XII leemos lo siguiente:

«No puedo pasar en silencio otra fuente que se ve pasada la Cordillera de la banda de Cuyo. El río de Mendoza que baja por aquella parte y corre al Oriente, no es menor del que llaman de Aconcagua y por otro nombre de Chile, y corre al Occidente al mar del sud, y es receptáculo y madre de todos los arroyos y demás ríos que corren por esta banda, como lo es el otro de Mendoza de los que corren por aquella. Haciendo, pues, á este de Mendoza oposición un monte de yeso lo horadó, de manera que dejó hecha una puente, por donde pueden pasar dos y tres carros juntos sin estorbarse.

«Debajo de esta puente se ve un tablón de peña viva, sobre la cual corren cinco canales de agua que nacen allí de una fuente, y es el agua tan caliente que va hirviendo por ellas, y es muy salobre, y las piedras por donde sale y corre tienen un color como de esmeraldas. Lo cóncavo de esta puente que sirve como de techo y bóveda á esta

peña y fuente, que por ella corre, sobrepaja en su belleza y artificio á toda arte humana, porque penden de ella, con estimada labor y natural artificio, vistosos florones, pingantes y piñas, todos de una piedra á modo de sal, que de la humedad que de arriba fué penetrando todo el grueso de la puente, se fueron congelando á manera de puntas de diamantes, y otras mil figuras que adornan aquel techo de donde asimismo llueven perpétuamente unos gruesos goterones del tamaño de garbanzos, y otros como yemas de huevos; los cuales, cayendo en aquel tablón de piedra que hace pavimento á esta bóveda, se convierten en piedras de varias figuras y colores de no poca estimación, de manera que toda aquella natural fábrica y edificios está llena de aquella pedrería. »

Como todas las cosas notables, el Puente del Inca ha tenido también sus descriptores fantásticos. Una de las más curiosas de estas descripciones pertenece á cierto Jullien Mellet, *dit l'américain*, como él mismo se titula en sus *Voyages dans l'intérieur de l'Amérique Méridionale*, París, 1824. — Este aventurero, mercachifle ó cosa parecida, recorrió la América en la primera y segunda década de este siglo. Fué agregado á la expedición del *Consolateur*, brick de guerra francés mandado por el subteniente Dauriac, y que salió de Bayona el 30 de mayo de 1808, conduciendo al marqués de Sassenay, enviado por Napoleón con el propósito de inducir á Liniers á plegarse á la causa de su hermano José, que acababa de nombrar rey de España.

La expedición fracasó (1), y nuestro Mellet, después de cinco meses de cautividad, logró escaparse del fuerte de Montevideo y emprender sus excursiones por América. Es un individuo ignorante, — lo demuestra á cada rato en su libro — hace las confusiones más ridículas al hablar de estos países y hasta el nombre mismo de su protector lo desfigura ¡llamándole *M. de Chassenai!*

(1) Véase M. DE SASSENAY: *Napoléon I^{er} et la fondation de la République Argentine*. — París, 1892.

Describe al Puente del Inca como un paso peligrosísimo, que el viajero sólo puede evitar con un rodeo de 70 leguas. ¡Dice que es un puente de piedra suspendido sobre un precipicio que espanta al hombre más atrevido; que es menester rodearse de muchas precauciones para hacer pasar las mulas!

Describe la fuente termal como colocada sobre una roca de forma piramidal de 50 á 55 pies de altura, que se sube por una escalera escavada en el peñasco; agrega que el agua tiene un color azul y otras veces amarillo, y tiñe la ropa blanca. Agrega que mojó su pañuelo en el agua y le quedó teñido de amarillo tan hermoso y tan persistente que pudo usarlo por tres ó cuatro meses seguidos sin perderlo.

De igual fuerza de información es la descripción dada por R. Proctor, quien recorrió el paraje en el año 1823.

Entre los descriptores de mucha fama y poca substancia de bemos colocar al gran Ch. Darwin, quien pasó por el Puente del Inca el 4 de abril de 1835. No le da importancia alguna, lo describe como una costra de piedras estratificadas, cimentadas por los depósitos que forman las aguas calientes que brotan en las cercanías. Es para él indigno de los grandes monarcas cuyo nombre lleva (1). (*Voyages d'un naturaliste*, París, 1875, pág. 359.)

(1) El gran Darwin ha sido sumamente injusto con nuestro país, á pesar de haber sido muy bien recibido y atendido por todos, como él mismo lo certifica. Ha recorrido el país, lo ha estudiado y sin embargo refiere las cosas más extravagantes y exageradas. Comparando su correspondencia publicada por el hijo y su viaje se podrían comprobar cosas curiosas.

En unos casos, los *gauchos* son unos asesinos y en otros son muy superiores á los habitantes de las ciudades! Siembra sus escritos con los calificativos más soeces para la sociedad que lo abrigaba. Llega hasta decir (l. c., 168): *ont peut acheter presque tous les fonctionnaires: le directeur des postes vend des timbres faux pour l'affranchissement des dépêches.* — Para demostrar la falsedad de la imputación y la malquerencia del personaje, basta recordar que los primeros timbres ó sellos de correo se usaron el año 1840 en Inglaterra y el año 1858 entre nosotros! — Darwin se halló entre nosotros durante los años 1833 á 35.

El puente del Inca se encuentra á unos 3000 (1) metros sobre el nivel del mar y en el valle de las Cuevas á 160 kilómetros de la ciudad de Mendoza; en este punto el valle tiene una anchura de 600 á 800 metros y está rodeado de montañas de unos 500 á 800 metros de altura. Su fondo está constituido por los productos de disgregación de las rocas que forman las montañas circunvecinas y tiene un espesor de 50 á 60 metros, como puede medirse fácilmente por la elevación de las barrancas labradas por el río, que se ha abierto camino empujando sus materiales al escavar su cauce ordinario.

Al rededor del Puente del Inca se observa que el material del lecho del río y sus barrancas está constituido por grandes piedras, otras más pequeñas y aun muchas pequeñísimas engastadas con arcillas yesosas, creta y tobas calcáreas.

Poco más arriba del Puente del Inca, el río de las Cuevas, que procede de las aguas de deshielo de la Cumbre, se junta con el río de los Horcones que baja de los contrafuertes del Aconcagua. Ambos forman una corriente única que baja de oeste hacia el este con violencia; siguiendo esta dirección han encontrado probablemente una resistencia á unos cincuenta metros antes de llegar al puente. El río ha torcido violentamente su curso hacia el sud y ayudado por la fuente termal que se abre camino á una profundidad de unos 30 metros bajo del suelo, ambos han vencido la resistencia que opone este débil material deleznable que forma el fondo del valle y se ha establecido el cauce del río por debajo del terreno, resultando este curioso puente natural que nos ocupa.

Después de haber pasado el puente la corriente del río vuelve á recobrar nuevamente su dirección primitiva (2).

El puente está formado por un arco único de 40 metros de lar-

(1) Los diferentes viajeros le asignan alturas que varían entre 2750 y 3020 metros.

(2) Han sido publicadas muchas vistas del Puente del Inca. El tomo *Chili, Paraguay, Buenos Aires*, de *l'Univers*, publicado por F. Didot en 1840, trae una vista fantástica. El *Miers: Travels in Chile and La Plata*, I, 308, presenta otra igualmente mala. Excuso citar otras peores.

go, medido en el centro longitudinal superior, y de un ancho de 30 metros de borde á borde. Su espesor varía, pero en la parte media alcanzará á unos cuatro ó cinco metros.

Observado por el costado norte, frente al camino carretero que recorre el valle, el arco del puente aparece más amplio, más abierto, aunque más irregular. En la porción este se observa una masa enorme de algunos centenares de metros cúbicos formando el estribo de ese lado y poco desgastada por la acción de las aguas. Es una piedra calcárea resistente y sostiene la mitad de la masa del puente. Del costado oeste se observa una pirámide calcárea de la misma naturaleza, que partiendo del nivel del río se eleva empinada hasta el terreno superior del puente y con gran pendiente. Esta masa está recubierta de las incrustaciones de carbonato de calcio que forman las aguas al ser expuestas á la acción del aire.

De este mismo lado se observan las construcciones de piedra y madera que han sido hechas para abrigar á los bañistas. El hueco del puente aparece de este costado con una abertura de forma trapecoidal inmensa.

Mirando el puente del lado sud su figura es más armónica, en la porción oeste no se ven las fuentes, pues quedan cubiertas por terrenos incrustados por las aguas; y en la porción este aparece siempre esa masa enorme que sostiene y asegura hasta cierto punto la conservación de este originalísimo fenómeno de la naturaleza.

La bóveda está formada de una multitud casi innumerable de pequeñas estalactitas, formadas por la evaporación de las aguas. Estas gotean constantemente y al caer producen incrustaciones en los objetos que bañan; allí cada bañista deposita objetos, que adquieren las formas más raras y que llevan luego á su casa como recuerdos de su estadía en el Balneario.

De lo que acabamos de exponer se deduce la exactitud de la descripción de Ovalle, muy superior á la de muchos otros viajeros que lo han conocido después de él.

La fuente termal que se abre camino en el estribo oeste del puen-

te, y cuyas agua simpregna la masa del material, contribuyendo á su robustecimiento en virtud del carbonato de calcio que depositan en ella y cuyas estalactitas tapizan la bóveda elíptica del puente, es la causa de su conservación.

El material deleznable del puente en la época de las grandes nevadas y de los deshielos sufre su acción destructora ; grandes trozos se desprenden constantemente, sobre todo cerca del estribo este, pues la acción incrustante del carbonato calcáreo depositado no alcanza á protegerlo.

Observando este puente se deduce que no debe ser muy antiguo y su conservación es muy problemática dado el desgaste continuo que hemos señalado. No es aventurado pensar que ha de desaparecer en una época más ó menos próxima, por algún accidente natural ó bajo la influencia destructora de los carruajes que transitan constantemente sobre él.

El río corre debajo con caudal de agua muy variable. Algunos viajeros lo han considerado sin importancia ; esta opinión debe haber sido fundada en haberlo observado en el mes de abril, pero en los meses de noviembre, diciembre y enero, cuando se producen los deshielos, el río es impetuoso y lleva mucha agua.

El subteniente de la real marina inglesa Chas. Brand lo pasó por dos veces, en agosto y en diciembre de 1827. El 20 de este último mes, el río estaba muy crecido y con una correntada que él estimó en 10 ó 12 millas.

La altura del agua con relación al plano superior del puente es de 150 pies (49 metros), según Miers (*Travels in Chile and La Plata*, I, 308). Para P. Schmidtmeier (*Travels into Chile over the Andes*, 219) es de 60 á 70 pies (20 á 24 metros). Stelzner (*Beiträge z. Geologie der Argentin Republik*, 253) la calcula en 20 metros. A. Lemos también le asigna 20 metros y nosotros nos adherimos á esta cifra.

Aunque las fuentes termales han sido consideradas como cuatro

ó cinco diferentes, según los varios viajeros, á mi juicio es una sola, con diferentes bocas de salida.

Las diferencias de temperatura que se observan dependen del enfriamiento del agua al ponerse en contacto con el suelo circunvecino, ó tal vez por mezclarse con alguna capa de agua fría que existe en el mismo terreno. Actualmente tenemos cuatro vertientes diferentes (1): la primera *Neptuno*, situada á unos 50 metros del estribo oeste del puente, sobre el terreno que lo rodea y en la misma dirección de su eje.

Su temperatura es de 26° según las observaciones del Dr. Cotton, director actual del balneario. Es la fuente menos mineralizada, y probablemente resulta de la mezcla de las aguas termales surgentes con alguna capa de agua fría que corre por ese mismo terreno.

La segunda y tercera, son las fuentes *Venus* y *Champagne*, situadas debajo del estribo oeste del mismo puente; la *Venus* es la más exterior, tiene una temperatura de 37°; alrededor del puente, en donde brota el agua, se ha labrado en la roca una cuenca que da cabida á unos 3 ó 4 bañistas. El agua surge en este punto á borbollones, á causa del ácido carbónico que se desprende tumultuosamente junto con el agua. Al desbordarse esta agua forma, como en la fuente *Neptuno*, un abundante depósito de carbonato calcáreo y óxido de hierro que colora las rocas que baña, al caer el exceso en el río que se halla debajo.

La fuente *Champagne* está al costado de la *Venus*, su temperatura es de 38°. Es más abundante que la *Venus* y tiene formada una cuenca irregular en la roca misma, es más copioso el desprendimiento del ácido carbónico, que produce un movimiento en toda la masa del agua, lo que la ha hecho dar ese nombre. El agua que desborda cae al río, observándose el mismo fenómeno que para la fuente *Venus*.

(1) Los nombres que dan á estas fuentes los viajeros son muy diversos, los adoptados por nosotros corresponden á las designaciones actuales.

La cuarta es la *Mercurio*, se halla situada á unos seis metros más abajo de la Champagne, en el mismo estribo oeste del puente. Su temperatura es de $37^{\circ}5$.

Estas son las fuentes actuales que dan agua abundante. Podrían citarse otras vertientes de menor importancia que se desprenden en la proximidad del costado oeste del puente, pero no valen la pena de mencionarse.

Lo que acabamos de describir representa el estado actual de estas fuentes termales. Siguiendo las relaciones de los viajeros y comparándo las sacamos en consecuencia que han variado de forma en este siglo y también ha cambiado la temperatura de las aguas.

Apartándonos de las fantásticas descripciones de Mellet, Rob. Proctor (*Narratives of a journey across the Cordillera*, 75) describe las fuentes como un pan de azúcar de 12 pies de alto. Schmidtmeier señala en los alrededores del puente dos manantiales muy notables por el vivo desprendimiento de gases de una temperatura que aprecia en 105 á 110° Fahr. (41° á 43° C.) Miers (l. c. I, 309), dice: «Son notables las fuentes termales, especialmente una que brota de un peñasco macizo de forma cónica que se asienta sobre el río y cuya extremidad está formada por una cuenca de dos pies de diámetro y uno de profundidad, de cuyo fondo brota el agua desbordándose constantemente alrededor del cono descrito. Otra fuente mana al pie del puente y tres más lo hacen en el mismo terreno á igual nivel, pero al abrigo del puente.»

El agua brota de rendijas en fosos de cuatro pies de diámetro, que han sido revestidos por la materia incrustante que depositan las aguas. Al salir de los manantiales aparecen en forma de ebullición, pero su temperatura no excede de 96° Fahr. (35° C.). El subteniente de la marina inglesa Chas. Brand (*Journal of a Voyage to Perú*, 240) dice que el 20 de diciembre de 1827 se detuvo á su regreso de Chile en el Puente del Inca para determinar la temperatura de sus fuentes termales y tomar las muestras que analizó Faraday y de

cuyo análisis daremos cuenta luego. Dice que las fuentes son cuatro: tres calientes y una fría. Dos de las calientes tienen la temperatura de 91° Fahr. (33° C.) y otra 83° Fahr. ($28^{\circ}5$ C.) y la fría tiene la temperatura de 66° Fahr. (19° C.). Tomó para el análisis las aguas de 91° y 83° . Hace notar como circunstancia especial que la fuente fría se halla entre las dos más calientes, agrega que las tres son del mismo diámetro, de un pie á 15 pulgadas, y de dos pies de profundidad y se encuentran á no mayor distancia de tres pies una de otra. La cuarta, que es la mayor, está situada á una distancia de cuatro yardas de las primeras teniendo dos pies de diámetro é igual profundidad. Observa que la superficie del terreno alrededor de las fuentes está inscrustado por una substancia mineral parecida al salitre. Según el mismo la fuente fría es muy salada pero no tan amarga al gusto como el agua de las fuentes calientes.

Martin de Moussy (*Description de la Confédération Argentine*, I, 200) atribuye á las aguas la temperatura de 34° C.; Stelzner, el 7 de febrero de 1873, midió en ellas la temperatura de 33° . Estas diferencias observadas por los diferentes viajeros en las temperaturas de las aguas del Puente del Inca no pueden ser debidas á malos termómetros, ni á malas observaciones. Es necesario convenir en que la temperatura ha variado en el espacio de una á otra observación. El hecho no es por otra parte raro, habiéndose observado en otras fuentes termales de Europa. Nosotros admitimos las temperaturas que el Dr. Cotton nos dió conjuntamente con las muestras de agua, cuyo análisis hemos practicado y de que vamos á dar cuenta más adelante.

En cuanto á la composición química de las aguas del Puente del Inca, aparte de las indicaciones vagas de los viajeros que le habían precedido, tenemos en primer término el análisis del viajero Miers en 1819 (l. c., 311) muy imperfecto y evidentemente falso, si es que en realidad lo ha practicado, pues se refiere á una muestra de agua del Puente guardada de $2\frac{1}{2}$ años atrás, según cuenta. Di-

ce que no obtuvo reaccion en el nitrato de bario, lo que es imposible, y con el oxalato amónico apenas un enturbiamiento insignificante, lo que es improbable tratándose de aguas calcáreas; no había hierro; por otra parte el mismo autor encuentra raro su análisis. No es, pues, extraño, que no se le dé valor alguno en la actualidad. Refiere, sin embargo, en su relación, que en la fuente misma observó que el gas que las aguas desprenden es ácido carbónico puro y que las concreciones de las estalactitas son de carbonato cálcico.

En este punto es exacto.

P. Schmidtmeier, en 1820, dice que el sabor del agua es sulfuroso. Es un desatino, disculpable en un comerciante.

El primer análisis serio fué ocasionado por el viaje de Chas. Brand en 1827 y practicado en Londres por el célebre Faraday.

En las páginas 344 y 345 del *Journal of a Voyage to Peru* citado transcribe el análisis del reputado químico.

Encuentra en las botellas que le fueron remitidas sulfuro de hierro é hidrógeno sulfurado (1), ácido carbónico en exceso y bicarbonato de calcio. Por evaporación obtuvo un residuo de 17.78 gramos por litro (proporción que es más ó menos igual á la que contiene actualmente).

El primer análisis con datos cuantitativos es el practicado por D. Ignacio Domeyko en 1851, quien le atribuye la siguiente composición:

	Por litro
Sulfato de sodio.....	0.09
Cloruro de sodio.....	5.08
Carbonato de calcio.....	1.80
— magnesio.....	0.07

El análisis es evidentemente inexacto y fué practicado sobre una muestra de medio litro que le entregó el coronel Payton. El autor mismo no le atribuye gran valor.

(1) Igual resultado obtuvimos nosotros el año 1876, con una muestra traída por el señor Moujan y que nos entregó el doctor don Cleto Aguirre.

Más exacto es el análisis del doctor Max Siewert (Napp, *La República Argentina*, pág. 254), hecho sobre una muestra recogida por Stelzner en su viaje á la Cordillera. Para 1000 partes, le atribuye la composición siguiente:

	Gramos
Ácido silícico.	0.0380
Silicato de aluminio (1).	0.1190
Sulfato de potasio	0.5086
— calcio	2.1284
Bicarbonato de calcio.	1.8993
— magnesia.	0.1280
— hierro	0.0532
Cloruro de magnesia.	0.1386
— sodio	11.4644
Total.	16.4775
Ácido carbónico.	0.0549

La densidad del agua era de 1.0134. Las materias dosadas por Siewert, según el cuadro I frente á la página 256, son:

Ácido silícico.	0.0380
Alúmina	0.1190
Óxido férrico.	0.0216
Cloro.	7.0616
Ácido sulfúrico.	1.4858
— carbónico fijo	0.6281
— — total.	1.3330
Óxido de calcio	1.6150
— magnesio	0.0983
— potasio	0.2748
— sodio.	6.0752

El último análisis publicado es el del doctor L. Darapsky en el *Boletín de la Academia Nacional de Córdoba*, IX, 407, y en su interesante libro *Las aguas minerales de Chile*, Santiago, 1890, página 48.

(1) Es alúmina, según el cuadro.

Analizando muestras que le fueron llevadas por un amigo halló las siguientes cifras para las muestras :

	Champaña	Venus	Mercurio
Ácido silícico.....	0.035	0.545	0.035
— sulfúrico.....	1.508	1.648	1.541
— carbónico fijo..	0.532	0.297	»
Cloro.....	8.479	8.501	8.338
Alúmina.....	»	0.080	0.019
Óxido de hierro.....	»	0.280	0.014
— calcio.....	1.736	1.350	1.687
Magnesia.....	0.077	0.240	0.113
Sosa.....	6.673	6.417	6.395
Potasa.....	0.268	0.241	0.270
Substancias orgánicas..		Cantidades apreciables.	

El doctor Darapsky habla de una cuarta muestra de agua que denomina *Karlsbadina*, menos mineralizada y que no me es posible identificar con ninguna de las que provienen de las fuentes que yo he conocido *de visu*. Su residuo total es de 10.665 por mil y su contenido en cloro apenas alcanza á 4.122 por litro.

Después de esta larga enumeración de datos relativos al Puente del Inca y sus aguas, presento á continuación los datos de los análisis practicados, que se refieren á muestras recogidas con todo cuidado por el doctor Cotton, actual Director del Balneario del Puente del Inca; y que recibí en perfectas condiciones en Buenos Aires con las indicaciones de las temperaturas de las fuentes, que pongo al frente de cada agua en la columna correspondiente.

Los datos referidos á un litro de agua son los siguientes :

Aguas termales del Puente del Inca (para 1000 partes)

	Neptuno	Venus	Champagne	Mercurio
Temperatura.....	26°	37°	38°	37°5
Densidad.....	1.0122	1.0136	1.0140	1.0156
Residuo total á 110°.....	16.460	19.970	19.255	27.080

	Neptuno	Venus	Champagne	Mercurio
Pérdida por calcinación	1.100	2.020	3.851	»
Cloro	8.345	8.200	8.520	9.760
Ácido sulfúrico	1.531	1.570	1.460	2.3706
Ácido silícico	0.040	0.050	0.045	»
Óxido de calcio	1.576	1.870	1.820	2.212
— magnesio	0.1152	0.1905	0.150	0.1188
— hierro y aluminio . .	0.032	0.052	0.052	0.0458
— sodio y potasio	5.565	6.022	6.105	8.135
Amoníaco	0.0005	0.00036	0.0004	0.00012
Permanganato necesario para oxidar la materia orgánica.	0.012038	0.020559	0.01262	0.049026
Oxígeno consumido en la oxi- dación	0.00304	0.0052	0.0032	0.0124

Como se puede ver por estos análisis, los datos obtenidos concuerdan bastante con los de los doctores Siewert y Darapsky. No hemos comprobado la presencia en las aguas del ácido bórico que fué señalado por el mayor Ignacio Rickard en la página 40 de su *Informe sobre los distritos minerales de la República Argentina*, Buenos Aires, 1869. Por otra parte, no se da dato analítico ninguno en comprobación del aserto.

Debo, como complemento, agregar dos análisis más de *aguas de bebida* que se usan en el balneario del Puente del Inca: número 1, la que se bebe actualmente, y número 2, la procedente de una hermosísima lagunita situada al oeste del balneario y á una distancia de media legua. En este paraje el doctor Cotton se propone edificar una casita para recreo de los bañistas y como complemento del gran establecimiento que proyecta edificar en el Puente del Inca en substitución de las casillas actuales, cuyos planos están terminados, obra que ha de ser en breve una realidad.

Las dos aguas á que me refiero dan los siguientes datos analíticos para 100.000 partes:

	Nº 1	Nº 2
Dureza.....	67.500	27.500
Residuo á 110°.....	86.500	65.520
Pérdida por calcinación.....	20.000	17.500
Ácido nítrico.....	rastros	0.009
— nitroso.....	0	0
— sulfúrico.....	3.750	2.377
Óxido de calcio.....	37.815	15.400
— magnesio.....	18.015	6.125
Amoníaco.....	0.008	0.003
Cloro.....	2.130	5.325
Oxígeno consumido para oxidar la materia orgánica del agua.....	1.87	0.640

Se deduce de estos datos que aunque la primera agua es algo dura no es im potable, pero resalta la superioridad del agua de la lagunita próxima, proveniente de los deshielos de los contrafuertes del Aconcagua y que es excelente, como hemos podido comprobarlo además, por haberla bebido con placer en el paraje mismo en que se encuentra.

Después de toda esta enumeración de datos el lector deseará saber de qué curan esas célebres aguas del Puente del Inca.

Las aguas del Puente del Inca reúnen todas las condiciones de las fuentes más afamadas del mundo, que Aronssohn ha definido bajo estos principios generales:

1º *Acción dinámica estimulante*: sobre la piel, por la termalidad, cal, sales alcalinas y gases; sobre el sistema nervioso y eje cerebro-espinal, por el calor y ácido carbónico; sobre los órganos centrales de la circulación, por el calor y el hierro que contienen; sobre el sistema digestivo, por las sales de sodio y de hierro.

2º *Acción dinámica sedativa*: sobre el sistema nervioso por las sales alcalinas y materias orgánicas azoadas contenidas en las aguas. Las aguas minerales contienen además principios disociados, *los átomos-iones* de Swante Arrhenius, cuya influencia, antes llamada

eléctrica, si no explica, da por lo menos un nombre á las acciones reales y efectivas de las aguas minerales.

3° *Acción alterante*: que modifica la composición de los líquidos del organismo, produciendo en unos casos la acción *reconstituyente*, por las sales de hierro que lleva al cuerpo, y la *diluyente* modificando la composición de la sangre, orina y otros productos de excreción y secreción.

4° *Acción eliminante*: que determina la excreción de los productos nocivos al organismo; por el sudor determinado por el calor; por los intestinos y los riñones á causa de las sales de magnesio y sodio que se ingieren, lo mismo que el agua y carbonatos alcalinos y alcalino-térreos.

5° *Acción revulsiva*: que se manifiesta en un órgano lejano por la acción mediata en los puntos de aplicación del agua.

Las aguas del Puente del Inca tienen muchos admiradores y enfermos curados y agradecidos que propagan su fama en las dos repúblicas. Yo mismo podría ser uno de ellos; no doy gran importancia á mi observación pero la refiero como dato informativo. Desde dos meses, antes de mi viaje, tenía un dolor de carácter reumático en el hombro derecho, que algo me molestaba; siguiendo mi costumbre no había emprendido medicación ninguna: á mi llegada al Puente del Inca, el doctor Cotton me hizo bañar con cariñosa violencia: quince días después yo estaba curado: el baño fué *uno solo*, su acción benéfica la experimenté á los pocos días y el mal desapareció en el lapso de tiempo indicado.

En el Puente del Inca, que yo visitaba al terminar la estación de los baños, encontré algunos amigos agradecidos del tratamiento y muy mejorados de sus males. El distinguido gobernador de Mendoza calafatea año por año su salud con una permanencia de 15 á 20 días en el Balneario. Cuando me decía esto, le envidiaba de veras, y me proponía hacer otro tanto; cuando yo fuera gobernador de algo!

Verdaderos estudios médicos sobre la influencia terapéutica de

las aguas del Puente del Inca no existen ; se formarán sin duda opiniones fundadas más adelante ; el Dr. Cotton se empeña actualmente en plantear las bases de una estadística seria sobre los enfermos curados. Mientras esta no exista, fundada sobre bases modernas de investigación, transcribimos las que nos proporciona el doctor Murúa Pérez, de Chile (*Anales de la Universidad*, tomo I, página 786, 1877), quien dice : creo que los baños del Inca pueden prestar servicios importantes, particularmente en las siguientes afecciones : *reumatismo articular*, sobre todo de forma crónica : *úlceras atónicas, escrofulosas, heridas* y un gran número de *dermatosis (eritemas, eczemas, impétigos, etc.)*.

Nuestro colega de ultra cordillera, señala con razón los benéficos efectos de esa estación balnearia para los casos de tuberculosis incipientes y otras afecciones diatésicas, no tanto por las aguas, como por las condiciones mismas de la localidad : altura, aire puro, reacción causada por el viaje y tantos accidentes que acompañan al que está favorablemente impresionado al cambiar el sistema de vida. El Dr. Murúa Pérez tiene razón : salir del medio habitual de vida es apartarnos de nuestras *leucomainas*, elementos de destrucción y de envenenamiento que nosotros producimos y de los que debemos alejarnos de cuando en cuando para nuestro bienestar y felicidad. Pasteur, el gran sabio francés, demostró que los fermentos útiles como la levadura de cerveza, el fermento del vinagre, el que produce la fermentación butírica, *mueren en el medio que se crean* ; para hacerlos vivir, rejuvenecer, es menester apartarlos de sus propias obras : tal vez por esto las democracias repugnan en sus constituciones la reelección de sus mandatarios.

¡ Los sociólogos han de encontrar siempre el fundamento de sus *inducciones* en la experimentación sencilla de los infinitamente pequeños !

Llegamos al final de lo que teníamos que exponer ; como conclusión sólo nos resta decir : que desearíamos ver á Puente del Inca poblado por muchos argentinos y chilenos, reunidos allí con pro-

pósitos de salud y de recreo, sobre esa maravilla de la naturaleza, estrechar los lazos de unión y de fraternidad americana que han de reconciliar á las dos naciones más viriles y fuertes del Continente.

PEDRO N. ARATA.

Buenos Aires, octubre 29 de 1896.

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

(Continuación)



XII

El vizconde Alfredo de Escragnolle Taunay, pertenece á una familia tan noble por sus blasones como distinguida por sus excepcionales cualidades intelectuales y artísticas. Por los condes de Escragnolle y por los barones de Taunay, está vinculado á la más vieja nobleza de Francia. Su abuelo, Nicolás Antonio, barón de Taunay, miembro del Instituto, «después de los desastres de Napoleón, en 1814 y 1815, poseído de invencible melancolía por la suerte de la patria amada y no queriendo asistir á una desmembración que suponía infalible, aceptó, con otros artistas de fama, los ofrecimientos del marqués de Marialva, en nombre del rey don Juan VI, para fundar una Academia de bellas artes en Río de Janeiro » (1). Ese artista eminente, *el Nicolás Poussin de la miniatura*, según la frase de Le Blanc, llegó al Brasil en 1816, con todos sus hijos y con

(1) Tomo estos datos de la *Biografía de Alfredo d'Escragnolle Taunay*, escrita por Carlos von Koseritz.

su hermano Augusto María Taunay, « discípulo de Moitte, gran premio de Roma en escultura en el año de 1792, autor de las figuras monumentales que adornan el arco del Carrousel en París, y de los bajo-relieves y la espiral de la columna Vendôme ». El vizconde de Taunay ha narrado en algunas páginas hermosas, publicadas en la *Revista del Instituto Histórico* y ampliadas más tarde en un estudio sobre *La ciudad de Matto Grosso* (1), el fin trágico que cupo en las aguas desbordadas del Guaporé á uno de sus tíos, Amado Adriano, á quien la naturaleza prodigó todas las dotes físicas y morales que pueden adornar á un sér humano. En esa misma obra, su autor transcribe algunos elegantes versos franceses de su propio padre, dedicados á aquel hermano, y de uno de sus tíos como despedida de la marquesa de Gabriac, esposa del diplomático francés que en 1829 representaba á su patria en el Brasil. Todos los demás miembros de la familia Taunay fueron hombres de espíritu superior. Carlos Augusto, tío del autor de que me ocupo, tradujo en verso francés las comedias de Terencio; Hipólito dejó una versión de la *Jerusalén libertada*; Teodoro compuso los espléndidos versos latinos de los *Idilios Brasileños* y el poemita *Callirhué*. Ampliando estos datos, que consigna el vizconde de Taunay, he tenido el gusto de hacerle conocer la ligera mención que hacen de su abuelo, calificándolo de eximio *gouacher*, los hermanos Goncourt en *La Maison d'un artiste*.

Pocos escritores pueden mostrar un abolengo tan ilustre, y él basta para satisfacer la vanidad más exigente en materia de antepasados. Alfredo Taunay nació en Río de Janeiro el 22 de febrero de 1843. Á los informes referentes á su abuelo y sus tíos, debemos añadir que su padre fué también un letrado distinguido, traductor de Píndaro, del griego, y de Persio, del latín, autor de *L'astronomie du jeune âge* y de un poema en que trabajaba en edad avanzada sobre *La Ba-*

(1) *A Cidade de Matto Grosso (antiga Villa-Bella) O rio Guaporé e a sua mais ilustre victima. Estudio histórico pelo Vizconde Taunay.*

taille de Poitiers. Á los doce años entró Alfredo Taunay en el Colegio Pedro II, y en 1858, cuando apenas tenía 15 años, se bachilleró en letras, después de dar brillantes exámenes preparatorios. Pasó entonces á la Escuela Central, hoy Politécnica, y tres años después sentó plaza en el ejército, en 1861. En 1863, es promovido á 2º teniente y recibe el grado de bachiller en matemáticas y ciencias naturales. En abril de 1865 sale para Matto Grosso, como secretario de una comisión de ingenieros, y allí forma parte de la columna expedicionaria cuyos sufrimientos ha perpetuado en un libro famoso. Más tarde acompaña al conde d'Eu, como secretario particular, y redacta el *Diario del Ejército*. Terminada la guerra, el vizconde de Taunay regresa á Río de Janeiro y entra en la vida política, en 1872, como diputado por la provincia de Goyaz. Algunos años después es enviado como presidente á Santa Catarina y al Paraná. Ligado por tradición y por afecto á la familia imperial, el vizconde de Taunay era, sin duda, á la caída del Imperio, una de las más brillantes personalidades jóvenes del antiguo régimen. Como senador vitalicio, su palabra elocuente ilustraba á la opinión. Sus obras habían rodeado su nombre de una fama merecida. Distinguido especialmente por el anciano emperador, su fidelidad política á la monarquía no ha claudicado un instante, y hoy vive retirado en Petrópolis, entregado al estudio de la literatura y al cultivo de la música, de que es apasionado.

La actividad mental del vizconde de Taunay se ha ejercitado en los más diversos géneros de la producción artística. Como músico, son populares sus fantasías á la manera de Chopin; en sus grandes trozos de música religiosa, su *Ave María*, su *Pange Linguæ*, su *Dies Iræ*, palpita un soplo de inspiración ardiente (1). Entre sus dotes características, figura la facilidad de la concepción y la rapidez de la ejecución. Es uno de los más fecundos novelistas del Brasil, y

(1) Por un raro capricho, el vizconde de Taunay ha firmado casi siempre con seudónimos sus obras, eligiendo el de *Flavio Elysio* para las musicales, y el de *Silvio Dinarte* para las literarias. Su último libro *O Encilhamento*, lleva el de *Hector Malheiros*.

al mismo tiempo ha abordado la historia, el arte, el estudio político, la oratoria parlamentaria. Organización equilibrada y ricamente dotada por la naturaleza, su persona irradia la simpatía. Sin jactarse de erudito, su ilustración se revela en cualquiera de sus producciones. Ha tenido el gusto de las aventuras lejanas y de los viajes difíciles, y sus exploraciones en las selvas vírgenes de Matto Grosso y del Paraná, sus largas excursiones por desiertos y montañas desconocidas, han puesto su alma en íntima comunicación con el alma de su patria. De aquí deriva la primera causa de su originalidad como escritor. Ninguno de sus compatriotas refleja mejor que él la luz y el tono del paisaje y del aire ambiente, en esos cuadros repletos de poesía y de colorido en que se siente el atavismo artístico de su sangre y en que su pluma rivaliza con el pincel de Nicolás Antonio de Taunay, que se llaman *Scenas de Viagem*, *Viagem de regresso*, *Ceos e Terras do Brasil*, y, finalmente, *Quadros da natureza brasileira*. Muchos de estos libros han sido vertidos al francés, al italiano y al alemán. De los dos últimos se publicaron algunos fragmentos en español en *La Nueva Revista de Buenos Aires*, del doctor Quesada.

Esta familiaridad con la naturaleza se une al conocimiento perfecto de la psicología del habitante del desierto, del *sertanejo*, nombre intraducible en nuestra lengua. En todas las obras del vizconde de Taunay resalta esta cualidad, que le hace pintar con sobriedad y con exactitud la vida de estos errantes señores de la soledad. Recorramos, por ejemplo, las primeras páginas de *Innocencia*:

«El «sertanejo» que de nada cuidó, que no oyó las armonías de la tarde, ni reparó en los esplendores del cielo, que no vió la tristeza cerniéndose sobre la tierra, que de nada recela consubstanciado como está con la soledad, se detiene, gira los ojos en torno suyo, y, si en el lugar presente alguna aguada, por mala que sea, apéase, desensilla el caballo y reuniendo luego algunas astillas de leña bien seca, saca fuego del yesquero, más por distracción que por necesidad. Siéntese de veras feliz. Nada le perturba la paz del espíritu y el

bienestar del cuerpo. Ni siquiera monologa como cualquier hombre acostumbrado á conversar. Raros son sus pensamientos: recuerda las leguas que anduvo, ó calcula las que debe vencer para llegar al término de su viaje.

« Al día siguiente, cuando, á los fulgores de la aurora, despierta toda aquella espléndida naturaleza, empieza á caminar de nuevo, como en la víspera, como siempre. Nada le parece cambiado en el firmamento; las nubes para él son las mismas. Dale el sol, cuando mucho, los puntos cardinales, y la tierra sólo le llama la atención cuando alguna señal más particular puede servirle de marca miliaria en la ruta que va trillando. — « ¡ Bueno! exclama en voz alta y alegre al divisar algún madero agigantado ó una disposición especial del terreno, — allí está la *peiva* grande. . . Llegué al Barranco Alto. Hasta el pozo del Yacaré hay cuatro leguas bien andadas. » Y, mirando el sol, concluye: — « De aquí á tres horas, estoy batiendo fuego. » En ocasiones, le da por silbar, cantar es raro; aun así lo hace á la sordina; más bien una voz íntima, un murmurar consigo mismo, que notas salidas del robusto pecho. Responder al pitido de las perdices ó al llamado agonizante del esquivo *jáo*, es su diversión en días de buen humor. Le es indiferente el rugido de la onza. Sólo por acaso repara en los muchos rastros que en todos sentidos cortan el camino. « ¡ Qué *bichazo*! murmura contemplando una huella más fuertemente impresa en el suelo; con un buen *onzero*, nada se me daría de arrinconar á este diablo y meterle una perdigonada en el hocico. » El legítimo sertanejo, explorador del desierto, no tiene en general familia. Cuando mozo, su único afán es descubrir tierras, pisar campos donde antes nadie pusiera el pie, vadear ríos desconocidos, despuntar nacientes y calar malezas, que ningún descubridor hasta entonces penetrara. Crécele el orgullo en razón de la extensión é importancia de los viajes emprendidos; y su mayor gusto cífrase en enumerar los caudales correntosos que transpuso, los ribazos que bautizó, las sierras que trasmontó y los esteros que atrevidamente vadeara, á menos de emplear días y días rodeándolos

con rara paciencia. Cada año que termina trae un valioso conocimiento más y añade una piedra al monumento de su inocente vanidad.—« ¡ Nadie puede conmigo ! »—exclama enfáticamente. En los campos de la Vaccaría, en el despoblado del Mimoso y en los pantanos del Pequiry soy rey. » Y esta presunción de realeza infúndele cierto modo de hablar y de gesticular majestuoso en su sencilla manifestación... »

La pintura se prolonga aún más, pero lo transcrito basta para dar una idea del talento desplegado por el autor de *Innocencia* en la reproducción de las escenas y los tipos del interior de su país. Sus cuadros de la naturaleza son igualmente interesantes. En ellos el vizconde de Taunay ha querido sorprender los diversos aspectos del paisaje natal al aclarar de la aurora, en el sopor tropical del medio día, á la luz melancólica de la tarde y en el silencio rumoroso de la noche. Reproduzcamos sucesivamente algunas pinceladas de estos esbozos para ver la variedad y la riqueza de tonos de su paleta. « En ese fondo blanquecino que se tiñe de dudoso rosicler, — dice el vizconde de Taunay describiendo el alba, — enciéndese tímidamente un rasgo bermejo que se eleva más de lo que se extiende. Paralelo á éste, rompe de allí á poco otro ya más extenso y luminoso; algunos instantes después el tercero, abrasado ya como una línea de fuego... Son las barras del día. De nuevo sopla con vivacidad la brisa que fuera gradualmente muriendo; pero viene ahora más tibia, con un hálito perfumado de blando calor. En esa hora de misteriosa indecisión, se oye de cuando en cuando algo como un golpe sonoro, acompañado de estridente grito cromática. Es el canto de las *anhumas-pocas* que en la margen de los ríos, ó á la orilla de los esteros, anuncian la alborada y despiertan á los *aracuanes* posados en los macizos ribereños. Yérguese también el alarido más fuerte de los *quero-queros* cuyas blancas bandadas giran vertiginosas sobre las aguas corrientes. Lentamente, sin embargo, se va difundiendo la claridad por el firmamento. Se acumulan y condensan las nubes diseñándoseles los contornos como rojizas curvas.

Otras, más distantes, cambian del color de rosa al rojo lirio. Luego, principia la naturaleza á sacudir el letargo que la postra. Desperézase lánguida, pero alegre y llena de savia. Mánchase de fulgores los pináculos de las montañas cuyos declives y dorsos se levantan gradualmente de la uniforme obscuridad. En la tierra brilla el ruido de la vida. Dulce rocío baña las yerbas de los valles; zumba un mundo de insectos, y en las ramas de los arbustos los menudos pajarillos, canarios de la tierra, *sierra-sierras*, azulejos, lavanderas, jilgueros, picudos, tico-ticos, chirrean suavemente como si no hubieran sacudido aún los vapores del sueño. En las copas de los árboles más elevados se esparcen millares de volátiles de las plumas más variadas y ricas, y de todos lados asoma la caza de precio, sea en aves, sea en animales selváticos. El espectáculo, hace poco sereno y melancólico, transfórmase ahora en deslumbrante... Como centro de todas las riquezas, el sol, antes de surgir y todavía en la cima en que rutilan la púrpura incandescente y montes de oro y plata en fusión, despliega un abanico de ofuscadores rayos, unos en haces que todo lo traspasan, otros divididos que parecen van á detenerse y embeberse en las brumas de la madrugada... Por su parte, cada vez se ilumina más el cielo. Encima, como hermoso peplum, se desdobla el cerúleo manto, mientras junto al horizonte se avivan los colores más gratos á la vista embelesada del hombre, que contempla absorto todas aquellas manifestaciones de la naturaleza eterna. Rompe en fin una onda de luz que se desploma sobre el universo, como enorme ola de océano trasbordado, la tierra lanza un clamor ingente y álzase el sol. Es de día. »

XIV

Sería necesario multiplicar las citas, ó, mejor dicho, transcribir todos los *Cuadros de la naturaleza* para mostrar el arte consumado con que está sentida la opresión de la siesta, la acción implacable

del calor que « enrojece el suelo rechupado y lleno de hendiduras como labios que agrieta la sed hasta hacerlos brotar sangre ». Vense sucesivamente pasar entre los torbellinos de polvo que se expande á la manera de un gas, lenta y pesadamente, una tropa de animales, dividida en lotes de once bestias, alzando nubes de tierra que como una nube rojiza interceptan y quiebran los fulgores del sol ardiente. El pecho se oprime, pensando en la atmósfera de la mañana abrasada, envuelta en un vaho seco, ceniciento, en cuyo fondo camina chato y pequeño el disco del sol, « como una hostia de sangre ». La tormenta se prepara, toma al fin aires de huracán y su violencia tropical parece anunciar un cataclismo: « impetuoso vendaval revienta encima de aquellas planicies, ronca en las quebradas, galopa desenfrenado, detona, vuela, cortado por trombas de agua, que en las inclinaciones de las tierras cavan súbitos barrancos de arena y barro, tan grande es la caída y tan terrible el choque ». Llega la tarde tranquila y hermosa, y las primeras sombras de la noche se precipitan sin la transición de la luz crepuscular. « En la prolongación del brazo de la Cruz ya se alternan también las dos radiantes estrellas del Centauro, y al lado, como larga falla ó insondable abismo del infinito, se obscurece extensa superficie que el hombre del pueblo y el de ciencia denominan « el saco de carbón ». En las noches de calma, en nuestras noches tropicales, llenas de extraños encantos, todo aquello, planetas, estrellas, Vía láctea y nebulosas refulge con tal vivacidad que místicamente se esclarece la tierra. Parece entonces que la luz viene bajando en millones de lentejuelas casi imperceptibles que rompen el aire y se insinúan en él... Se diría que la naturaleza, no del todo vencida por el sueño, se revuelve, se agita, busca posición más cómoda para el descanso, articula sonidos, balbucea, gime, divaga. Hay voces de resistencias que se quiebran, alborozos de alegrías que terminan; sobresaltos que se ablandan, como traviesa criatura que adormeciéndose aún llena de los juegos y turbulencias del día, los ve reproducidos en la mente infantil y maliciosamente sonrío, se agita y á veces hasta so-

lloza». Al fin el silencio reina en el inmenso espacio, pero sólo corto tiempo dura esa pausa. « Poco á poco vuelve á comenzar el bullicio: insectos que chirrean en el césped; agoreros *oitibós* que vuelan á ciegas en la sombra; *acuanes* que sueltan el profético alerta; susurros repentinos de hojas muertas; ramas y gajos secos que se desprenden y caen; pequeñas figuras de animales que huyen atolondrados, sonidos lejanos, estrépitos sordos, clamores que cesan luego, una especie de lucha entre el mundo real que quiere el reposo y el mundo fantástico que despierta, se levanta y se puebla de seres y cosas imposibles ».

Los seres humanos que el vizconde de Taunay hace moverse y actuar en este escenario, inspiran por su parte la más viva simpatía. Sin hablar aún de la más hermosa de sus creaciones, de aquella flor del desierto, que se llama *Innocencia*, quiero limitarme á presentar rápidos lineamientos de los más humildes de estos personajes. Son soldados oscuros que van á la guerra, y al regreso encuentran en otros brazos el objeto de su amor (*Yuca o tropeiro*); viejas indígenas que mueren abrazadas al cadáver del hijo amado (*Cariman a Kinikinao*); íntimos dramas de pasión desgraciada (*Yerecé a Guaná*); clérigos de provincia que sufren hondas torturas, desgarramientos profundos de todas las fibras sensibles, luchas implacables entre la carne que se rebela y la fidelidad á un culto abrazado en el delirio de la fé (*O vigario das Dóres*). En todas estas narraciones hay, sin duda, algo artificioso, algo que será desdeñado por los lectores de los naturalistas actuales y los que buscan en las bajas inspiraciones de un arte malsano una excitación material. Lo que domina en ellas es la sinceridad de la impresión poética, la verdad del paisaje, la novedad del exotismo que tanto deleita en las obras de Pierre Loti. — Por lo demás, sus argumentos son de la mayor sencillez, y aun algunos carecen propiamente de fábula. Recorred por ejemplo, *Camiran a Kinikinao*. Se trata de una india que llora la ausencia de su hijo, muerto por los paraguayos en la época de la invasión de Matto Grosso. Se asiste allí á la fuga de las tribus despavoridas de—

lante de las hordas enemigas; se evocan hechos de heroísmo como la resistencia de Gabriel Barboza, se penetra en un mundo nuevo, en medio de gentes semi-salvajes obligadas á abandonar sus hogares diseminados en torno de una población campestre, para buscar un refugio en los desfiladeros de la sierra de Maracayú. En esta peregrinación forzosa se rebelan las dotes de cacique de Pacalalá, el hijo de Camirán. Es él quien protege á los débiles y salva á los timoratos. Sus hazañas obscuras lo alientan, poco á poco, á intentar mayores empresas, y, al fin, un día se bate con un destacamento paraguayo y muere como un valiente, en defensa del suelo natal. Su cuerpo es encontrado por su vieja madre, que, con sus propias manos, le cava la sepultura y cae muerta sobre el cadáver del hijo, sin terminar su piadosa obra. He aquí la síntesis de ese episodio. Lo que no es posible reflejar en estas líneas es el tono de su estilo, la originalidad de sus descripciones, el sabor nativo de esas páginas destituídas de pretensión.

En *Yerecé a Guaná* aparece un nuevo elemento. Un joven viajero, acometido por el paludismo de las tierras bajas de Matto Grosso, se ve obligado á pedir hospitalidad al viejo Moreví « hechicero ó mandingueiro » de la tribu kinikinao. Su cabaña se alza en una ondulación del terreno á cuyos pies corre el agua de una fuente, en medio de los esplendores de una naturaleza hermosa y virginal. Acogido con la mayor amabilidad, merced á un puñado de sal y á un vistoso collar de vidrio y cuentas doradas, Alberto Montero recobra pronto la salud gracias al buen clima y á los cuidados de la nieta de Moreví, la bella *Yerecé*, á quien toma por mujer, con la adquiescencia del viejo, después de una ceremonia primitiva. « Alberto vaciló, pero Moreví, sin esperar por la respuesta, tomóle la diestra y abriéndola colocó en ella la delicada mano de la nieta, al paso que pronunciaba unas palabras cabalísticas, con los ojos medio cerrados. *Yerecé* no fué consultada y durante el acto sumario que la ligaba, según las costumbres de su gente, á aquel hombre desconocido, por un lazo que no ella, sino sólo él podía romper, mostróse completa-

mente indiferente. Una sola cosa la ocupaba: era el collar de cuentas doradas que en su pecho los últimos rayos del sol iluminaban con puntitos delumbrantes que despedían chispas, y que aguijoneaban dulcemente su vanidad femenina.» No es necesario más para imaginar el idilio que sigue á aquella fácil unión. La acción de la naturaleza y el renacimiento de la salud, en medio de los ardores de un clima tropical, aquel profundo olvido de todo, aquella soledad apacible en que la imaginación se adormece y la mente se aletarga, cayendo en un voluptuoso sopor, ejercen una influencia violenta sobre los sentidos de aquel mundano, arrojado como en un naufragio al obscuro rincón de una Tahití mediterránea. El nacimiento de la pasión de Yerecé llena algunas páginas delicadas del cuento. Alberto se siente envuelto en el ardor de ese amor, y se abandona á él, esclavizado sin saberlo por las influencias del medio que lo rodea. Su vida transcurre placentera en una sucesión tranquila y dulcemente monótona. Pronto se habitúa á las costumbres de su compañera, y encuentra un atractivo imperioso en los ardores tropicales de su carne juvenil. Al principio se encrespa contra el fastidio de las hechicerías del viejo brujo kinikinao, hasta hacer imposible la repetición de sus evocaciones. «Á veces, en la alta noche, el viejo Moreví rompía el silencio del valle con un canto lúgubre, cortado de notas agudas y desafinadas. Para esas rumorosas vigili-
as, se vestía con una saya adornada de lentejuelas, sujetas á la cintura por un cinturón bordado de cuentas de color y se pintaba el cuerpo con urucú y jenipapo. Los complementos de su traje sacerdotal eran un plumeró de grandes plumas de ñandú, adornado de diseños caprichosos y una sonaja que sacudía pausadamente, en tanto que recorría, avanzando y retrocediendo, un cuero pelado extendido delante de la puerta. Eran las conferencias del hechicero con el *acauán*, especie de gabilán pequeño que suelta finos chillidos, acentuando las sílabas que le dieron el nombre, pájaro agorero, al decir de los indios y con cuyas consultas pueden los brujos penetrar lo futuro. De madrugada, el canto de Moreví sufría una interrupción larga; de

repente oíase muy lejos el grito del milano á quien el viejo respondía con voz de súplica á fin de hacerlo aproximarse. Así parecía acontecer. Los píos resonaban cada vez más distintos y al final en los aires tronaba un estridente himno de triunfo en que el ronco canto del viejo se ponía al diapasón del vocear del pájaro adivino.» — Los atractivos de estas y otras escenas unidos á los encantos físicos de la Guaná, no bastan, como es fácil comprenderlo, para fijar definitivamente la tienda del turista, que al fin siente la necesidad de poner término á la aventura. La separación es melancólica, y la dulce hermana de Aziyadé, sin fuerza para dominar su pasión, siente que ella mina lentamente las fuentes de su vida. En vano el viejo Moreví, «conferencia con el *acauán*; en vano como hechicero canta noches enteras; en vano, como médico, chupa el lugar en que latía el corazón para ir á escupir en una cueva distante el terrible mal»... Nada disipa la tristeza del alma de Yerecé á quien mata la ausencia de su amor...

Las *Historias Brasileiras* contienen aún dos narraciones: *O Vigario das Dóres* y *Yuca o tropeiro*. El Padre Monte, héroe de la primera, es una de esas almas atormentadas que se desgarran en la lucha consigo mismo y que buscan un calmante á la rebelión inconsciente de sus pasiones en el amor de la naturaleza y en los peligros de una misión lejana. Los accidentes de su vida son puramente morales. Dedicado al sacerdocio, sin verdadera vocación, siente ya tarde todo lo que le falta para llenar cumplidamente su sagrado ministerio. Vacilante al borde de la apostasía, trémulo ante las tentaciones que lo asaltan y sintiendo agonizar en su pecho la llama que debía reconfortarlo, encuentra en un fondo de ingénita honradez una inspiración salvadora y se hunde en las selvas impenetrables, en busca de las tribus del desierto, donde se pierden sus huellas y se borra para siempre su dolorosa silueta de peregrino. El argumento de *Yuca o tropeiro* carece de novedad. La única originalidad de esta narración está en los tipos retratados, en la bondad alegre de aquel ingenuo campesino que, reclutado para la

guerra, cuando el amor y la familia lo detienen en su hogar, cuando todo lo invita á huir de las filas militares, se resigna murmurando al recordar el juramento prestado á su bandera : ¡ Ah, si yo no hubiera jurado ! — Y sigue su marcha fatigosa, cumple con su deber en el combate, guiado por la perspectiva del retorno, esperando ver en los alrededores de su aldea el blanco pañuelo de la prometida que lo saludará á la distancia, soñando con el hogar campestre en que le espera la felicidad... Todos sus sueños se disipan y mueren al contacto de la terrible realidad. Su amada lo cree muerto y, al aproximarse al rancho de sus amores, el corazón del Yuca Ventura recibe una herida incurable que hiela para siempre la risa en sus labios joviales.

Con mayor ó menor fuerza, en todas estas publicaciones, aparecen en resumen las cualidades distintivas del espíritu del vizconde de Taunay. En *Camirán* se presiente la honda emoción despertada en su alma por el espectáculo de la guerra, que resaltará más tarde, de una manera tan elocuente, en la *Retraite de Laguna*. Yerecé, como lo hemos dicho ya, tiene un parentesco lejano con *Innocencia*. Del mismo modo, el sentimiento genuínamente nacional que campea en todas las páginas de *Ceos e terras do Brazil*, en *Scenas de Viagem* y en las *Historias Brasileiras*, es el que inspira las escenas de la vida de fazenda de una gran parte de *A Mocidade de Trajano*.

Libro juvenil, *A Mocidade de Trajano*, á pesar de sus debilidades y deficiencias, despierta el interés y lo mantiene en una larga sucesión de dramáticas escenas. Una parte de ese interés es retrospectivo, pues se refiere á la vida de la esclavitud y los vicios morales inoculados en el alma por la horrible degradación de una raza. La deformación lenta y amarga producida en el carácter y en los sentimientos del padre de Trajano, su vida opulenta de fazendeiro caído en las garras de una aventurera que invade el hogar y lo acompaña como el genio del mal hasta la hora de la muerte, la tentativa de seducción de la mulata que aspira á recibir los halagos del hijo del potentado ; la brutalidad de las costumbres y la monstruosa

ferocidad de los castigos y de las venganzas que agitan ese mundo sombrío y desatan en él pasiones embravecidas; toda la bajeza y el horror de un régimen justamente execrado por los hombres de corazón y que felizmente pasó como una vergonzosa pesadilla, constituyen la trama de esta novela que merece conocerse, no tanto por su importancia literaria, que es escasa, cuanto porque ella debe figurar como uno de los más vibrantes alegatos en favor de la causa abolicionista que durante largos años de propaganda dió temas inagotables á los escritores brasileiros. Algunas de las páginas del libro sublevan el corazón, como la pintura del martirio del látigo dado á un negro sorprendido por el bárbaro capataz en pleno crimen de pereza. Ellas traen á la memoria, instintivamente, una de las más hermosas producciones líricas del Brasil, aquel *Mauro o escravo* en que la musa de Fagundes Varella aplicó el hierro candente de la inspiración épica sobre el cáncer social que minaba su organismo y amenazaba perpetuar en su seno gérmenes de irreparable decadencia. En *A Mocidade de Trajano* se advierten tanteos, desfallecimientos y digresiones poco conexas con el tema principal, como son las cartas de turista literario que escribe Trajano á su padre y en que la impresión que le causan nuevos pueblos y paisajes se une á la reflexión de un crítico que aprovecha cualquier ocasión para mostrar que ha ganado concienzudamente su bachillerato. Los mismos reparos pueden hacerse al drama de *Amelia Smith*. Su exposición es demasiado larga. Las escenas se multiplican, aunque escritas con indudable talento, antes de penetrar de lleno en el asunto. La caída de Amelia, víctima de un *mariage de raison* y que, sin embargo, respeta y considera á su marido, produce el efecto de ser demasiado brusca. Sin embargo, todos estos lunares desaparecen al entrar en la verdadera materia del drama y al ver ante nuestros ojos, dislacerada y sangrienta, el alma de aquella madre que expía un instante de vértigo, viendo sucumbir poco á poco el adorado fruto de su culpa. Al fin, la emoción que se apodera del lector es irresistible. La confesión de la caída es una de las

más conmovedoras situaciones que registra el drama contemporáneo. Ella se anticipa á la cruel confidencia de *Denise*, y oprime el corazón en su trágica sencillez. Las heces del martirio deben ser apuradas gota á gota por aquella alma agonizante, y el destino la hiere sin piedad, haciéndola recoger el último soplo de la agonía en los labios de su hijo idolatrado.

XV

La Retraite de Laguna, obra escrita en francés y reimpressa recientemente en París (1), es una de las más palpitantes narraciones con que cuenta la historia militar de nuestras repúblicas. La emoción que despierta ese libro no decrece un instante durante el curso de su lectura. Su estilo, severo y elegante al mismo tiempo, la sobriedad y la realidad de sus detalles, la concisión y poder de sus descripciones, realzan de una manera elocuente la historia de los sufrimientos de la pequeña tropa cuya valerosa campaña ha sido historiada por el vizconde de Taunay con todos los prestigios de su bello talento literario. El episodio mismo á que se refiere su trabajo es poco conocido y mencionado por los historiadores de aquella guerra deplorable, sobre la cual no se ha formado todavía de una manera decisiva el juicio de la posteridad. Los actos aislados de heroísmo que en ella demostraron los contendientes, la resistencia tenaz del país invadido y el empuje noble y varonil de los asaltantes, mucho me temo que no basten para disculpar el error fundamental envuelto en la terrible alianza, y la destrucción de un pueblo cuya existencia interesaba al equilibrio político del Río de la Plata. De todos modos, los resultados de esa guerra han sido negativos, el desarrollo de sus operaciones se presta con facilidad á

(1) *La Retraite de Laguna*. Épisode de la guerre du Paraguay, par A. d'Escragnolle-Taunay, vicomte de Taunay, 3^e édition. Librairie Plon. Paris.

críticas importantes, y sus ventajas para las naciones interesadas en ella han sido precarias, especialmente para nuestra patria.

La retirada de Laguna es uno de los sucesos más deplorables de aquella larga y encarnizada campaña. Un pequeño cuerpo de menos de tres mil hombres que se interna en territorio enemigo, desprovisto de recursos, á cuerpo perdido, á la buena de Dios que es grande, sin guardar comunicaciones regulares con la que debía ser su base de operaciones, — da pruebas de una inconsciencia de intrepidez sólo comparable con la dolorosa ineptitud que un esfuerzo semejante demuestra en los jefes que dirigen tan descabellada empresa. Los resultados, en el hecho especial á que se refiere el vizconde de Taunay, no pudieron ser más aterradores. Atravezando por regiones palúdicas, mal alimentados y mal vestidos, los cuerpos comienzan por perder la tercera parte de su efectivo. Alentados por no sé qué infantil sentimiento de orgullo, su jefe no se da por vencido, y sigue adelante sin plan y sin objetivo práctico. El enemigo atosiga á la columna debilitada con una tenacidad indómita. El alimento escasea, las municiones disminuyen rápidamente y al fin los responsables de aquella trágica aventura miden todo el alcance de ella y se deciden á retroceder. Entonces empieza el martirio lento, terrible, despiadado de aquel puñado de soldados, encorvados por el cansancio, perseguidos por el hambre, hostilizados día y noche por la caballería paraguaya, devorados por la sed, con los campos incendiados á su alrededor por el enemigo, con el cólera morbo diezmando sus filas, arrebatando sus jefes, haciendo estragos terribles en medio de aquella turba de espectros, cuyos restos regresan por fin al seno de la patria habiendo logrado salvar sus banderas y sus cañones.

Es imposible detenerse en el análisis detallado de esta obra eximia, y menos reproducir sus incidentes principales. Todos ellos están á la misma altura y su conjunto constituye una de las más conmovedoras historias que es posible leer. Pero hay entre ellos algunos detalles de una emoción salvaje en su trágica sencillez. Tal es el

cuadro de los ciento treinta coléricos abandonados por la columna en marcha, al borde de un bosquecillo, en vista de la carencia absoluta de medios de transporte, y pasados á cuchillo por las tropas paraguayas indiferentes al grito de la humanidad y á la invocación desesperada de los expedicionarios, escrita sobre una tabla clavada sobre el tronco de un árbol : « Piedad para los coléricos ». Los personajes que aparecen en el curso de ese libro despiertan del mismo modo una viva simpatía. La figura severa y romántica del viejo López, el guía de la expedición, de su hijo y de los desgraciados jefes que pagan con la vida su deplorable error, están trazados con rasgos firmes y brillantes, con colorido intenso y con elegante concisión. En suma, *La Retraite de Laguna* es una obra de primer orden, que revela un talento de escritor y cuya lectura deja en el ánimo fuertes é inolvidables impresiones. Ella é *Innocencia* son los florones más puros de la producción intelectual del Brasil contemporáneo.

Innocencia es á mi juicio y sin disputa la más hermosa novela escrita en Sud-América por un sud-americano. Publicada en 1872, ha seguido desde entonces una carrera de triunfos. No conozco ninguna obra de su género, aparecida en nuestro continente, á quien se haya deparado una fortuna semejante. Y el hecho de que la mayor consagración recibida por esta creación admirable lo haya sido en el extranjero, basta para mostrar cuánto es su mérito real y cuál la seducción irresistible que ejerce sobre el espíritu de sus lectores. Ese libro, en efecto, ha sido traducido al francés dos veces, habiendo aparecido como folletín en 1883 en el *Courrier International* y el año último en la misma forma en el *Temps*, vertido á aquel idioma por Olivier du Chastel. Al inglés fué traducida con fidelidad y elegancia por James W. Wells; al italiano por G. P. Malán; al alemán por Arns Philipp; al dinamarqués por Björving-Petersen, y, finalmente, al japonés por Kwana-Kwandjo, que se sirvió de la traducción inglesa.

Las escenas de la novela se desarrollan en los *sertoës* de Matto Grosso, en medio de la imponente soledad de aquellos campos ili-

mitados, donde la selva sólo se interrumpe para dar lugar al paso de ríos caudalosos ó muere al borde de ciénegas inmensas cubiertas de plantas acuáticas exuberantes. La poesía de aquella región salvaje está intensamente sentida y explicada en la obra del vizconde de Taunay. Las costumbres y peculiaridades de los habitantes de aquellas zonas solitarias son estudiadas y descritas por él con un relieve poderoso. El drama que se desencadena en aquel medio primitivo, los personajes que actúan en él poseen una vida y una realidad extraordinarias. Son, desde luego, el minero Pereira, charlatán infatigable, hombre rudo, de cerebro estrecho, pero de buen corazón, imbuído en todas las preocupaciones de la barbarie en que vive. Inocencia, su hija, *Nocencia*, como la llama dulcemente el rústico hacendado, — una flor silvestre, nacida en los campos, al amparo de aquella naturaleza brillante, criada en la soledad, dulce y esplendorosa al mismo tiempo, como esos frutos tropicales de perfume capitoso cuya sola vista halaga al paladar. Su vida transcurre silenciosa y oculta, sin otra compañía que la de la esclava negra, la María Conga, que prepara el alimento y la ayuda en las labores íntimas, y el enano Tico, un extraño monstruo del desierto, acurrucado á los pies de la doncella como un pequeño Quasimodo doméstico, y, como aquel de Esmeralda, tal vez enamorado de la hija de Pereira. La figura interesante de Cirino de Campos aparece en seguida y merece detener nuestra atención. Es el *doctor* ambulante, la providencia inspirada por el manual de Chernoviz, que, con su caja de remedios en una mula y su inseparable *vade-mecum* bajo el brazo, recorre las soledades campestres de aquellas regiones infestadas de malaria, propinando á sus enfermos dosis formidables de quinina. De índole caballeresca y delicada, dotado de una inteligencia vivaz, si bien no muy cultivada, imbuído en la importancia que desde Hipócrates hasta los médicos de Molière es uno de los rasgos inseparables de la distinción clínica, joven y bien parecido, buscando en el alejamiento de las ciudades y en el ejercicio de su lucrativa carrera el medio de pagar una deuda contraída alrededor del irresistible ta-

pete verde de un club de aldea, — Cirino es encontrado por Pereira en medio de su camino hacia el Camapuán, y conducido á su casa con el objeto de ver si consigue librar á la bella Inocencia de los gérmenes insidiosos del paludismo, tan común en aquellos parajes. El drama se adivina sin dificultad. Aquella niña hermosa, oculta como en un gineceo en habitaciones donde nunca ha pisado el extranjero, reclusa en el misterio, según los curiosos hábitos del hogar del *sertanejo*, — acaba por sentirse irresistiblemente atraída hacia el primer hombre que ha vislumbrado en su vida. La dulzura de Inocencia, los atractivos juveniles de su belleza hacen palpar el corazón del *doctor* con un sentimiento desconocido para él, que acaba por vencerlo y posesionarse de su sér entero como una de esas sùtiles invasiones de los males que está obligado á combatir con los recursos de su inocente terapéutica. La pasión que nace al mismo tiempo en el alma de aquellos dos seres debe mantenerse en el secreto, ocultarse en la sombra, alimentarse de miradas furtivas, de tímidos contactos, velarse á la sospecha del padre receloso, incapaz de comprender y admitir que su hija pueda tener una predilección ó una voluntad, y que la ha destinado de antemano á un arriero brutal, el Maneção, que aparece al fin del idilio para dejar tras sus pasos una huella sangrienta.

Durante la permanencia de Cirino en la casa de Pereira aparece un nuevo personaje, el sabio alemán Meyer, naturalista viajero, un entomólogo convencido que aspiraba á catalogar todas las *borboletas* ó mariposas brasileras, y que da fondo en la habitación de Pereira, introduciendo en el alma de éste inquietudes que antes jamás sintiera. Aquel hombre inocente, sin comprender las modalidades especiales del *sertanejo*, habla continuamente á Pereira de su hija, elogia su belleza, y hace creer al hacendado que tiene que haberse-las con un terrible seductor. Las más inocentes alusiones del sajón son consideradas por Pereira como sugerencias capciosas que amenazan su honor y empañan el de su hija. Las situaciones alternativamente cómicas y á veces con tendencias trágicas que surgen de

este continuo *malentendu*, dan á la obra del vizconde de Taunay un nuevo y poderoso atractivo. Para el *sertanejo*, en efecto, la mujer ocupa un puesto semejante á aquel en que la confina el árabe. Hay un fondo de desconfianza injurioso en la opinión que se tiene de ella; y esto obliga á confinarla y mantenerla en el encierro hasta que es entregada por la familia al cuidado del que le ha sido destinado por esposo. Pereira participa de esta creencia; su fondo receloso se agrava en él con un real amor paternal, comprendido en una forma salvaje, y con un sentimiento exagerado del honor que le parece siempre en peligro mientras tenga á su lado á la desgraciada criatura de cuyo sexo tiene tan mal juicio. En el caso de Meyer su alarma aumenta por la grotesca figura rubia del alemán. Los rizos albinos de su cabellera, su rubicunda fisonomía, la blancura de su piel, hasta sus ojos microscópicos, ocultos por espejuelos de miope, le parecen otros tantos encantos de aquel don Juan, de cuyas acechanzas debe precaverse á todas las horas. Es necesario leer el libro del vizconde de Taunay para saborear todos estos incidentes, imposibles de reproducir con todos sus detalles. La traducción de M. de Chastel facilitará este placer á aquellos de mis lectores que quieran gozar con las bellezas de esa obra tan distinguida.

Entretanto, la pasión de Cirino y de Inocencia va tomando incremento á pesar de todos los obstáculos que se oponen á ella, ó tal vez á causa de estos mismos obstáculos. La dulce niña se promete sin reserva á su amante, jurándole que morirá antes de ser esposa del Maneção. Pero Pereira ha dado su palabra, siente comprometido su honor en el cumplimiento de ella y es inflexible al exigirle sometimiento cuando llega á reclamarle su promesa el feroz arriero á quien está destinada. La desgraciada Inocencia no tiene más armas que sus lágrimas y su debilidad femenina. Con el heroísmo que da el amor á las naturalezas más frágiles, ella se atreve á desafiar la voluntad de su padre y los estallidos impotentes de su furor. Maneção se aleja sospechando que alguien se ha cruzado en el camino de

su felicidad, dispuesto á vengarse. Un soplo trágico pasa por sobre todas aquellas almas primitivas y arma el brazo asesino del bárbaro indisciplinado que sigue las huellas de Cirino con el instinto sanguinario del *puma* que olfatea el rastro del viajero. Al fin, lo encuentra en una encrucijada desierta y lo hiere á traición sin darle tiempo para defenderse. El desgraciado joven cae herido de muerte y expira poco después con el nombre de Inocencia en los labios helados por la agonía.

He aquí toda la trama de esa historia tan íntima, tan interesante, tan humana y conmovedora. La narración descarnada de su argumento, no da sino una pálida idea de sus bellezas. En toda ella circula un encanto misterioso, una poesía latente, un algo indefinible que hace de esa obra una de las creaciones más puras de la novela contemporánea y, sin duda, la más hermosa producción de su género publicada en el Brasil... ¡Inocencia! ¡dulce hermana de Esmeralda, de Margarita y de Liana! Al pronunciar tu nombre desfilan en la mente otras siluetas igualmente dolorosas y se entrevé á Ofelia sostenida por sus blancas vestiduras sobre las aguas del lago, y se recuerda el gesto de supremo pudor de Virginia salpicada por las espumas del naufragio. ¿Por qué encontramos en tí ¡oh pobre enamorada! un atractivo mayor que el que nos inspira el desfile de almas dolorosas que arrastra inmenso torbellino de la vida, como las ráfagas dantescas los cuerpos entrelazados de la pareja inmortal? ¿Por qué? ¿No hay acaso en tu sencillez y en tu candor una seducción secreta, una embriaguez misteriosa para los que estamos habituados á penetrar en los repliegues de organizaciones más complicadas, en los meandros de conciencias más oscuras, en el análisis y la intimidad de naturalezas... ¡ay! deformadas por la civilización, desprovistas de toda su espontaneidad, de toda la belleza de su temperamento nativo? ¡Inocencia! ¡los accidentes de tu vida están comprendidos en tu nombre humilde! Dos toscos palos en cruz, sujetos por el lazo del cipó, cubren la tumba en que duerme tu cuerpo hermoso en el desierto de Santa Ana de Parahiba ¡pero tu nombre vive y vivirá largo

tiempo, rejuvenecido por el talento del artista que diseñó tu figura y relató la historia de tu amor y tus sufrimientos!...

XVI

La última novela del vizconde de Taunay, *O Encilhamento*, es la antítesis más perfecta de *Innocencia* que podía imaginar su autor (1). ¿Pero es realmente una novela este libro inflamado de pasión generosa, destinado á retratar y execrar una época de delirio, en que la fiebre de la especulación enloqueció á la sociedad brasileña y que pasó como un ciclón por Río de Janeiro después de haber dejado montones de escombros humeantes en Buenos Aires?... Es cierto que en el cuadro vigoroso y exacto de aquel período vergonzoso aparecen algunos personajes preocupados de otros sentimientos que los exclusivamente mercantiles, y hasta se desarrolla entre ellos uno de esos frecuentes dramas del adulterio que han dado temas tan palpitantes al romance contemporáneo. Pero los tipos que predominan en *O Encilhamento*, los que caracterizan de una manera perfecta el tiempo que ha querido perpetuar el distinguido escritor, son personificaciones de todas las variedades del jugador y del bolsista que actúan en el torbellino de los negocios, son los representantes de la alta banca cosmopolita, que acuden como los cuervos al festín de los despojos, contando con las complicidades de los seides nativos que entran en la saturnal, — y el retrato de todos ellos está trazado con empuje y verbosidad admirables, con una verdad de detalles y una penetración de psicología que infunde vida á sus creaciones y deja sentir el músculo y la carne debajo del ropaje artístico con que están velados los originales de aquellos admirables *instantáneos*.

(1) HECTOR MALHEIROS, *O Encilhamento. Escenas contemporâneas*. 1894.

La tendencia política y doctrinaria, la desviación de la novela hacia el panfleto se acentúa á medida que se suceden los capítulos y acaba por predominar en la última parte en que el autor fustiga sin piedad los delirios y los escándalos de la jugarreta desenfrenada, olvidándose en absoluto de las acciones de sus primeros personajes para atacar con furor el estado social de su patria en los primeros años de la república. La pintura es vigorosa y merece reproducirse aunque no sea más que para recuerdo y vergüenza de lo que también hemos visto nosotros desde tan cerca:

« El gobierno, en la enloquecedora ansia de destruirlo todo, de derrumbarlo todo, metido en los escombros de la demolición, cubierto de polvo y de cal, anhelante de las glorias de la reconstrucción en el más corto plazo, á la carrera, sin demora, desdeñando la naturaleza y calidad de los elementos y materiales de que se iba sirviendo, buscando efectos inmediatos, como olvidado del futuro y del rigor de la lógica, amontonando premisas de que debían fatalmente resultar la más peligrosas consecuencias, — el gobierno, con la barreta y el pico en la mano, promulgaba decretos sobre decretos, expedía avisos y más avisos, concesiones de todas las especies, garantías de intereses, subvenciones, privilegios, favores sin fin, sin cuenta, sin sentido, sin plan, y de ahí otros tantos contragolpes en la Bolsa, pila poderosa rebosante de electricidad y letal pujanza, maderos enormes, impregnados de resina, prontos á llamear, arrojados á la hoguera colosal .

« Pululaban los bancos de emisión y casi diariamente se veían en la circulación monetaria notas de todos los tipos, algunas nuevecitas, hechiceras, artísticas, con figuras de mujeres hermosas y símbolos elegantes, otras garabateadas de prisa, emplastadas en grandes y equívocos borrones. Contratos de inmigración por gruesas, localización de millares y millares de familias europeas en todas las tierras baldías imaginables, un nunca acabar, la mitad de la Europa empujada para aquí, sin estorbos, sin dificultades que no fuesen superadas, — surgían á millares, bastando para darles forma la peti-

ción sencilla de cualquiera, ya rico, ya pobre, barón señalado ó más que modesto incógnito, sobre todo y especialmente, parientes, amigos, aduladores y paniaguados del momento. Presentaciones borroneadas sobre la pierna, en el intervalo de ruidosas conversaciones, entre dos bocanadas de perfumado habano, en los gabinetes ministeriales, sin indicación cierta de los lugares, todo en el aire, á ciegas y tontas, eran luego transferidas por buen dinero, centenas si no miles de contos, á compañías que de la noche á la mañana surgían como irisados y radiantes hongos después de los chubascos, y que vivificaban los incontables microbios de la podredumbre y de los estercoleros. Trabábase la responsabilidad del país en sumas pavorosas y jugábase con el crédito, el nombre y el porvenir de la nación... Por el empeño de los corrillos, por las maniobras de la abogacía administrativa impudente, — veíanse atendidas las más escandalosas reclamaciones, mil veces rechazadas y enterradas en los rincones más oscuros de los archivos; é indemnizaciones que clamaban al cielo abrían en los costados del tesoro público verdaderas brechas, más que sangrías, descubiertas á cada momento por los caprichos del dictador... ¡Oh! Sólo el estilo de Tácito ó el látigo de Juvenal...»

Los seres que se mueven en medio de ese torbellino financiero son familiares á todos los que conocen la crónica íntima de la época pintada por el vizconde de Taunay. Los nombres de Meyer-Mayer, doctor Ferreira Sodré, barón de Lamarín, baron de Corcundal, William Drows, yankee ennoblecido y decorado con el título pomposo de vizconde de Petrolina, el doctor Barreto Costa, y otros que sería largo enumerar son la máscara que oculta á personificaciones reales, no sólo brasileras, sino casi diría universales, y dignas de figurar en *La Curée* y *L'Argent* de Zola, como antes en las novelas de Balzac ó en las sátiras humorísticas del Dickens de *Dombey and Son* y de *Martin Chuzzlewit*. En este sentido, *O Encilhamento* — término de argot hípico, aplicado por el pueblo de Río de Janeiro á las ruedas callejeras en que los *corredores* se preparaban para entrar en la pista

bursátil y disputarse el premio — tiene un mérito especial retrospectivo, un interés histórico, como retrato de un momento único de la vida fluminense, como reflejo de las preocupaciones de aquellos días, de los sucesos que ocupaban la atención pública, de las individualidades que se movían en el escenario agitado de los primeros años del nuevo régimen. Algunas veces la alusión á estas es demasiado clara: la sátira del escritor va á herir de frente á personas á quienes ni siquiera se ha tomado el trabajo de disfrazar, por un desdén valeroso del convencionalismo, — y este procedimiento no merece mi aprobación. Hubiera preferido, por ejemplo, no ver figurar en aquella feria al ministro Serrano, á quien el autor de *O Encilhamento* describe en los siguientes términos primero, y á quien acaba por ridiculizar después: « Insinuante, amable, sagaz, hablaba bien portugués, casi sin acento. De allí también su grande aceptación en las ruedas femeninas, que buscaba siempre con muchas intimidades y elegantes cuchicheos. Después de proclamada la República, sobre todo, nada sobrepasaba su amor al Brasil. Afirmaba con gran tono de sinceridad que, á veces, olvidábase de haber nacido del otro lado del Plata, tanto sentía el corazón ligado á las tierras en que cantaba el *sabidá*. ¡Qué naturaleza — todavía decía *naturaleza* — qué hombres, qué oradores, qué financieros, qué futuro, qué prosperidad! Cordialidad á todo trance, unión siempre, indisoluble, concordia en todo, sin la menor sombra, el más leve vestigio de desconfianza, completa lealtad de parte á parte, es la base que proponía para el debate de la secular cuestión de las Misiones, la mesa sobre la cual urgía repartirse como rosado jamón, de medio á medio, sin más, Chopines y Chapecós, Pepirys y Santo Antonio *mirinas* y *guazús*, aquel bravío territorio, tantos decenios litigiosos »...

La filosofía de *O Encilhamento* es amarga, la moral que se desprende de sus páginas está velada en tinta sombrías. ¿Podemos creer, entretanto, enteramente justo el juicio de su autor sobre la época que pinta y los hombres que analiza? ¿No habrá algo de prevención,

de hostilidad inconsciente, de antipatía de creencias y de opiniones políticas en su temible catilinaria novelesca? Por mi parte creo que, sin dejar de ser exacto en la descripción de los accidentes que relata, el autor de *O Encilhamento* no es enteramente justo, y se muestra tal vez airado en demasía al apreciar las intenciones de los hombres públicos de su país, que, con propósitos sanos, querían transformar el molde tradicional de la sociedad brasilera, é infundir sangre nueva en su organismo anémico y debilitado. Pero el análisis de esta cuestión me conduciría demasiado lejos, y prefiero insinuar esa duda como única respuesta á muchos de los arranques de genialidad y de exageración que salpican las páginas elocuentes y vibrantes de ese libelo interesante, que parece haber sido escrito después de una lectura asidua de las cartas de Junius y las irónicas reflexiones de Courier.

Para diseñar, aun de una manera incompleta, la personalidad intelectual del vizconde de Taunay, debería detenerme en el examen de sus discursos de política y de sus estudios críticos. Los primeros tocan todas las cuestiones que más han interesado al Brasil y á las naciones sud-americanas: la inmigración, la colonización, el problema de la esclavitud. Todos estos temas han sido tratados por él con altura y honradez de miras y de tendencias, con acopio de datos informativos y con la preocupación celosa del estadista que consagra su vida al servicio de su patria. Los segundos forman dos opúsculos, dedicados á la *Historia de la guerra del Pacífico* y á estudios de *Literatura y Filología*, entre los cuales se encuentran dos largos juicios sobre Zola y sobre el novelista italiano Salvatore Farina.

El vizconde de Taunay ha sido militar y tiene una predilección justificable por todo lo que se refiere á su antigua carrera. Así, no es de extrañar que haya dedicado un extenso trabajo á la contienda entre Chile y la malhadada alianza Perú-boliviana. Desgraciadamente, al trazar la historia de aquella campaña, él se limita á seguir servilmente la obra de Barros Arana sobre el mismo asunto,

sin haberse tomado el trabajo de controlar ó rectificar sus apreciaciones y sin advertir el espíritu de odio ciego é implacable contra el vencido que inspira á aquella obra destinada á mistificar á la opinión extranjera. No me es posible ocultar la impresión deplorable que produce la ligereza con que un hombre de inteligencia tan cultivada y de sentimientos tan nobles como el vizconde de Taunay, se decide á estampar afirmaciones como aquella en que asegura que en la contienda del Pacífico, Chile « fué provocado por la arrogancia y la falta de consideración de vecinos envidiosos y turbulentos »... Los que poseen el más superficial conocimiento de la verdad de los hechos saben que lo contrario es la verdad; que Chile se preparó pacientemente para ella, y, para salir del hambre que amenazaba á su pueblo y de la bancarrota que asomaba á sus puertas, decidió apoderarse de Tarapacá, que hasta hoy es la fuente más importante de sus recursos. No es necesario documentar estas cosas, que son conocidas por todos y basta mencionarlas de paso para mostrar la injusticia y la inexactitud con que ha procedido en este caso el distinguido escritor.

La historia de esa guerra no ha sido escrita. Los trabajos imparciales de Marckam y de Carvalho rozan apenas sus principales incidentes sin detenerse en sus detalles. Cuando ellos salgan completamente á luz, cuando se haga el catálogo de todas las violencias y los excesos del vencedor, — desde el bombardeo de trenes de mujeres y niños indefensos, hasta el asesinato de los heridos amparados por la bandera de la Cruz Roja, y el saqueo organizado de las hordas de merodeo capitaneadas por el famoso capitán Linch, — se podrán apreciar en su verdadero valor las *glorias* de aquel asalto en que, bajo la capa del patriotismo, se ocultaba la voracidad del botín. La lección que para su patria encuentra el vizconde de Taunay en aquella lucha en que toda la justicia está de parte del vencido, debe ser aprovechada por las naciones sud-americanas, inclinadas á la indiferencia y al descuido de sus intereses internacionales. La ferocidad sangrienta, el abuso de la fuerza, el ensaña-

miento contra el débil son, sin duda, acciones deplorables y bastan para manchar el nombre de pueblos que poseen la conciencia de su honor nacional; desgraciadamente, la tendencia á estas transgresiones del derecho y de la justicia son innatas en sociedades poco civilizadas, imbuídas en el orgullo de su propia suficiencia y deseosas, por la condición ingrata de su naturaleza, de aumentar sus rentas con la riqueza de sus vecinos. En este sentido, la guerra del Pacífico ha sido benéfica y sus consecuencias favorables para aquellos que se descuidan y duermen mientras el invasor acecha sus puertas y se dispone al escalamiento. He aquí lo único digno de elogio que, — fuera del infortunado sacrificio peruano — encuentro en aquella guerra, envilecida por los trofeos del vencedor que cargaba alegremente, como prenda de su botín, para trasladarlos á su territorio, las estátuas de la Exposición y el cuadro de los *Funerales de Atahualpa* confundidos con las sábanas usadas del hospital Dos de Mayo, los incunables y los manuscritos de la Biblioteca, al mismo tiempo que las vespasianas de las plazas de la ciudad de los Reyes.

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

(Continuará.)

ESTÉTICA MUSICAL

Y CONCIERTOS SINFÓNICOS

III

LA MÚSICA EN BUENOS AIRES

Salustiano Zavalía. — Nació en Tucumán el 8 de junio de 1808 (1) y murió el 16 de enero de 1873. Al igual de Alcorta, hizo sus primeros estudios en Catamarca bajo la dirección de fray Ramón de la Quintana, pasando después al Colegio Monserrat, en Córdoba, donde cursó derecho, y tuvo por maestro de música á Cambeses. La circunstancia de haber tenido los mismos maestros y de estar unidos por lazos de parentesco, determina entre Zavalía y Alcorta semejanza tan marcada de gustos artísticos y aficiones literarias, de principios políticos y tendencias morales, que podrían compararse á dos medallas vaciadas en el mismo molde, á dos gemelos amamantados por la misma leche. Ambos adoran la música, sobresalen como ejecutantes, Zavalía en la guitarra, Alcorta en la flauta, y cultivan la composición, en medio de los azares de la vida política de entonces y de las tareas profesionales; en el dominio de

(1) Y no en 1810 como dice Mansilla (*Retratos y Recuerdos*, Buenos Aires, Coni, 1894).

la composición abordan los mismos géneros: Zavalía versifica en latín, Alcorta escribe la letra de casi todas sus canciones. Lucio V. Mansilla (1) al trazar el retrato de Zavalía nos dice que era «docto en derecho, poeta y excelente escritor,» y Nicolás Avellaneda (2) dice de Alcorta que «Dios le había dotado de una inteligencia penetrante y de una exposición luminosa, para la difusión de las verdades y doctrinas útiles» y que «su estilo sencillo y ameno, su exposición animada y nutrida de ideas bastaban para hacer de él un escritor notable»; ambos eran *unitarios*, y á fuer de tales, perseguidos por la caterva de carreteros entronizados del interior de la República; ambos fueron distinguidos hombres públicos, ambos tuvieron carácter austero, trato ameno y bondadoso, esmerada educación, porte y modales aristocráticos, y fueron fieles á sus doctrinas como á sus amigos, fieles á su partido como á sus ideales, fieles á sus musas como á sus familias.

Zavalía desempeñó en Tucumán diversos puestos públicos, fué presidente de la cámara de representantes durante el gobierno de Heredia, ministro de Piedra Buena en 1838, juez, diputado, gobernador provisorio en 1856, gobernador electo en 1860. Fué también diputado al Congreso constituyente de Santa-Fe, y senador de la Nación. Entre sus principales trabajos jurídicos se cuenta la primera Constitución de Tucumán, que redactó en colaboración con Uladislao Frías.

La producción musical de Zavalía consiste: en minuetos, cuadrillas y valeses para piano; en piezas y variaciones sobre temas nacionales y temas originales para guitarra y flauta; en misas que se ejecutaban en las iglesias de Tucumán y Santiago del Estero y no sabemos si se conservan aún.

Lucio V. Mansilla refiere en sus *Retratos y Recuerdos* que Zavalía tocaba primorosamente la guitarra; tocaba también la flauta

(1) *Retratos y Recuerdos*.

(2) A. ALCORTA, *Escritos económicos*, Buenos Aires, 1862.

y el piano. Estos conocimientos artísticos fueron preciosos para Zavalía, el día en que tuvo que procurarse el « pan amargo del extranjero », emigrando al Perú. Es lástima que sus composiciones se hayan perdido. El minué que hemos oído ejecutar al piano por uno de sus hijos tiene, como los minués de sus contemporáneos Alcorta y Alberdi, el sello rítmico y melódico de la música popular argentina; mientras que el acompañamiento en forma de arpegios quebrados, cual son por lo general los de guitarra, imprime al minué un movimiento ondulante y gracioso como un requiebro de gaucho, la melodía se dibuja tierna y melancólica como el mirar de una china enamorada.

Juan Pedro Esnaola.—Nació en Buenos Aires el 17 de agosto de 1808, y murió el 8 de julio de 1878. Su tío D. José Antonio Picazarri dirigió sus primeros estudios musicales y lo condujo á Europa, cuando era niño aún, con el objeto de perfeccionar su educación musical. Después de haber completado sus estudios en el piano, el canto y la composición en los conservatorios de París y Madrid, regresó á Buenos Aires en el año de 1822 (1). El talento artístico del joven Esnaola provocó entonces la admiración y despertó el entusiasmo de sus compatriotas. El inteligente crítico musical del *Argos de Buenos Aires* se expresaba en estos términos acerca de él: « lo hemos oído con asombro cantar y tocar el piano según los últimos progresos del arte, y de un modo desconocido hasta ahora en el país ».

El 1º de octubre de 1822 fundó Esnaola la academia de música, de la cual fué director D. José Antonio Picazarri. El gobierno progresista de aquella época protegió la naciente institución destinando para su establecimiento las piezas altas de la casa consular, y costeadando la enseñanza de varios jóvenes de ambos sexos. Repro-

(1) Y no en 1824 como dice el *Diccionario biográfico americano* de Cortés (Paris, Lahure, 1875).

ducimos á continuación, y á título de curiosidad, el programa del concierto de apertura de dicha escuela, al cual « asistieron los ministros de Gobierno (1) y Hacienda (2) acompañados por el diputado de Santa Fe D. N. Seguí, y muchas señoras aficionadas (3) :

PRIMERA PARTE

Canción : *La Gloria de Buenos Aires*.
 Concierto de piano, de DUSSEK.
 Cavatina de la ópera *La urraca ladrona*, de ROSSINI.
 Andante y Rondó del concierto.
 Duo de la misma ópera.

SEGUNDA PARTE

Obertura de MOZART.
 Dueto de Puccita.
 Trio de piano, de PAEZ.
 Cavatina de *Torvaldo y Dorliska*, de ROSSINI.
 Terceto de la ópera *L'Agnese*, de PAEZ.

El 11 de noviembre de 1822 dió la academia de música la primera función mensual, dispuesta por su director, á la cual asistieron también los ministros Rivadavia y García. « Once niñas de las más adelantadas (dice el cronista del *Argos*) ejecutaron con primor alternativamente varias piezas de canto italiano y español, siendo acompañadas en los coros por tres alumnos, su joven maestro y el director. Se distinguió, como siempre, al canto y piano, D. J. P. Esnaola, quien en su tierna edad es el Nestor de la música ».

Esnaola figura como pianista y cantor en los programas de los

(1) Bernardino Rivadavia.

(2) Manuel José García.

(3) Véase *El Argos de Buenos Aires*.

conciertos de aquella época fecunda para la cultura argentina. Esos comienzos, colmados de elogios y aplausos, augurábanle envidiable porvenir en la carrera de las artes, pero no tardó en abandonar el camino del templo de Apolo para dirigirse al templo de la Bolsa, prefiriendo el brillo del oro al brillo de la gloria.

Las composiciones de Esnaola son las siguientes : *Colección de piezas*, escritas en Madrid (1822); *Gran sinfonía* (obertura), *Misa á tres voces* (1824); *Requiem* para orquesta, *Misa á cuatro voces* (1825); *Misa Sinfonía* (obertura), *Cavatina* con acompañamiento á gran orquesta (1826); *Salve*, *Marcha fúnebre* (1827); *Sinfonía* (obertura) (1830); *Cánticos* para Semana Santa (1832); *Gran Miserere á cuatro voces*, *Piezas de Salón* (1833); *Canciones* (1834-1835); *Marcha fúnebre y militar* (1836); *Valse á grande orquesta*, *Paso doble* para banda (1837); *Rondó á la española* (1840); *Paso doble*; *Himno á la Filarmónica* (1856); *Himno á la Virgen* (1868); *Colección de piezas* (1840-1860).

La mayor parte de estas obras permanecen inéditas aún. El periódico *La Moda*, que redactaba Alberdi, publicó algunos *minués* en 1838; las *canciones* compuestas en 1834 y 1835 se publicaron en Alemania sin autorización del autor; la revista musical *Mefistófeles*, que fundó el pianista y compositor argentino Luis J. Bernasconi, publicó un vals (número 6) y una canción titulada *Ven dulce amiga*; y en 1892, Santiago Calzadilla, que fué amigo y discípulo de Esnaola, publicó dos cuadernos de composiciones que contienen : seis valeses, cuatro minués, una polka, una cuadrilla y una canción con acompañamiento de piano ó guitarra, que lleva por título *El Pescador de Palermo*.

Las producciones de Esnaola que más boga alcanzaron en su tiempo, fueron el *Rondó á la española* y el *Miserere á cuatro voces* que tradicionalmente se canta todos los años en la iglesia de San Ignacio.

Creemos que Esnaola, que tiene la gloria de ser el decano de los pianistas argentinos, fuera mejor ejecutante que compositor. Ber-

nasconi, que lo oyó tocar, dice que era un gran pianista cuya escuela perfecta pertenecía á la de Thalberg. Á pesar de que este juicio, como el que también hace de sus valeses llamándoles «joyas artísticas», nos parece abultado por el cariño ó el patriotismo, Esnaola tiene el mérito de haber sido el único pianista argentino en su tiempo, á la vez que un distinguido pianista.

Sus composiciones pertenecen á una época tan distinta de la nuestra y á una escuela tan diversa de la actual, que limitaremos nuestra apreciación á establecer un paralelo entre éstas y las de sus coetáneos. Las composiciones de Esnaola, con excepción del *Minué federal* ó *montonero*, presentan menos sabor nacional que las de Alcorta, Zavalía y Alberdi, pero en cambio denotan mayor dominio de la forma; tienen tal vez menos originalidad; pero revelan mayor cultura del arte.

Esnaola fué presidente del Banco de la Provincia y, por vía de contraste, presidente honorario de la Sociedad del cuarteto y otras sociedades musicales, y presidente de la escuela de música de la provincia de Buenos Aires, donde hizo sus primeros estudios el que estas líneas escribe.

Juan Bautista Alberdi. — Nació el 29 de agosto de 1810 (1) en la ciudad de Tucumán, y murió en París el 18 de junio de 1884. La vida de Alberdi y sus numerosos escritos han sido minuciosamente estudiados por distinguidos escritores americanos (2), que ensalzan su profundidad como pensador, la brillantez de su estilo, la argumentación vigorosa de sus escritos jurídicos, su temible plu-

(1) Y no en 1814 como dice el *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, el cual reproduce textualmente la noticia biográfica que acerca de Alberdi contiene el *Diccionario biográfico-americano* de Cortés.

(2) *Juan B. Alberdi* por Gonzales Bulnes (Revista Chilena). *Alberdi, su vida y sus escritos* por M. A. Pelliza (Buenos Aires, 1874, Casavalle). *Juan Bautista Alberdi* (Ensayo crítico) por Martín García Mérou (Buenos Aires, 1890, Lajouane). *Apuntes biográficos* por Manuel Bilbao y Arturo Reynal O'Connor (Obras completas, 10 tomos, Buenos Aires, 1886, edición costada por el Gobierno nacional).

ma de polemista, su fecundidad. Nosotros nos ocuparemos aquí tan sólo de la faz menos conocida de su personalidad, de su talento musical.

Alberdi estudió la música con Cambeses, y cultivóla por vía de adorno y entretenimiento, como él mismo nos lo dice en sus *Cartas sobre la música*. Tenía gran facilidad para improvisar y componer, y poseía privilegiada memoria musical, que más de una vez pudo asombrar á sus amigos, cuando, de vuelta del teatro, sentábase al piano reproduciendo con rara exactitud los temas principales de la ópera que juntos acababan de escuchar.

Las composiciones de Alberdi despiertan doblemente nuestro interés por ser debidas á la pluma de uno de los más preclaros ingenios de las letras argentinas, y por rebosar frescura é ingenuidad espontáneas. Sus páginas de piano, los *minués* y las *valzas* (1) que tanto prefería, se distinguen por la naturalidad y donaire de los giros, por la sencillez popular de la armonía, por el tinte de melancolía criolla y por lo delicado del sentimiento.

La costumbre que reinaba entonces entre los compositores argentinos de regalar los manuscritos de sus producciones á las personas á quienes eran dedicadas, sin conservar copia alguna ni cuidarse de la suerte que les esperaba de parte de las *polillas*, aficionadas á los papeles, ni de parte de los *aficionados*, polillas de los autógrafos, ha ocasionado la pérdida de la mayor parte de las obras musicales del autor que nos ocupa. Las composiciones que han llegado á nuestras manos, después de mucho indagar é investigar, son las que se publicaron en 1838, en el boletín musical del periódico *La Moda*, por él fundado el 18 de noviembre de 1837, y que pasamos ahora á enumerar: *Minué* en sol menor, publicado en el número 4 de aquel periódico; *Minué* en la menor, sobre motivos de Ivanhoe (2) (número 9); *Valza* en fa mayor (número 1); *Minué* en si bemol ma-

(1) Valses.

(2) Ópera de Rossini y Pacini, representada en París en 1826.

yor (número 17) (1). Conocemos también el vals *La Minerva*, en do mayor, colocado al frente del *Ensayo sobre un método nuevo para aprender á tocar el piano con la mayor facilidad*, que publicó Alberdi en 1832.

Los *minués* de Alberdi, como casi todos los compuestos por autores argentinos de la misma época, constan de dos períodos de ocho compases cada uno, y forman verdaderas miniaturas. Ya entonces se habían dado cuenta aquéllos que, en materia de arte, la dificultad no estriba en las dimensiones de la obra, sino en lo artístico de la ejecución, que hoy el mérito de los cuadros no se mide por el tamaño de la tela, ni se juzga de la música por el número de páginas, y que más valen los ocho versos del madrigal de Gutiérrez de Cetina que los ciento cincuenta mil y pico de endecasílabos del poema de Juan de Castellanos.

Alberdi se expresaba sobre este tópico, en su folleto *El espíritu de la música*, del modo siguiente: «Lo que multiplica tanto entre nosotros las malas valzas y minuetas, es, que todo el mundo se cree con derecho á componerlas. La obra es corta, se dice, luego es fácil ¡bella conclusión! Adviértase que un romance, un minuet, una valza tienen un principio, un medio, un fin; y que cuanto más estrecho es el cuadro tanto más puros y bien descriptos deben estar los contornos. Desengañarse: no hay nada pequeño en las artes. Tal quarteta de Voltaire ha exigido quizá más talento que una tirada de Mahomet, y se reconoce tanto á Mozart en sus valeses como en sus sinfonías.»

En 1832 publicó Alberdi dos folletos acerca de la música. Uno de estos se titula *El espíritu de la música á la capacidad de todo el mundo*, y fué compuesto, según lo advierte su autor, con elemen-

(1) No estamos seguros de que éstas sean todas las composiciones publicadas por Alberdi en *La Moda*, pues el ejemplar de este periódico, hoy rarísimo, que hemos tenido á la vista, gracias á la amabilidad del doctor don Ernesto Quesada, estaba incompleto y no traía la composición de la niña Justina Isla que cita Pelliza en su biografía de Alberdi.

tos traducidos de varios libros franceses y principalmente de los de Fétis, Marigny, Rousseau y Castil-Blaze. Exceptuando uno que otro desacierto, harto disculpable si se atiende á la época en que se compiló, puede calificarse de excelente este tratadito de estética musical. Daremos aquí una muestra de las ideas juiciosas y avanzadas que en él campean.

«La obertura es una de las piezas más difíciles de la composición. En general para un compositor que sabe hacer una obertura ó una sinfonía de un mérito mediano, hay veinte que son capaces de componer una bella escena; porque basta para esto tener un poco de alma y sensibilidad, mientras que para lo otro se requiere aliento, lógica y mucha arte, sin lo que es imposible jamás dar al todo aquella unidad que exige una obertura ó una sinfonía.»

Acerca de las oberturas de Rossini, dice nuestro compilador: «Rossini ha probado demasiado que el genio más feliz del mundo sin doctrina musical, no es bastante para sacar partido de las ideas más favorables».

En el capítulo de los instrumentos é instrumentistas se lee: «Una de las más grandes dificultades del arte de tocar el piano consiste en sacar un buen sonido, por cierto modo de herir la tecla».

En el capítulo de la ejecución en general, dice: «La destreza puede alguna vez sorprender por sus prodigios; pero el privilegio de ejecutar es exclusivo de la verdadera expresión».

Cuando escribe el curioso capítulo sobre las «Reglas para juzgar una pieza que se oye por primera vez» despiertan la atención las siguientes reflexiones: «¿Agradable? es lo que todo el mundo tiene derecho á juzgar. ¿Bien hecha? es el punto de la dificultad. La buena ó mala construcción de una obertura depende del orden de las ideas. Una obertura puede ser rica en invención y estar mal hecha si sus ideas son inconexas.

«No todos pueden saber si la composición es realmente original, ó no es más que un plagio. Eso importa poco. Los plagios por lo regular son de dos especies. Cuando el autor toma una idea vulgar,

ó reproduce sin pudor lo que han hecho veinte antes que él: el desprecio público y el profundo olvido en que caen tan pronto como asoman es comunmente el pago de estas obras. La otra especie de plagio es aquella que no han desdeñado los más grandes maestros, y consiste en tomar ideas interesantes de las obras desconocidas, enriquecerlas y mejorarlas con todas las gracias del arte, como hace el genio con todo lo que abraza. Los eruditos, ó si se quiere los pedantes, son los que cuidan ordinariamente de hacer notar estos plagios; pero el público los desprecia, y hace bien.»

No nos corresponde á nosotros hablar del estilo de este folleto, pero debemos advertir que en él ensayó Alberdi por primera vez su pluma y esto puede hacer disculpable su forma desaliñada y poco castiza.

El segundo folleto que lleva el nombre de *Ensayo sobre un método nuevo para aprender á tocar el piano con la mayor facilidad*, y está dedicado á su maestro de ideología, el doctor Diego de Al-corta, es un catecismo ó cartilla destinado á los aficionados que no se proponían tener más que un barniz ó conocimiento somero del piano y del solfeo.

Si en vez de dedicar Alberdi sus principales fuerzas intelectuales al cultivo de las letras las hubiese dedicado al cultivo de la música, tendríamos quizás que señalar en aquella época un compositor argentino de indiscutible mérito, á pesar de que nosotros creemos que se requieren facultades más extraordinarias para sobresalir en la composición musical, que en la literatura ó en cualquiera de los otros ramos de la actividad humana.

ALBERTO WILLIAMS.

(Continuará).

SANTIAGO LINIERS

(Continuación)

II

LA INVASIÓN INGLESA

Al finalizar el año de 1805, en un breve intervalo de pocas semanas, la batalla naval de Trafalgar y la terrestre de Austerlitz marcaron el respectivo apogeo de los émulos seculares cuya rivalidad histórica, fecunda cuanto sangrienta, es uno de los factores de la moderna civilización. Si Francia adquiría en el continente un predominio indiscutible, iba á ser mucho más duradero y eficaz, si no más legítimo, el de Inglaterra sobre los mares: de esta doble evidencia fluyen los acontecimientos que en los años inmediatos trastornaron el mundo. El inmenso navío fondeado, á que se asimila la isla gloriosa, podía levar anclas y recorrer las olas con su pabellón al viento, seguro de no ser atacado y de no conocer otra derrota que el merecido rechazo de tal cual agresión, más insolente, aunque no más injusta que otras.

Entonces el león británico, como el de la Escritura, giró la vista á las cuatro partes del mundo, *quærens quem devoret*; y, en tanto que el conquistador francés escribía en la arena su heroica epopeya, —

efímera en los hechos, eterna en la memoria, —el pueblo viril y práctico de Hastings y Pitt señalaba en el mapa las comarcas lejanas que prometían una presa más fácil á su ambición y lucrativa á su voracidad. Por otra parte, ahora más que nunca necesitaba abrir nuevos mercados á su comercio, nuevas salidas á sus manufacturas. Si Trafalgar le daba el poder de renovar su programa, el inminente decreto de Berlín se lo impondría como una necesidad. Al pronto, las colonias holandesas y españolas habrían de pagarle los primeros desembolsos del Bloqueo continental. Tal es la doctrina «leonina», base del poderío nacional, que basta á explicar la historia moderna de Inglaterra: sus glorias mezcladas de logrerías, su grandeza complicada de especulación. Ese espíritu de lucro heroico domina el alma inglesa, de arriba á abajo, así en el ministro que codicia una colonia como en el corsario obscuro que hace presa de un galeón; y en cada aventurero salido de Plymouth ó Liverpool para talar una factoría lejana, se anida el propio instinto de audacia artera y brutal, ennoblecido por el orgullo patrio de un Roberto Clive. Su himno nacional es un grito de soberbia que consagra su dominio y su aislamiento en el océano: celebran sus cruceros como otros sus cruzadas; y el *Rule the waves* de su poesía popular da réplica cabal y grandiosa al *struggle for life* de su ciencia positiva. No ha de ser fortuita la *eclosión* del darwinismo en la isla de los Drake y Cavendish. —Abrid la más humilde de esas innumerables relaciones geográficas que obstruyen la literatura inglesa, y hallaréis bajo la pluma de un clergyman ó de un rudo *pioneer* el mismo sentimiento de la solidaridad británica, esa misma preocupación, acaso inarticulada, de la «mayor Inglaterra», que revienta magníficamente en los ensayos de Macaulay y las arengas de Disraeli. Por eso es que, secreta é implícitamente, y á pesar de las protestas ó desaprobaciones exteriores de su gobierno, cada jefe de expedición lejana, por subalterno que sea, se siente independiente y, como vamos á verlo, impelido á intentar de su cuenta cualquier empresa que tenga por objeto el engrandecimiento británico: desautorizado en pú-

blico por el gobierno, cuenta con su aprobación oculta. Sabe que será aceptado cualquier triunfo, si bien condenado cualquier desastre. Ante el derecho internacional, el éxito es siempre un elemento del juicio : en Inglaterra, es su criterio casi absoluto. Á igual de todos los argonautas de su país, Sir Home Popham, al emprender sin órdenes la conquista de Buenos Aires, no ignoraba á qué condición estaba de antemano sometida : tenía enfrente el ejemplo del almirante Byng, fusilado por su desastre ante Menorca ; pero quiso correr el albur y, como allá se dice, *to try his luck*, probar su suerte. El único delito era la victoria, la que fué acogida con entusiasmo : el Almirantazgo vituperó la derrota. — En el fondo, hay que confesarlo, la lógica inglesa es la lógica humana. Sin duda, Inglaterra, que no ama á nadie, no es amada de muchos. En el desempeño de su vasta misión civilizadora, que encubre el tráfico de Cartago bajo el orgullo de Roma, no escucha bastante el lamento que levantan las víctimas de sus violencias ó usurpaciones. Su política sin entrañas despierta antipatía, su protección usurera no cría gratitud. Aun cuando brinda una fruta de sazón á su huésped del día, éste siente el duro hueso central por entre la pulpa jugosa. Su acción exterior, cuando más « altruista » en la apariencia y más benéfica en la realidad, no deja nunca de ser la irradiación de su egoísmo. Pero se consuela, mejor dicho, vive consolada : le consta, con la historia en la mano, que ha tomado la mejor parte. Resulta más admirada que odiada, sobre todo entre los pueblos débiles y pobres que adoran la fuerza ruda y la riqueza. De esto hallaremos algunas muestras características en el siguiente bosquejo de la reconquista y defensa de Buenos Aires, al determinar el papel que en ambas jornadas desempeñó Santiago Liniers.

I

No esperó Inglaterra su victoria de Trafalgar para disponer un ataque á las colonias de los aliados, ni, como se ha dicho, fué consecuencia de esa jornada harto decisiva, el envío inmediato de una escuadra á recuperar el cabo de Buena Esperanza, devuelto á la República báltava por el tratado de Amiens (1). Desde julio de 1805, el ministro Castlereagh, secretario para las colonias en el presente y último ministerio de Pitt, cumplía un antiguo designio de su jefe y amigo, al designar al mayor general Sir David Baird para mandar en jefe la expedición armada contra el Cabo, que « en breves días » debía embarcarse en Cork y reunirse en Madera. Según las instrucciones « muy secretas » transmitidas por el Almirantazgo, la escuadra confiada al capitán Sir Home Popham, después de embarcar los 6654 hombres de Baird, debía zarpar sin demora para su destino, y realizada la conquista del Cabo (que se daba por segura), distribuirse entre Santa Helena y la India. No se hacía mención del Rio de la Plata. Fuera de los transportes, dicha escuadra comprendía los navíos *Diadem*, *Belliqueux*, *Diomede*, *Raisnable* (64 cañones), las

(1) VICENTE F. LÓPEZ, *Historia de la República Argentina*, I, 549-50. Repetimos que es obligación penosa pero indeclinable prevenir al lector contra varios errores materiales diseminados en obras que, por su indisputada autoridad, tienden á perpetuarlos é imponerlos. Nadie llegó jamás á la verdad absoluta, pero es deber de probidad procurarla y perseguirla sin omitir esfuerzo ni ahorrar labor. El brillante y espontáneo escritor, que cultiva la inexactitud como un dón literario, se ha excedido á sí mismo en las dos páginas citadas. Casi no hay proposición que no contenga un juicio imperioso ingerido en un error material. V. gr.: el envío de la expedición para el Cabo no es posterior sino muy anterior (seis meses) al combate de Trafalgar; la muerte de Pitt ocurrió después de la toma del Cabo, y se vienen al suelo las consideraciones imaginarias que llenan media página; lo de « la anexión de los Países Bajos y Holanda á los dominios (p) de los hermanos de Bonaparte », encierra tantos errores como palabras; etc., etc. — Es sabido que la República báltava, satélite de Francia, como España, desde 1795, fué erigida en reino de Holanda para Luis Bonaparte, en junio de 1806, pero el país no fué anexado al Imperio hasta 1810.

fragatas *Narcissus* y *Leda* (32 cañones) y el bergantín (*gunbrick*) *Encounter*; componían las fuerzas de desembarco los regimientos de infantería, números 24, 38, 71, 72, 83 y 89, el 20 de dragones, más 320 hombres de artillería ó maestranza y 546 reclutas. El capitán Popham enarbolaba « ancha insignia » de comodoro (durante la ausencia de un almirante) en el navío *Diadem*.

El jefe de la expedición, mayor general Sir David Baird, era un excelente oficial que se había ilustrado en la India durante la guerra contra Tippoo Sahib. Siempre pospuesto á algún rival afortunado (á Wellington, especialmente), el héroe de Seringapatam solía apellidarse *Ill-luck* (en francés diríamos *Guignon*), aludiendo á sus mal pagados servicios; murió en 1829, acribillado de heridas y hasta el fin superior á su fortuna. En cuanto al brigadier general Sir William Carr Beresford, que mandaba en segundo, estaba destinado, después de su accidentada campaña en el Plata, á cubrirse de gloria en Portugal y España, bajo las órdenes de Wellington; á consecuencia de la batalla de Toulouse contra el mariscal Soult, como en otro lugar he referido, fué creado par de Inglaterra. Valiente y arrogante, unía á su pericia militar una habilidad diplomática de que dió pruebas acaso excesivas en Buenos Aires (1).

La flotilla, después de tocar en Bahía (2), se dirigió al Cabo, desembarcando las fuerzas en Lospard Bay á principios de enero de 1806. El día 8, la división inglesa atacó á la holandesa, fuerte de 5000 hombres, en una meseta vecina de la ciudad. El general holandés Jansens, á pesar de su reconocida experiencia, cometió el mismo desacierto que más tarde nuestro Liniers en el primer acto de la Defensa. Abandonó los muros de la capital y presentó batalla en

(1) Dice el historiador López, con su gracia fácil: « Beresford tenía en su mirada toda la malicia que tiene *el ojo* de un bizco. » Debiera decir: el ojo de un tuerto. Había sido, en efecto, herido en un ojo, durante la campaña del Canadá; y así presentado, el chiste se vuelve menos picante.

(2) El hecho tenía que producir alarma en Buenos Aires, y, por sí solo, demostraría que su ataque ulterior no estaba en el programa de Popham.

campo raso. Se hizo derrotar, después de una enérgica resistencia, y, el 18, se firmó por Jansens y Beresford la capitulación, con los honores de la guerra, que convertía para siempre la colonia del Cabo en posesión británica (1). — Un rasgo muy inglés : hasta muchos días después de la capitulación, el vencedor dejó flotar en las torres la bandera holandesa, para atraer á los buques franceses de crucero en esos parajes ; cayeron efectivamente algunos en la ratonera, — entre otros, la fragata *Volontaire*, — y en el purgatorio de los filibusteros, la sombra de Morgan hubo de regocijarse...

Así preparado para empresas gloriosas y lucrativas, Sir Home Popham, cuya carrera debió más á la intriga poco escrupulosa que al mérito profesional (2), comenzó á dar oídos á ciertos rumores que de su misma tripulación le llegaban indirectamente. Hallábanse á bordo del *Diadem* dos marineros que habían trabajado en el Plata ; uno de ellos, sobre todo, antiguo residente en Buenos Aires, pintaba á pedir de boca el estado indefenso de la capital, tan desprovista de armas y tropas regulares que se brindaba á cualquier golpe de mano audaz. Sólo entonces, probablemente, Sir Home hizo memoria del antiguo proyecto de Pitt, tendente á « cooperar con el general venezolano Miranda para alcanzar en Sud-América una situación

(1) MITRE, *Historia de Belgrano*, I, 115 : « La expedición se apoderó del Cabo á poca costa en 1805. » Ni fué en 1805 ni á poca costa : los holandeses dejaron 700 hombres en el campo de batalla y los ingleses, 212. — Entre los artículos de esa capitulación, merece señalarse la condición del artículo IV, impuesta por Beresford, y por la cual los militares heridos y caídos en manos de los ingleses no gozaban del derecho general « concedido á las tropas por su bizarra conducta », de ser embarcados y enviados á Holanda : « Siendo ya éstos prisioneros de guerra, cualquier decisión á su respecto pertenece únicamente al comandante en jefe británico. » Es poco más ó menos la tesis que sostuvo Liniers contra el mismo Beresford prisionero : *pati legem quam fecisti*. El general inglés no admitió en Buenos Aires como necesaria la ratificación del comandante en jefe nominal. Volveremos sobre esta tesis dudosa ; entre tanto, la capitulación del Cabo no fué ejecutoria hasta su ratificación por Baird y Popham.

(2) La *Edinburg Review* menciona su nombre, una vez para atribuirle un mapa hidrográfico sólo notable por su inexactitud, y otra (1820) para mezclarle á un negocio de presa marítima *illicit by our law*.

favorable al comercio inglés » (1). También por esos mismos días de febrero, tuvo noticia de encontrarse entre los buques anclados en Table Bay un bergantín negrero *Elizabeth*, cuyo capitán y propietario, el norte-americano T. Wayne, viejo espumador de mar y costa, frecuentaba de años atrás los puertos platenses (2). Después de algunas entrevistas, en que Wayne corroboró abundantemente las referencias de los marineros, la convicción del comodoro estaba hecha y su partido tomado. Faltaba persuadir al general Baird, jefe exclusivo de las fuerzas de tierra y que alimentaba ambiciones más nobles que las de Popham. El paso era aventurado: contra las instrucciones categóricas del Almirantazgo y bajo la responsabilidad de privar la nueva conquista ó la India siempre inquieta de una división naval y militar acaso requerida en cualquier momento, tratábase de realizar una tentativa equívoca y de éxito dudoso en la costa opuesta del Atlántico. Pero era Sir Home, como Ulises, « hombre de muchas vueltas », y es probable que el brigadier Beresford apoyase también una empresa de gloria posible y provecho casi seguro en que le tocaría una parte principal... Popham exhumó el pasado convenio con Miranda, exhibió cierta carta de Wayne en que éste garantizaba el éxito del « negocio », ofreciendo colaborar con su buque y su persona, encareció, por fin, lo rápido de la excursión que terminaría en pocas semanas... Baird, siempre azaroso, condescendió á la calaverada que le valió su revocación: no sólo permitió el embarco del regimiento 71 con un destacamento de artillería y algunos dragones, al mando del brigadier Beresford, sino que apoyó calurosamente la actitud de Popham cerca del Almirantazgo (3). Por su parte, Sir Home multiplicaba las comunicaciones á lord

(1) SIR HOME POPHAM'S TRIAL: *Lord Melville's evidence*.

(2) Para favorecer la introducción de negros en la colonia, concedióse á los buques importadores, entre otros privilegios, el de completar su carga de retorno con frutos del país. Este marino Wayne, y no *Wire*, como escribe el señor Mitre, era de Pensylvania y pariente probable del general A. Wayne, famoso en la guerra de la Independencia.

(3) Véanse los *Documentos* anexos á la causa de Popham.

Castlereagh, al honorable W. Marsden, á los lores del Almirantazgo, urdiendo un *imbroglio* epistolar digno de Talleyrand ó Maquiavelo; y, á mediados de abril, zarpó del Cabo, rumbo al oeste, con los seis buques de guerra *Diadem*, *Raisnable*, *Diomedé*, *Leda*, *Narcissus*, *Encounter* y los transportes *Walker*, *Triton*, *Melanthon*, *Ocean*, y *Wellington*. Baird había dispuesto, en sus atribuciones de gobernador, que, al desembarcar en la América del Sud, el brigadier Beresford asumiese el rango de mayor general y el cargo de teniente gobernador del territorio conquistado « con el sueldo y emolumentos del gobernador español, *su predecesor inmediato*, hasta tanto que Su Majestad tenga á bien expresar su deseo ». Nada faltaba: el plan era completo, sobre todo con la seguridad — dada por Wayne — de que los nativos odiaban al gobierno y se levantarían como un solo hombre en favor de la conquista inglesa.

Á los pocos días de navegación, el 20 por la noche, una tormenta separó de la escuadra al transporte *Ocean* (1); con este motivo, el comodoro se dirigió á Santa Helena para dar aviso y solicitar del gobernador Patten un suplemento de fuerza que fué concedido. La elocuencia de Popham era tan irresistible como inagotable su arteria; después que el gobernador de Santa Helena hubo permitido el embarco de « cien artilleros con dos obuses y 150 soldados de infantería con sus correspondientes oficiales... en el buque mercante *Justina* que se fletó allí mismo, con la expresa estipulación de que el destacamento no sería detenido más tiempo que hasta la toma de Montevideo ó Buenos Aires », se le contestó cortesmente que el general Beresford « observaba muy oportunamente que, en el primer momento de nuestro triunfo, sería altamente imprudente separar una parte de la fuerza, etc. » Ya la escuadra se había hecho á la vela y era tarde para arrepentirse; el gobernador Patten pasó ante un consejo de guerra por su complacencia.

(1) Se reincorporó en aguas americanas.

Este importante refuerzo, según el mayor Gillespie (1), cambió el carácter de la expedición, que vino á ser de conquista y no de simple captura y depredación (*instead of a predatory enterprize*). Durante la travesía, dicho Gillespie se ocupó en estudiar y extractar una colección del *Telégrafo Mercantil* de Buenos Aires, que el precavido Wayne traía consigo (2). El excelente mayor nos afirma que de su lectura, *in every page*, se deducía el estado de ánimo de la población, ó sea el odio á la metropolí y el más exaltado patriotismo : era mucho deducir !

La escuadra, entre tanto, había cruzado el Atlántico de este á oeste. El 8 de junio se reconoció el cabo de Santa María y, al día siguiente, el *Narcissus* detuvo una goleta española que navegaba bajo bandera portuguesa con destino á Rio de Janeiro, y llevaba á Europa de incógnito á un agente político del virrey Sobremonte. El piloto de la embarcación procuraba ocultar su nacionalidad, fingiendo no entender el inglés : sometido á un apremiante interrogatorio, tuvo que confesar la verdad. Era un escocés llamado Russel (sic), piloto real de la armada y nacionalizado en Buenos Aires después de quince años de residencia. Trasladado sin más ceremonias á bordo del *Narcissus*, donde flameaba ahora la bandera capitana, sirvió de práctico á la escuadra, y, resignándose de golpe á su nueva fortuna,

(1) MAYOR ALEXANDER GILLESPIE, *Gleanings and Remarks*. Esta relación es de un valor inestimable para ciertos detalles de la conquista; pero es muy parcial en los juicios é inexacta en muchas partes : hay que usar de ella con precaución.

(2) Todo esto está referido con bastante vaguedad é inexactitud en la *Historia de Belgrano* : en lugar de la colección de *Wire*, se habla de « un número » del *Telégrafo* que en el Cabo « cayó en manos » de Popham, etc. Tampoco está bien seguida la elaboración progresiva del plan, ni deducida la causa que determinó el ataque de Buenos Aires, y no de Montevideo, contra el voto de Beresford. — El *Telégrafo*, fundado en abril de 1806 y muerto súbitamente el 15 de octubre del año siguiente, es el decano de la prensa argentina; se publicaba semanalmente por la imprenta de Ninos Expósitos, en 4° menor, bastante bien impreso cuando no escaseaba el papel; lo fundó y redactó el coronel Cabello, fundador también del *Mercurio Peruano*. El *Telégrafo* fué sustituido por el *Semanario*, que se reputa « infinitamente superior » al primero. En realidad son idénticos en fondo y forma : ambos distribuyen la misma ciencia casera y son igualmente desesperantes para nosotros por su indigencia de datos locales.

el « piloto real », beodo inveterado, abundó en pormenores respecto de Montevideo y Buenos Aires. Fuera de haberse recientemente desguarnecido de sus pocas tropas veteranas, en previsión del inminente ataque á Montevideo, la capital abierta y desarmada iba á permanecer, según el digno Russel, entregada durante las próximas fiestas del Corpus á una orgía general : *a general scene of drunkenness and riot*. Finalmente, por una coincidencia muy excepcional, semanas antes se habían reunido en las cajas reales, quedando allí hasta pasar á España, el *situado* del Perú y los caudales de la real compañía de Filipinas (1) : más de un millón de dollars en un solo rebato ! Los ojos del noble aventurero echaron llamas, y fué resuelto el ataque á la Capital — al « capital » ! No hay duda posible : esa fué la causa determinante y única del cambio de plan.

Desde el 23 de abril, en efecto, se habían circulado en la escuadra y el estado mayor las *Instrucciones generales* para las señales y disposiciones del ataque ; todos los planes, salvo uno que hacía lugar á cualquier eventualidad imprevista, tenían á Montevideo por objetivo. Al segundo ó tercer día de las susodichas relaciones, el 13 de junio, el comodoro reunió el consejo de guerra especial que las órdenes del Almirantazgo le prescribían (nota del 31 de julio de 1805), para examinar la cuestión del ataque sobre Buenos Aires, en lugar del ya dispuesto sobre Montevideo. El brigadier Beresford, casi solo de su opinión, defendió enérgicamente el proyecto primitivo : fué vencido por la gran mayoría que obedecía á Popham y compartía sus miras sórdidas. Á este capital error, quizá sea debido el giro ulterior de los acontecimientos que cambiaron la historia del Río de la Plata. La captura de Montevideo, tan infalible como la de Buenos Aires, merced al apoyo más eficaz de la escuadra, pudo ser definitiva ; y entonces la llegada de Achmuty (2), con su oportuno refuerzo,

(1) El hecho era cierto. Véase para sus detalles : SAGUÍ, *Los últimos cuatro años de la dominación española*, página 169.

(2) Escribo *Ach* y no *Auch* para acercarme á la pronunciación. Las dos formas se emplean igualmente y hasta por el mismo autor (v. gr. : el *Annual Register*). Dicho radi-

hubiera asentado la conquista de la capital sobre esa inmejorable base de operaciones. Acaso no se produjera la Reconquista, ni la Defensa, ni sus conocidas consecuencias *psicológicas*. Ahora bien, esos hechos psicológicos — la inoculación del virus guerrero y revolucionario y el despertar del alma argentina adormecida — son los únicos importantes y duraderos : los combates en las calles son accidentes ocasionales de aquéllos. Como á su tiempo lo mostraremos, la acción profunda y puede decirse providencial del « Reconquistador » no reside en sus dos golpes de teatro contra Beresford y Whitelocke, sino en el período intermedio, durante el cual obró en el pueblo colonial una transformación irrevocable.

Resuelto el ataque á Buenos Aires, toda la escuadra, menos la fragata *Leda* que quedaba explorando la región oriental del estuario (1), se dirigió hacia el este en demanda de la Ensenada de Barragán. La aterrada se presentó en extremo laboriosa; las nieblas del invierno, tan frecuentes y densas; los golpes de pampero y las sueltas que dispersaban el convoy cuando era absolutamente indispensable navegar de conserva; la necesidad de echar sondas por instantes para guiar buques veleros, algunos de fuerte calado, por aquel laberinto de bajíos : todo contribuyó á prolongar el viaje, siendo así que cada día perdido hubiera aminorado, con otro enemigo, las probabilidades del éxito... El *Narcissus* varó en el banco de Ortiz y se tuvo que descargarlo para ponerlo á flote; Popham, inquieto, se transbordó al bergantín *Encounter* que sólo calaba doce pies y abría la marcha. En la mañana del 24, parece que estos buques avistaron

cal escocés y el irlandés *agh* son transcripciones equivalentes del gaélico (*campo*). — El atlas de Johnston trae 56 nombres de lugares escoceses con el radical *ach* y 61 con *auch*. La descomunal batalla, digna del *Lutrin*, que se libró con este motivo en Buenos Aires, equivalía á pelear para saber si *Zeballos* es más ó menos correcto que *Ceballos*.

(1) Por la *Leda* entrevista cundió la alarma en Montevideo y se transmitió á Buenos Aires. En cuanto á los *once* buques que desde la capital se divisaron hacia Quilmes, no eran las *seis* naves de guerra y los *cinco* transportes salidos de Santa Helena, como se repite por inadvertencia, sino la cuenta inversa : faltaba en ese momento la fragata *Leda* y estaba de más el transporte *Ocean*, reincorporado.

la punta de Lara y el pequeño fuerte de la Ensenada, entonces al mando de Liniers. Después de una ligera demostración, á la que contestó la batería de tierra, los buques exploradores se corrieron hacia Buenos Aires con el grueso de la flotilla (1). En la mañana del 25, el enemigo, que había permanecido en balizas exteriores, examinando la plaza, retrocedió hasta la punta de los Quilmes. El desembarco general se efectuó en esa misma tarde (*afternoon*) terminándose en la noche, sin más inconveniente que la distancia y la resaca, pues no se presentó un soldado en la orilla. Á pesar de su escaso calado, el bergantín *Encounter* que protegía la operación tuvo que quedar á una milla de la costa. Desde la altura, grupos de gauchos á caballo presenciaban el apeo de las casacas rojas, como los naturales de Guanahaní el desembarco de Colón: pronto cambiarían las cosas! Al despuntar el día 26, el general Beresford formó sus 1635 (2)

(1) El punto es bastante obscuro. El historiador Mitre (*Belgrano*, I, 118), apoyándose probablemente en la carta de Beresford á Baird, dice que «no es cierto» que los ingleses intentaron desembarcar y fueron *rechazados* de la Ensenada «pues tenían ya acordado el punto de desembarque». Esto último se deduciría en efecto de la carta de Beresford (bastante vaga é inexacta). También es cierto que los enemigos no fueron *rechazados*, puesto que no hubo combate: en ello se fundó Liniers para negar que estuviera comprendido en la capitulación. Moreno (*Arengas*, 35) no dice que los ingleses fueron *rechazados*, sino que su intento de desembarcar «fué resistido con el fuego de la batería». Es la versión correcta, confirmada por el informe oficial del capitán de fragata Gutiérrez de la Concha, segundo jefe de la Ensenada, y numerosas declaraciones de testigos (*Colección Coronado*). En la mañana del 24, algunos buques ingleses hicieron una demostración en la Ensenada. Por otra parte, no es menos indiscutible, por diez declaraciones de testigos (*ibid*) que, en la mañana del 25, muchos buques «aparecían á la vista de esta ciudad con su pabellón enarbolado y se dirigieron tranquilamente á las costas de los Quilmes». Es muy posible que, por indicación de Russel, Popham pusiera atención en Quilmes, sin acordar una fe ciega á un práctico que encallaba el *Narcissus* en el banco de Ortiz; pudo destacar dos buques á la Ensenada en tanto que el resto de la escuadra venía á reconocer la ciudad. En la eventualidad de atacar á Buenos Aires, las *Instrucciones* de Popham designaban la Ensenada; allí desembarcó Whitelocke, de acuerdo con la práctica corriente. Sin afirmar que la actitud de Liniers fuera causa determinante, puede conjeturarse que su «alerta» contrarió el plan de Popham, que tenía por base una *sorpresa* á la población. Quilmes no era un surgidero: fué el punto desierto más próximo á Buenos Aires donde las fuerzas pudieran hacer pie sin ser inquietadas.

(2) Esta cifra, dada por Beresford y Gillespie, supone presente todo el efectivo nominal: ha de ser un poco exagerada.

hombres en una sola línea, con su escasa artillería distribuida por retaguardia y los costados, y se puso en marcha hacia las alturas de la Reducción. En ese total probable, estaban comprendidos, además de los 150 infantes y los 100 artilleros de Santa Helena, un batallón de infantería de marina, algunos dragones desmontados del número 20 y todos los marineros disponibles, á quienes se había disciplinado y vestido con uniforme militar (*clothed in red jackets*). Pero, era su núcleo verdadero y sólido el regimiento escocés número 71, mandado por el teniente coronel D. Pack, futuro mayor general en Waterloo (1). Con todo, á los mismos ingleses parecíanles los medios tan desproporcionados al perseguido fin que, á manera de los desfiles de circo, todas las formaciones y movimientos desde este primer despliegue en abanico, tendieron, más que á consideraciones tácticas, al anhelo de ocultar al agredido la flaqueza real del agresor.

¿De qué elementos individuales y colectivos se componía el organismo social á que se dirigía el brusco ataque, cuya preparacion y marcha hemos seguido? ¿Cómo vivía, pensaba, trabajaba, gozaba y sufría la crisálida obscura que iba á romper tan pronto el capullo colonial? ¿Qué era, en fin, por fuera y por dentro, el Buenos Aires de 1806?

(1) LÓPEZ, *Op. cit.*, I, 487: «Y qué tropa la que traían á bordo! Nada menos que el regimiento *setenta y uno*: los famosos escoceses que habian defendido á *San Juan de Acre* en Egipto (sic) contra todo el ejército de Bonaparte, y que lo habian despachado arruinado de su frente»!... — Aunque en términos menos incandescentes, todos los historiadores *á la suite*, hasta el excelente Mulhall (*The English in South America*), se extasian igualmente ante las condiciones sobrehumanas del famoso 71, no omitiendo, por cierto, la hazaña de «San Juan de Acre». ¿Estuvo realmente en los parapetos de San Juan de Acre (que no está en Egipto) durante su sitio por Bonaparte? No tengo prueba material, pero mi *sensación* es que no pudo estar: deseo sinceramente que si yerro se me saque del error con el dato preciso é irrefragable. Por lo demás, si hay algo proclamado por los escritores militares y confesado por los mismos ingleses (v. gr.: Alison, *passim* y sobretudo Wellington, *Dispatches*, III, 63; IV, 374; VII, 195, etc.) es que, hasta la guerra de España y la dura enseñanza del propio Wellington, ese ejército era tan inferior en calidad á cualquier otro europeo, como era superior su marina. Ejemplo casero: La Defensa.

II

En esa mañana del 25 de junio, día de San Juan Bautista, al estampido de los tres cañonazos de alarma que disparaba la Fortaleza, confirmando así la anunciada aparición de la escuadra inglesa en el Plata, los pacíficos vecinos que no tenían que acudir á sus cuarteles de la Ranchería ó Catalinas, subieron precipitadamente á sus miradores y azoteas para darse cuenta del extraño y temeroso acontecimiento. Entre los observatorios privilegiados, después de las terrazas del Fuerte y el Cabildo, no había otros preferibles á los campanarios de los templos que al punto se coronaron de curiosos. Algunos de éstos salieron del macizo portón de una amplia morada frontera á Santo Domingo (1), donde vivía, con su familia y la de su yerno Liniers, el acaudalado consignatario de la compañía de Filipinas, don Martín de Sarratea; se distinguía, encabezando el grupo, un hombre joven aún, de fisonomía inteligente y porte altivo, junto á un hermoso adolescente, esbelto y rubio, en cuyo tipo agraciado se armonizaban las dos estirpes patricia y francesa. Después de cruzar la calle y el atrio del convento, salvaron el locutorio de la izquierda y treparon la empinada escalera de las torres hasta la estrecha plataforma superior, ya ocupada por algunos frailes dominicos que saludaron amistosamente á los recién llegados. Uno de ellos, el padre Grela, de aspecto truhanesco y modales muy sueltos para la celda, llenaba el exiguo recinto con sus vociferaciones y gestos de arrabal: *Ya se vinieron «no más» los colorados; pero no hay*

(1) Creemos que el « ensayo », género más libre que la historia propiamente dicha, admite el paréntesis descriptivo é imaginativo, aunque no se funde en documento preciso, siempre que guarde armonía con el conjunto y no contravenga á ningún texto auténtico. Así, por lo menos, lo han entendido y practicado alguna vez Macaulay y Carlyle con admirable maestría. En la misma historia, si el dibujo debe ser escrupulosamente exacto, no así el color, esencialmente artístico y personal.

cuidado, don Manuel: buen recibimiento los espera! — y el próximo panegirista de la conquista inglesa agitaba los brazos arremangados, como dispuesto á rechazar él solo la invasión. El interpe-lado alzó ligeramente los hombros y dió la espalda al importuno; á poco, llamó á oficio un toque de campana y la frailería se desgranó escaleras abajo.

Arrimados á la alfeiza del este, los visitantes dominaban la abierta bahía desde el barranco de la Recoleta hasta la blanda escotadura del Riachuelo y la punta de los Quilmes. Bajo el pálido cielo de invierno que la suestada empezaba á nublar, el inmenso estuario llenaba todo el naciente fundiéndose en la línea indecisa del horizontoute. Con desviar los ojos del canal del sud, nada estaba cambiado en la apacible perspectiva: las próximas embarcaciones movían suavemente sus mástiles desnudos, algunas lanchas atracaban á la punta del muelle, las carretillas de los « aguateros » salían cargadas de la playa; en los charcos del norte y del sud, las lavanderas negras ponían á secar las ropas en las toscas; los pescadores remontaban la Alameda, llevando al hombro su percha flexible donde bailaban bogas y sábalos; bandadas de gaviotas merodeaban en el húmedo arenal... Pero aquel pequeño racimo negro del sud atraía invenciblemente la vista fascinada: ¡ allí estaban las naves enemigas, enarbolado el insolente pabellón como un desafío á la plaza indefensa! Destacábanse de la quieta napa pizarreña, apiñadas y microscópicas, con sus velas blancas sobre los cascos oscuros: y esos ocho ó diez puntos negros, como magnificados por los millares de miradas ansiosas fijas en ellos, parecían ocupar toda la rada inmensa. Ahora estaban virando de bordo, lentamente, poniendo la proa hacia un punto invisible de la costa donde habían de desembarcar...

Entonces el futuro triunviro y gobernador de Buenos Aires giró los ojos en torno suyo y contempló largamente la ciudad nativa, cuyos tranquilos hogares, tanto tiempo felices, iban á conocer talvez el asalto violento, el saqueo brutal de extranjera soldadesca. — ¡ Cuán reducida y mezquina aparecía desde la altura la capital del

virreinato, limitada al este por la Alameda y la desnuda ribera, hasta las mal pobladas barrancas de la Recoleta y Santa Lucía, y al oeste por las tapias de San Nicolás y Monserrat! Unas ocho hileras de doce manzanas en su base, cortadas rectangularmente por calles sin empedrar, cuyas aceras estaban jaloneadas por innúmeros postes de algarrobo y ñandubay: tal era propiamente en su compacto conjunto la Buenos Aires colonial. Fuera de ese triángulo casi del todo edificado, — cuyos vértices eran, al norte, el convento de las Catalinas, al sud el hospital de los betlemitas y, al oeste, la manzana comprendida entre las calles del Cabildo y las Torres y las sin nombre que fueron más tarde de Salta y Santiago del Estero, — el caserío raleaba más y más entre quintas y huecos abandonados, y parecía inverosímil que debajo de ese montón de techos rebajados cupieran más de cuarenta mil habitantes (1). Más allá, los arrabales se tor-

(1) Es conocida la polémica á que dió lugar esta cuestión, entre los historiadores Mitre y López. Creemos que el primero tenía la razón apoyándose en el único texto de Azara, como no la tuvo el segundo al invocar la autoridad de Moreno. Según costumbre, nadie pensó en examinar críticamente la base del debate. Con la sola *Gaceta de Buenos Aires*, se hubiera visto que el parcial é inexacto Manuel Moreno atribuyó al pretendido «Censo» de su hermano un carácter estadístico que no tuvo jamás. La disposición citada, que nunca alcanzó cabal realización, fué un simple decreto inquisitorial, una medida policial contra los sospechosos, tendente á señalar en cada barrio á los amigos y adversarios del nuevo orden de cosas. — En cuanto á la cifra *probable* de la población, creemos que puede deducirse, sin texto alguno, del plano catastral levantado por los ingenieros ingleses y agregado al proceso de Whitelocke. Están figurados en él, con aparente exactitud, no sólo los manzanas del todo edificadas, sino todas las construcciones diseminadas en las otras. Así se comprueba que, por término medio, la cuadra edificada comprendía 8 casas (lo que concuerda con la medida del solar urbano ó «cuarto de tierra» que tenía 17.5×70 varas); ello nos da 28 casas por manzana, teniendo en cuenta las cuatro esquinas. Ahora bien, el recuento prolijo de las manzanas, total ó parcialmente edificadas en los veinte barrios, nos suministra después de varios cálculos un promedio de 150 manzanas ó 4200 casas; descontando prudentemente el 10 por ciento para los «huecos» de las manzanas teóricamente completas, quedan 3780 casas ó sean 37.800 habitantes, sin los suburbios, cuya población ha sido juiciosamente estimada en 5000 habitantes. La razón de 10 habitantes por casa ha de ser sensiblemente exacta: es la que resulta del *Censo municipal*, si de las 20 secciones sólo se consideran las 10 menos densas, cuya estructura se parece más á la antigua. Se tendría, pues, la cifra total de cerca de 43.000 habitantes para el Buenos Aires de 1806. Puede casi afirmarse que no podía ser inferior á 40 ni superior á 45 mil. — Entre las obje-

naban montes ó potreros, terminando, por fin, en la zona conquistada de la pampa hasta la cercana frontera, salpicada de pagos y escasas rancherías. En más de dos siglos, Buenos Aires no había rebosado de las 144 cuadras que componían la antigua traza de don Juan de Garay.

Asimismo, la extensión material de la ciudad constituía su aspecto más imponente, pues en la estructura urbana y arquitectónica la aventajaban poblaciones menores, no sólo de Europa sino de la América española. Buenos Aires era chata como su Plata sin ribazos y su pampa sin relieve. Esa monotonía general se hacía más sensible aún para el espectador que la miraba desde un alto observatorio y casi en proyección. — Dominando el ancho río, la enorme y achaparrada Fortaleza real, á la vez palacio de gobierno, despacho de la Audiencia, cuartel de tropas y armería, ostentaba su macizo parapeto acribillado de cañoneras y flanqueado de bastiones angulares, con su portón central y su puente levadizo sobre el ancho foso que contornaba al murallón; pero las cañoneras estaban vacías ó artilladas con material fuera de uso, el foso se terraplenaba con escombros y detritus, y la fábrica toda estaba tan ruinosa como el régimen vetusto de que era símbolo. Los arcos de la Recoba vieja barreaban hacia el este la Plaza Mayor; al frente se alzaba el Cabildo abovedado con su miserable cárcel anexa; y, por el lado del norte, la Catedral, con sus dos campanarios sobresalientes hacia la calle de las Torres y su cementerio contiguo, vecino del lúgubre « hueco de las Ánimas » — en esa esquina de San Martín (Reconquista), desde entonces destinada á evocar las fantasmagorías del arte después de aterrar al vulgo con los fantasmas de la superstición. Un poco más allá, en la misma calle, que era prolongación de la de Santo Domingo y San Francisco, los templos de la Merced y las Catalinas levantaban sus torres y campanilos vulgares, vaciados en el molde de los de San

ciones del historiador López, ninguna menos sólida que la fundada en la cifra de las milicias, en 1806. (*Refutaciones*, 146). El contingente urbano comprendía fuerzas no sólo de la campaña, sino de las provincias.

Miguel, San Nicolás, la Concepción, Monserrat, y todos los conventos y capillas que en cada barrio rompían con su monotonía monacal la uniformidad de las casas bajas y desteñidas, casi todas de un solo piso, con sus balcones y rejas salientes, sus patios espaciosos, sus puertas macizas y, bajo la techumbre de teja ó azotea, sus invariables cornisas de grueso cimacio y mediacaña. Con excepción de la gran plaza de toros en el Retiro (1), disforme prisma de ladrillo pintado á cal, cuyas ventanas ovales se divisaban á la derecha del Socorro, nada enseñaba la desgraciada capital que tuviera el significado exterior de la vida colectiva, — nada más que el Fuerte, el Cabildo y la Iglesia, emblemas todos del culto maquinal y el rendimiento formalista á uno y otro Señor, los cuales, por el anillo intermediario del Patronato, se confundían políticamente (2). Todos los otros órganos sociales, ya del trabajo, ya del placer, se mantenían atrofiados ó embrionarios, y, por lo tanto, sin manifestación visible. La campaña, el desierto temeroso y hostil, apenas transitable á caballo, rodeaba y estrechaba esta isleta de sociabilidad, sirviendo de región intermedia las chacras y quintas frutales, cercadas de pitas y tunas, que formaban el ancho marco verde de la ciudad. Las carretas de bueyes y las recuas de Cuyo se estacionaban en las calles centrales; cada casa de familia tenía un caballo, cuando no dos ó tres, atado al poste de su acera; — y esta playa de mar que recibía después de setenta días la ola tarda y débil de la civilización europea, pasada por el tamiz español, necesitaba otros tantos para

(1) MITRE (*Historia de Belgrano*, I, 126): « La Plaza de Toros (hoy del Retiro). » Hoy, y ayer y antes de ayer, el Retiro se llamó así; en 1718, los ingleses del *Asiento* compraron á la testamentaria de don Miguel Riblos la casa de campo y la huerta del *Retiro*, conocido bajo este nombre desde mucho antes. La *Plaza de Toros*, que se construyó mucho después, era el circo con su edificio, y tan es así que en el *Telégrafo Mercantil* del 1º de noviembre de 1801, se lee este aviso: *El Miércoles 4 del que rige en celebridad de los días del REY nuestro señor, se lidiarán 12 toros en la Plaza firme del RETIRO.* Dato interesante: la corrida anterior produjo 1553 pesos.

(2) El gobierno colonial era una teocracia laica, en grado más absoluto que la Inglaterra de Enrique VIII ó la Rusia de Pedro I.

transmitirla al centro del virreinato por su única vía terrestre, el camino real cuyas huellas seculares llegaban al Perú.

Por la habitación se inducía al habitante, desde la base hasta la cúspide de la pirámide social. — Es conocida la base popular, la anónima masa proletaria que en toda civilización incompleta soporta sola el peso del edificio político. Con todo, el *pueblo* de Buenos Aires, á principios del siglo, contrastaba por su composición étnica, no sólo con el del resto del virreinato, sino con el de las otras agrupaciones hispano-americanas. La diferencia profunda y de incalculables consecuencias consistía en esto: que el elemento indígena, puro ó mestizo, preponderante en cualquier otra agrupación urbana, desde Santiago de Chile hasta México, era relativamente insignificante en Buenos Aires. La oposición es esencial, y quien no sienta su importancia no debe ocuparse de sociología americana. El censo individual que en 1778 hizo levantar el cabildo, de orden del meritorio virrey Vértiz, — y que debe considerarse más exacto que todos los anteriores y posteriores hasta la caída de Rosas, — demuestra que, para una población total de 24.205 habitantes, existían en Buenos Aires 15.719 blancos (españoles y criollos), 7268 negros y mulatos, por fin, 1218 indios y mestizos; es decir que la población de origen europeo representaba 65 por ciento, la africana (esclava ó liberta) 30 por ciento, y la indígena (incluyendo *chinos* y *zambos*) 5 por ciento de la totalidad. Ahora bien, esta *europización* de Buenos Aires siguió su marcha ascendente sin interrupción, hasta nuestros días en que el crisol étnico poco ó nada tiene que depurar. Los porteños son europeos (1). En 1806, la proporción de blancos ó *blanqueados* (2) de-

(1) *Censo municipal de Buenos Aires* (1887); población bonaerense de color: 1.5 por ciento.

(2) La designación no encierra epigrama; como lo he explicado en otro lugar (Congreso de Chicago), el « pecado original » étnico no es indeleble; con las generaciones sucesivas, el elemento inferior primitivo que no se renueva tiende á desaparecer; esto no es sólo cierto para el elemento indígena, sino para el africano; su desaparición rápida en la Argentina no es debida toda á la extinción, sino también á la fusión con la raza supe-

bía ser casi igual á la de 1778, así como la de negros y mulatos, ó sea de 2 por 1. En el grupo superior, los criollos ó patricios figuraban por los cuatro quintos, el otro quinto era español en su casi totalidad (1).

Los negros y mulatos urbanos constituían una clase tan esencialmente servil que los mismos libertos quedaban adheridos á la domesticidad; pertenecían á la casa del amo ó patrón, no « como miembros de la familia », sino como parte de su fortuna :

Something better than his dog, a little dearer than his horse.

No es dudoso que la generosidad nativa del amo argentino se manifestara en su trato bondadoso con los esclavos; es un rasgo que todos los viajeros han hecho resaltar, como que contrastaba con la dureza usual en otras regiones; pero ha de haber mucha fantasía y sentimentalismo en el « afecto tierno » que se nos dice profesaban los siervos por su señor (2). — Esclavo ó liberto, el moreno trabajaba principalmente en los quehaceres domésticos y subsidiariamente en oficios callejeros ó de poco esfuerzo : era músico, cochero, pintor, cocinero, hortelano, mensajero, vendedor ambulante. A punta con razón el doctor López que « tenían esclavos las familias pobres, y hasta los negros mismos los tenían también. Pero les dejaban libre su tiempo, á condición de pagar al amo (generalmente, mujeres viudas ó ancianas) una mensualidad determinada » (3). El moreno no practicaba sino por excepción las viriles faenas de la estan-

rior. En el *struggle for life* de la raza condenada, al menos en nuestro medio, sucumben los más, pero sobreviven los más aptos, los que logran transformarse : Monteagudo es el ejemplo más brillante, pero no único, de esa transformación.

(1) Los otros europeos (no españoles) no pasaban de 300 á 400: entre éstos dominaban los portugueses (no brasileros [?]); los italianos no alcanzaban á 100 (la mitad de los ingleses); el doctor López los hace figurar erróneamente (*Historia*, I, 505) como un elemento étnico considerable. Otra cosa sería hoy !

(2) Véase, al día siguiente de la conquista, el decreto de Beresford contra los negros prófugos.

(3) *Historia Argentina*, I, 511. Es aquí el lugar, después y antes de tantas rectifi-

cia. El gaucho, muy al contrario, pura variedad indígena, era libre y agreste por definición; no pertenecía, pues, sino por accidente á la población urbana, salvo cuando la *leva* le acuarteló durante la guerra civil ó en vísperas de una expedición. Éste formará el resistente núcleo del ejército argentino; de ningún modo el pardo ó moreno chismoso y reidor, — avenido con la servidumbre hereditaria que, según la expresión homérica, quita al esclavo la mitad de su alma, — invulnerable á las tristezas de su estado, cual si al nacer la naturaleza compasiva le sumergiera en una Estigia de betún. Admitidas todas las excepciones individuales, la regla general subsiste: el heroísmo es la flor suprema de la libertad. El gran resorte del ejército moderno es el honor, lo que en su lengua sin matiz este mismo gaucho llama enérgicamente « tener vergüenza ». Y las leyendas *faluchescas* han de nacer de la misma aberración que hasta poco condenaba al criminal « al servicio de las armas ».

Durante un siglo y más, los « españoles europeos » representaron en la colonia casi toda la clase dirigente. Desde luego, venían de España las altas jerarquías administrativas, militares, civiles y eclesiásticas que fuera ocioso enumerar — es decir, la armazón completa del edificio feudal; además, los beneficiarios de encomiendas, mercedes y monopolios que, siguiendo la imagen, significaban los pilares y paredes maestras de aquél. Lo primero se mantuvo incólume, en apariencia al menos, hasta fines del régimen; pero lo segundo, desde la tercera generación de los conquistadores ó pobladores, comenzó á sufrir modificaciones parciales que se aumentaron insensiblemente por multiplicación espontánea. Encomenderos, propietarios, asentistas y registreros se encontraban ligados á la tierra, no tanto por sus intereses materiales, cuanto por sus afectos más íntimos

caciones necesarias, de señalar la fácil maestría de las páginas en que el doctor López pinta á grandes rasgos familiares la antigua vida porteña. Allí nada libremente en plena corriente tradicional, mostrando sin esfuerzo sus mejores dotes de escritor imaginativo. Sabe esas cosas mejor que todos nosotros, antes bien las siente en su conjunto sin necesidad de laboriosa información. También merece especial encomio el capítulo II del tomo III, sobre el *Nuevo y antiguo régimen*.

y potentes. Esa misma fortuna adquirida no era ya suya, sino de sus hijos, que, á despecho de la tradición y los viajes á la madre patria, volvían casi siempre al suelo natal. Los que habían creído levantar su tienda de un día sobre estacas movibles descubrían al pronto, como en el milagro bíblico, que éstas habían brotado y echado raíz. Y como el fenómeno se repetía sin tregua, acumulándose sus efectos sucesivos, como la apropiación de la tierra y de sus riquezas, por los nativos descendientes de españoles, tuviera por corolario su paulatino acceso á las profesiones y cargos dirigentes, resultó consumada sin ruido una evolución profunda en el organismo político. Nada parecía cambiado en el edificio colonial; la armazón estaba intacta, lo mismo que su forma y estructura aparente; pero, durante dos siglos, tantas habían sido las piedras de las paredes reemplazadas una á una por otras labradas én el país, que nada ó muy poco quedaba al fin de la materia primitiva y que, sin sospecharlo los más interesados, bastaría un brusco sacudimiento exterior para desprender el carcomido andamio dejando en pie la renovada fábrica.

Con todo, desde mediados del siglo XVIII, comenzó la colonia á tener la conciencia obscura de su destino; sentía vagamente el antagonismo creado por la fuerza de las cosas entre su propio desarrollo y la decadencia visible de la metrópoli. El mismo empuje progresista y liberal de Carlos III,—por otra parte, pasajero y destituido de originalidad,—perfeccionaba el instrumento de la emancipación futura. Importadas y realizadas en el Plata las generosas tentativas de Floriblanca y Campomanes, creadas las instituciones de beneficencia y cultura social, mejoradas las condiciones materiales del municipio, derribadas en parte las vallas del comercio y la industria, sucedió fatalmente que las nuevas fuerzas adquiridas se volvieron contra sus dispensadores. Las mejoras de Carlos III no le sobrevivieron sino en América, donde las semillas germinaron y dieron fruto; y cuando el inepto y despreciable reinado del sucesor vino á acelerar la ruína de la monarquía, acentuó el desequilibrio la fuerza creciente de la colonia: ésta llegaba á la mayoría cuando

aquella á la decrepitud. Y ello se manifestaba por síntomas harto visibles en todas las ramas de la administración. Á los primeros virreyes, que se llamaban Ceballos y Vértiz, sucedían nulidades palaciegas como Melo, caballero de la reina, ó Sobremonte, vejete de comedia encumbrado por una doble casualidad. Reemplazaba al ilustrado y digno obispo Azamor un Lue retrógrado y pendenciero; los jefes valientes que tomaron la Colonia eran sustituidos por criaturas de Godoy, incapaces hasta de una capitulación honrosa ante el enemigo. De arriba abajo la administración estaba roída por la incuria y el peculado: nada más ilusorio que el criterio de algunos historiadores, según el cual se describe la situación del virreinato por su legislación vigente. Las leyes, órdenes y cédulas, tal era la fórmula consagrada, « se obedecían y no se cumplían ». El escandaloso proceso del superintendente de hacienda Paula Sanz y del administrador Mesa era el accidente externo de un vicio constitucional. Por entre el desgobierno y la corruptela, los portugueses usurpaban parte de Misiones, y cuando el honrado Liniers formulaba un plan de medidas reparadoras, contestábasele con la revocación. En la solemne y vacía Audiencia, en el Cabildo con mayoría oficial, en el Consulado reciente que combatía las ideas de su juicioso secretario, el formalismo anticuado hacía ridículos esfuerzos por perpetuar y exagerar un régimen condenado, desconociendo las energías impacientes de la nueva generación. Una juventud ardiente y culta se había criado dentro y fuera del país, en el foro, en el comercio, en la milicia, hasta en el clero local, que pedía su lugar al sol y ensayaba sus fuerzas en reuniones pacíficas, en la prensa naciente, en sociedades masónicas ya importadas junto con los libros, las ideas y los ecos de las reformas extranjeras. Sentíase el anuncio de un porvenir, si bien anónimo é inarticulado. Pero si pocos entonces sabían lo que querían, todos ellos, Moreno, Vieytes, Belgrano, Castelli, Rivadavia, Pueyrredón, sabían lo que no querían ya. Y mientras se agitaba en el vacío el embrión del sér futuro, llegaba de allá lejos, intermitente y debilitada por la distancia, la repercusión de los tronos

derrumbados, de las instituciones feudales arrebatadas al viento de un huracán terrible y fecundador, cuyos efectos se dejarían sentir en la más ignorada colonia española del Atlántico.

Entretanto, la plácida existencia colonial devanaba sin ruido su desteñida madeja. Nada estaba cambiado por defuera, y la mayoría burguesa que poco leía de allá ó de acá, — pues de la gaceta semanal, órgano de todo el virreinato, no se vendían doscientos ejemplares, — nada sabía de lo que en la sombra germinaba; y si en sus pláticas de los portales del Cabildo ó de la Alameda, alguien mentara tal cual proyecto de Belgrano ó arenga de Castelli, las « cosas de muchachos » no tenían más alcance y pasaban sin otro comentario. Alrededor del pequeño campo juvenil, que se decía sembrado de grano misterioso y exótico, la buena huerta de antaño seguía produciendo en abundancia las frutas tradicionales y las previstas legumbres de la estación. General era el bienestar, como que entre ricos y pobres de la clase decente, todos relacionados y más ó menos parientes, las diferencias de fortuna poco trascendían á las costumbres y gastos caseros, igualmente sencillos. Con excepción de algunas familias opulentas de altos funcionarios y representantes de pingües monopolios, que gastaban lujo importado y servidumbre de estilo, las demás se confundían en la misma medianía bonachona, exenta de ostentaciones y apuros. Hacendados, curiales, covachuelistas reales ó comerciantes eran propietarios de su hogar, dueños de muchos ó pocos esclavos de ambos sexos, cuyas variadas industrias casi reducían el gasto exterior á los trapos y artículos de « tienda », como ya se decía. Lo precario é intermitente de las licencias para introducir « renglones de colonias extranjeras » daba lugar á bruscas escaseces : faltaba de repente el vino ó el aceite en todos los almacenes y hasta en los depósitos de la calle de los Mendocinos, por las guerras inglesas, por la mala cosecha en Cuyo (1) ; — y el virrey tenía que entreabrir la puerta á la impor-

(1) En 1805, la langosta taló las mieses y chacras de varias provincias. Las mangas

tación. Pero nunca escaseaba la carne, ni el pescado, ni el agua en el río ó en los aljibes, y la frugalidad unida á la fe hacía llevadera la voluntad de Dios. Baratísima la vida, modestos los gastos y poco menos que gratuitas las diversiones lícitas, se atesoraban los ahorros de muchos años para hacer frente á cualquiera eventualidad: es así como los « empréstitos » para socorrer al Rey y á la madre patria, en los años 4 y 5, representaron sumas considerables, y la subscripción patriótica iniciada después de la Reconquista pasó de ochenta mil pesos en pocos meses, fuera de las donaciones de Chile y del Alto Perú.

Los felices patricios de principios del siglo cavilaban poco, trabajaban algo, comían bien y dormían mejor. El *Semanario* fomentaba el sibaritismo hasta el grado de recetar el modo de tener sueños agradables, en un artículo que comenzaba así: « Como pasamos gran parte de la vida durmiendo... » (1). Después de medio día, oficinas, almacenes y casas particulares se cerraban durante la comida y la siesta, para volverse á abrir un par de horas antes de la oración. Á raíz del mate ó la merienda, los hombres salían, según el tiempo y la estación, á los portales, á la Alameda, á la acera del próximo boticario; los más rumbosos, á tomar chocolate á la fonda de los Tres Reyes (25 de Mayo), al café de *musiú* Raymond ó de Mallco, en frente del Colegio, que eran los mentideros centrales de la ciudad. Allí convergían las novedades y chismes del día, abultándose al andar, como la Fama de Virgilio: la entrada de un buque de Cádiz con mercancías y noticias igualmente frescas — el *Semanario* reproducía, en abril de 1806, el boletín de Austerlitz; — el anuncio de haberse descubierto un camino carretero en la cordillera por el ingeniero francés Sourrière de Souillac; los comentarios sobre la reciente ejecución de cinco bandoleros, ahorcados y descuartiza-

formaban verdaderas nubes que obscurecían el sol. El *Semanario*, al describir el flajelo, encuentra rasgos dignos de Flaubert: « De repente se sintió un ruido como de pájaros que pasaban á mucha altura ».

(1) Traducido de Franklin: *Works*, III, *The art of procuring pleasant dreams*.

dos en la Plaza Mayor, por haber salteado al pueblo de las Víboras, resistido á los blandengues « y otros excesos »; los adelantos del canal de San Fernando; la arribada de la corbeta *Dromedario*, — armada en corso por el capitán Mordeille, héroe futuro de la Reconquista. — y que volvía trayendo á remolque dos fragatas inglesas, etc., etc. Y luego, otras referencias más locales y domésticas, como el último « bochinche » entre el obispo Lue y el Cabildo por cuestiones de lugar y precedencia; los ecos de alguna jugarreta ó jarana de tono en casa del Factor de la Real Hacienda, don Félix de Casamayor, quien tuteaba á Liniers hablándole francés ante testigos, aunque siempre castellano en la intimidad... De vez en cuando, un escándalo social de formato mayor rompía la telaraña de la crónica diaria: era una humorada de Anita P***, la capitosa criolla de la isla Mauricio, muy festejada de los hombres y abominada de las mujeres — sobre todo, por las feas (1); — ó una barrabasada del coronel Bourke, inglés que se daba por alemán, tahir y espadachín, además de espía, y que desempeñaba á maravilla su triple papel... Esos y otros lances exóticos caían en la juiciosa sociedad patricia como piedras en un estanque, levantando un oleaje de círculos concéntricos cuyas últimas ondulaciones duraron hasta la revolución.

Á las diez, la gente honrada se envolvía en su capa y, con un farol encendido los que vivían á tres ó cuatro cuadras de la Plaza Mayor, volvía cada cual á su hogar, encontrando todavía en la sala á las señoras tomando mate y, si había visita de galán, tocando el piano ó la guitarra. — Era la existencia femenina, naturalmente, más uniforme aún que la del hombre. Ocupando la iglesia todas las mañanas y muchas tardes, las horas intermedias eran pocas para el mate, el arreglo de la personita y las visitas de barrio. Las niñas no leían nada, por recomendación del confesor, fuera del almanaque y una que otra *Novena de la sacratísima Virgen ó de la Santísima*

(1) Llegó á inspirar un odio feroz á la Serenisima princesa Carlota del Brasil, el marimacho que mandaba presos á los oficiales « melindrosos » y, en pleno palacio real, se sacaba un zapato para educar *in natibus* al futuro don Miguel.

Cruz. Algo de música y canto, muy poco que hacer doméstico, fuera de los trajes propios que se cortaban y cosían en casa, con ayuda de una morena habilísima — y el inagotable picotear con las amigas: tal era la trama monótona de su vida exterior. Pasaban los días como las cuentas de su rosario: y allá, en domingo ó fiesta de guardar, una tertulia, un paseo al Retiro, una función de comedias, representaban las cuentas mayores de *Padre nuestro* y *Gloria*.

Con todo, eran tan bellas y seductoras como las de hoy, y la impresión de los forasteros de entonces no era menos favorable que ahora (1). En uno y otro sexo, el tipo español predominaba aún, pero ya emancipado del molde paterno, y, en la mujer, con una elegancia y esbeltez propia que difería de la languidez limeña y el donaire andaluz. Ella poseía ya este dón de la sana alegría, reflejo de la prosperidad ambiente, que hasta muy tarde le conserva la risa y algo de la gracia infantil. — Y, por bajo de las accidentes lugareños y las modas anticuadas, corría el mismo raudal de pasión humana que en la presente capital cosmopolita, con algo sin duda de menos facticio y artificial; se amaba, se sufría, se luchaba en la aldea de antaño; la idéntica y eterna juventud encendía su sangre y desgarraba su corazón en los mismos conflictos del deber y el deseo; la misma delirante ilusión juntaba á la distancia las almas desunidas; recorrían aquellas generaciones desvanecidas nuestro propio estadio, entre iguales ensueños de imposible felicidad; entonces, como hoy, había una hora suprema en cada vida, á cuyo resplandor el universo entero se condensaba en un sér amado; seguían luego las mismas decepciones, las mismas angustias ante las cunas vacías y las tumbas abiertas, — era, por fin, la misma existencia terrestre con su cadena de goces y miserias: y si es verdad que la pobre humanidad sólo viva por el alma, que poco tiene que ver con las frivolidades del mundo y las baratijas de la «civilización», puede decirse que en la Buenos Aires de las mantillas

(1) GILLESPIE, *Gleanings and Remarks*, pág. 67 y *passim*.

y las rejas voladas, — que fué también la Buenos Aires de Pueyrredón y Moreno, — no se vivía menos intensa y realmente que hoy.

La noche del 24 de junio de 1806 principió alegremente para el virrey marqués de Sobremonte. Festejando el cumpleaños de su futuro yerno y ayudante, don Juan Manuel de Marín, ofrecióle una comida en su palacio del Fuerte, y, concluído el festín á las seis y media, la comitiva se dirigió á la casa de comedias, esquina de San Martín y la Merced (1), donde se daba, con tan grato motivo, una función de gala. Y ¡qué función! Nada menos que la primer representación en América de *El sí de las niñas* de Moratín, recién estrenado (entiéndase que pocos meses antes) en la Cruz de Madrid, y que el empresario, ganando horas, puso en las tablas á toda costa, seducido, más que por la pieza misma (bastante pobre en enredos y dramáticas peripecias), por lo alusivo y picante del título. Por lo demás, el sí de la monísima Mariquita de Sobremonte tenía sin cuidado al simpático Juan Manuel, y el mismo público había de saborear, pocos días después, una de sus esquelas amorosas (2). — No era esto todo: entre los iniciados se susurraba que, para fin de fiesta, el inspirado administrador de aduanas de Montevideo, don José Prego de Oliver, había compuesto una preciosa loa de circunstancia, en que el pastor Coridón significaba á la ninfa Batila, en endecasílabos

(1) El *Teatro Argentino*, en las calles de la Reconquista y Cangallo. La obra del *Nuevo Coliseo*, en el *Hueco de las Ánimas*, estaba principiada desde 1804, pero interrumpida diez veces, caía en ruínas hacia 1850 sin haber sido concluida. En 1855 el ingeniero Pellegrini construyó allí mismo el teatro Colón que fué inaugurado en el carnaval de 1856.

(2) El Cabildo mandó agregar á su *Información* sobre la conquista, una carta de Marín á su novia, en que le avisaba desde Montevideo el envío de un « forte-piano », con esta alusión desprovista de romanticismo: « aunque tu no lo toques, servirá para adornar á la primera Mariquita que tengamos ». Traía una posdata del virrey á la vi-reina: « No hay novedad, y si la hubiese, tomar los coches y mudarse más lejos, que Cagigas recogerá lo nuestro ». *Sauvons la caisse!* Se ve que su heroica actitud durante la invasión no fué improvisada.

transparentes, los sentimientos de un ayudante mayor de dragones por la dulce hija de un virrey.

Estaba la sala resplandeciente. Por una atrevida innovación que significaba la última palabra del progreso, las velas de sebo tradicionales (fuera de las indispensables candilejas del proscenio) habían sido reemplazadas por numerosas lámparas de aceite, fijas entre las dos hileras de palcos; y tal era su insólito fulgor, que desde el patio se alcanzaba á leer el lema filosófico pintado en el telón: *ES LA COMEDIA ESPEJO DE LA VIDA!* Los colores españoles adornaban el palco central del excelentísimo virrey, cuya escolta obstruía el pasillo, y, en obsequio de su augusta familia, estaba descubierta la abertura del techo para que se escapara libremente el humo de los cigarros de la mosquetería.

En los palcos altos, todos ocupados, las dos aristocracias americana y peninsular rivalizaban en lujo y elegancia, alternando las familias españolas de Álzaga, Santa Coloma, Sarratea, Villanueva, Rezával y demás, con las criollas de Lezica, Ocampo, Basualdo, Peña, Balbastro, Anchorena y otras muchas que fuera peligroso enumerar. Junto á las sedas oscuras de las señoras mayores resaltaban los adornos blancos ó de claro matiz de las jóvenes, menos deslumbrantes que su carne en flor — hoy hecha ceniza. Aun en los trajes juveniles, dominaban todavía la basquiña española de raso carmesí, ceñida al torneado cuerpo, y la mantilla blanca de suntuoso encaje mordida por la peineta de carey; pero tal cual refinada patricia ostentaba ya en tertulias y teatro las modas francesas del Imperio, el turbante de penacho y la blanca túnica de vestal. Los elegantes del comercio y el foro llevaban el cabello corto y revuelto á lo Tito, y vestían el apretado pantalón de ante con bota de vuelta, el frac de esclavina y solapas sobre el recamado chaleco blanco, con chorrera y puños de encajes; pero, en el patio de asiento y hasta en los palcos, muchos voluntarios de los batallones urbanos habían venido del cuartel con su uniforme de oficial ó soldado raso. Haciendo contraste con la correcta compostura de los altos, en los

palcos bajos del fondo algunas familias sencillas habían acudido en corporación, mandando sus sillas desde muy temprano, y, de pie tras de sus amos, una que otra nodriza negra alargaba el pescuezo, con una criatura en bandolera.

La orquesta de ocho morenos atacó un paso marcial á la entrada del virrey, y se alzó el telón sobre la casa de huéspedes de la clásica comedia, entre los suspiros de la concurrencia. — Los últimos días habían sido de agitación y zozobra, por los rumores venidos de la otra banda; desde el 20, diariamente, se tocaba llamada á los batallones de voluntarios que acudían á los cuarteles, los de caballería en sus monturas propias; pero, como invariablemente se les despediera á la hora de comer, quedando á penas algunos hombres de imaginaria, la población se había vuelto á serenar. *No hay cuidado!* tal era la fórmula tranquilizadora del ínclito virrey, y á fe que su presencia en el teatro bastaba á disipar toda inquietud. Además, el *Semanario* de este miércoles, que acababa de salir y recorrían á media voz algunos espectadores, contribuía no poco á infundir tranquilidad. La gaceta esta vez se excedía á sí misma en beatitud emoliente; parecía redactada desde una celda — que no fuera la del padre Grela: no contenía sino un *Diálogo sobre educación entre Feliciano y Cecilia*, más las entradas y salidas del puerto: ni una alusión á la supuesta invasión inglesa que, decididamente, no pasaba de una ridícula invención!

La representación, pues, seguía sin tropiezo; concluido el primer acto, cuyos dimes y diretes caseros enfriaron un tanto á ese auditorio para « duelos y quebrantos », el segundo principiaba con mejor éxito. Acabábase de saludar con palmadas el arranque patético del galán joven (un pardito aficionado de inmenso porvenir, que ceceaba todas las s para fingirse español): *¡Hermoza! ¡Qué dulce esperanza me anima!... Una zola palabra de eza boca...* Y como, involuntariamente, las miradas enternecidas se volviesen á la pareja del palco oficial, vióse á un edecán que tendía dos pliegos al galoneado virrey. Este alargó uno á Marín y otro á Mariquita para que

los abrieran, en tanto que doña Juana le alcanzaba su lente de mano, y el marqués empezó á leer. Estrujó el papel después de los primeros renglones, refunfuñando un denuesto contra «ese gabacho de la Ensenada». Pero se había levantado para salir y la familia con él. ¡Aquí fué la gran batahola! Un estallido general de diálogos é interpelaciones acompañó la salida precipitada de los militares tras de la novedad. La heroína de Moratín siguió enterneciéndose delante de las espaldas en fuga, y cayó el telón. — Ved ahí cómo Buenos Aires no oyó nunca la loa bucólica del más inspirado administrador de rentas del virreinato; pero el poeta se vengó cruelmente de los intempestivos ingleses : á poco andar, les fulminó una granizada de estrofas que no dejaban britano con cabeza :

La falanje de Albión ya titubea

Y á la diestra cuchilla

Cede por fin, y la cerviz humilla!.. (1)

III

Con ser el episodio menos airoso de las luchas coloniales, la primera invasión inglesa merecería ser estudiada con atención por los historiadores argentinos. Tal no ha sucedido, ni mucho menos; y hasta le ha ocurrido al más prolijo y minucioso de todos ellos, bosquejar la triste jornada sin escribir *una sola vez* el nombre del vi-

(1) Esta oda y otras tres del mismo calibre fueron reunidas en folleto después de la Defensa. Puede que fueran esas las « preciosas poesías » que sirvieron de exordio á la famosa escena del 28 (y no 19) de octubre de 1807, entre Carlos IV y el amado Fernando. Dice el historiador López (*Historia*, II, 232) : « *Fácil es ver*, que ese libro (de poesías) no podía ser otro que el *Triunfo Argentino* ». El poema de don Vicente López y Planes (que el señor Menéndez Pelayo llama con irreverencia « un romanzón histórico »), cuya dedicatoria á Liniers trae la fecha de 21 de noviembre de 1807, no fué impreso hasta el año siguiente.

rrey (1). Ello no proviene ciertamente de lo amargo del relato : el escritor está muy arriba de esas sensiblerías. Ni hay tal amargura en una humillación transitoria de que el pueblo no era responsable, y de cuya reacción inmediata tiene todo el honor. Suponemos que al argentino que lea esta página de su historia, ha de sucederle lo que al oyente que escuchaba con cara risueña un sermón sobre la muerte de Jesús, « porque estaba en el secreto y sabía que el muerto iba á resucitar ». Por otra parte, la conquista fué tan benigna cuanto breve, como que la resignación pacífica del vencido entraba en el plan evidente del vencedor. Sin aceptar como palabra de evangelio la salida soldadesca del mayor Gillespie (2), no es dudoso que las fuerzas de Beresford observaron una conducta muy diversa de la que mostraron las tropas de Whitelocke, exasperadas por la resistencia y los recuerdos de la reconquista.

Es otro el motivo de la desgana con que los historiadores argentinos han tratado el asunto ; consiste en la condición humana de atender con preferencia al triunfador (3) ; y como en el caso presente no hay nada que se parezca á una batalla ni á la más simple disposición estratégica del general inglés, se despacha en un par de páginas someras el episodio incruento. No podríamos á nuestra vez tratarlo detenidamente en esta monografía, sin incurrir en otra digresión menos disculpable que las pasadas, siendo así que nuestro personaje no tuvo parte en la insignificante escaramuza ni se consideró comprendido en la capitulación. Nuestra « invasión inglesa » comienza en realidad con la entrada de Liniers en la escena. Nos

(1) MITRE, *Historia de Belgrano*, I, página 118 y siguientes. Si la omisión es voluntaria, debe tenerse por el epigrama más fino que se haya dirigido á una encumbrada nulidad.

(2) *Gleanings*, 50 : *The balconies of the houses were lined with the fair sex, etc.*

(3) Algún dia trataré de demostrar que, en todas las guerras internacionales, las causas eficientes del triunfo residen en las razones de *inferioridad* del vencido más que en las de *superioridad* del vencedor : en la mayoría de los casos, las batallas suelen *perderse* por aquél mucho más que *ganarse* por éste. El estudio anterior del vencido es, pues, el más útil é instructivo.

referiremos, pues, lisa y llanamente á las narraciones conocidas de la invasión mirada por el lado inglés, que en efecto presenta interés escaso ; pero diremos algo de la actitud asumida por los invadidos, la cual no fué tan inerte y pasiva como se la suele pintar bajo el testimonio del honrado Belgrano, modesto como siempre y severo hasta la injusticia para sí propio, lo que equivale en este caso á serlo para los demás.

Todo cuanto se haya dicho y escrito del virrey Sobremonte, en estas críticas circunstancias, queda pálido enfrente de la realidad. Su incuria escandalosa, su desconocimiento de toda noción del deber y del honor excede por mucho su proverbial ineptia y cobardía. No es su delito inexpiable el haber huído delante del enemigo, indignándole con tamaña ignominia, sino haber traicionado al pueblo que le estaba encomendado, rehusando durante semanas y meses las armas, la organización militar, los medios de defensa á los voluntarios de cualquier gremio ó clase social : comerciantes, empleados, estancieros, abogados, artesanos — hasta esclavos que se querían defender. Poco importa que tenga ó no fundamento la especie — inverosímil — de que ciertas señales del Fuerte, en la noche del 24, correspondieran á otras de la escuadra enemiga : la gran traición de Sobremonte consiste, teniendo el anuncio certero de la invasión y disponiendo de tiempo, hombres y recursos ilimitados, en no haber preparado durante seis meses la defensa de una plaza que otro, en pocos días y con un puñado de reclutas, pudo recuperar. Y todo ello no impide que ese nombre se ostente, al lado del de Vélez Sarsfield y el general Paz, en el « Paseo » de la segunda ciudad de la República !

Que se pudo, no sólo defender á Buenos Aires, sino tomar prisionera la división inglesa, sin más elementos que los existentes, lo prueba sobradamente la Reconquista ; pero, de las relaciones que llamaremos « oficiales » y son las fuentes donde las nuevas generaciones aprenden la historia de su país, se desprende una impresión general de pasividad y desaliento que no refleja exactamente el es-

tado de los ánimos ni la actitud del vecindario. La pintura de esos días de prueba no está en la *Autobiografía* de Belgrano, ni en la *Memoria* de Moreno, ni en los *Entretenimientos* de Núñez, cuyos errores se repiten transcribiendo literalmente algunas de sus expresiones más ó menos felices: se la encuentra esa pintura, ó por lo menos sus elementos vivos é irrefutables, en la *Información* hecha por el Cabildo, tan á raíz de los acontecimientos que se inició el 11 de julio bajo el régimen inglés, en presencia de los oficiales y del general enemigo, cuya autoridad invocan algunos testigos y jefes juramentados — como don Juan de Elía, coronel del regimiento de voluntarios de caballería, y don Miguel de Azcuénaga, coronel del batallón de infantería de milicias — para que, allanado el fuero militar, puedan declarar libremente. En esas cuarenta y tantas deposiciones testimoniales de jefes, oficiales, clases y soldados españoles ó americanos, que han jurado decir lo que han visto y hecho, y cuya sinceridad se manifiesta hasta en sus parciales divergencias, es donde el futuro historiador encontrará, no sólo los materiales del cuadro nunca hecho de la Conquista, sino la explicación anticipada de la Reconquista y la Defensa (1). Los vencedores de mañana no han

(1) Todas esas declaraciones (*Colección Coronado*) son interesantes, pero algunas arrojan luz intensa sobre el estado militar y social de la colonia; así las de Cerviño y Basualdo; la importantísima del capitán Rezával, antiguo síndico y alcalde de primer voto en el año anterior, prevé y recomienda la táctica de la Defensa, cuyo mérito se ha atribuido á Álzaga; la del capitán Lezica es un modelo de precisión y claridad; la de don Jacobo A. Varela, « vecino y del comercio de esta ciudad », es un argumento vivo en favor de nuestra tesis, pues es muy conocida su conducta heroica en la Defensa. Algunas, de humildes soldados americanos, son más elocuentes é instructivas que toda nuestra literatura: así, la del cabo Guanes, de la compañía de artillería, que pinta en cincuenta líneas al virrey grotesco y fenomenal, y, sobre todo, al criollo valiente, insubordinado, atrevido y « zafado », capaz de hacerse pegar cuatro tiros por no quedar callado. No resisto á la tentación de citar un fragmento de esa comedia real. El declarante ha conducido con bueyes y por entre pantanos dos cañones del Retiro al puente de Barracas, allí encuentra al virrey que le ordena volverlos á llevar, « pues no hacen falta ». Entonces salta el criollo (« ya me dió rabia, también! »), en presencia de Sobremonte y su Estado mayor: — « Pues, señor, si ya no se necesitan cuando está el enemigo al frente, será porque estamos perdidos ó porque S. E. nos habrá vendido á todos! Que al oír estas palabras el señor virrey cayó al suelo, corriendo entonces á alzarlo tres de los ofi-

brotado de la tierra herida, como las legiones de Pompeyo; son los mismos vencidos de ayer, pero disciplinados y conducidos por un caudillo valiente y leal.

Es poco decir que ni Sobremente, ni Arce, ni Quintana, ni jefe alguno veterano estuvo á la altura de su misión: conviene establecer que esos inválidos solemnes, — reliquias de las derrotas de Cataluña los que no eran simples guerreros de antecámara, — fueron los primeros fautores de la confusión y el descalabro. Sería fácil demostrar que, á quedar la suerte de Buenos Aires librada á sus solas milicias y á su vecindario, con reconcentrarse en la ciudad, como quería Rezával, atrincherar y artillar las bocacalles y distribuir los voluntarios en « las puertas, ventanas y azoteas, se podía escarmentar y destruir al enemigo ». Y eso lo hubiera hecho el mero instinto de conservación, levantado por el sentimiento cívico en los americanos, y, en los españoles, por el orgullo patrio. Veamos rápidamente, en lugar de eso, lo que del virrey abajo hicieron los jefes de la resistencia, ó mejor dicho, lo que dejaron hacer.

Apenas llegado al Fuerte, después de la función interrumpida, el azorado virrey impartió órdenes para que todos los soldados presentes en los cuarteles se encargaran esa misma noche de citar á las milicias para la mañana siguiente. Como la tropa estuviera alerta desde varios días, la noticia se esparció rápidamente; algunos jefes y oficiales concurrieron al punto á sus cuarteles y, al amanecer, mucho antes de dispararse los cañonazos de alarma y tocar generala, gran parte de las fuerzas estaba reunida: los « Urbanos de comercio » en la Fortaleza, los voluntarios de caballería é infantería en sus cuarte-

ciales que lo acompañaban, y luego que se incorporó... les gritó : *tírenle, mátenlo!* á lo que el exponente contestó : *Que lo hagan : prefiero morir en este sitio á que me maten los enemigos sin hacer resistencia.* — Que entonces se le aproximó un oficial y poniéndole la espada desnuda sobre el sombrero, pero sin darle golpe, le dijo : *Cállese, paisanito, que esto ya no tiene remedio.* Pero volvió á alzar la voz el señor virrey, diciéndoles : *Amárrenlo!* Que se acercó una partida y lo trincaron, etc. ». Convengamos en que la *Autobiografía* de Belgrano no deja sospechar estas escenas.

les. El batallón de Urbanos (cuyo comandante, don Jaime Alsina, promovió la *Información* para « refutar ciertas calumnias ») se componía de vecinos acomodados, en su mayoría comerciantes y empleados; era un cuerpo burgués ó municipal, á manera de las antiguas guardias concejiles, sólo destinado á « patrullar las calles con los jueces y magistrados y presidir la ciudad en caso de ser invadida ». No obstante, su jefe y oficiales declararon « con las más enérgicas expresiones » que el cuerpo marcharía al encuentro del enemigo; y, en efecto, salió para las Barrancas en número de 400 á 500 hombres, mal armados y peor disciplinados (1). — El regimiento de milicias de caballería, casi todo criollo, constaba nominalmente de 600 plazas (2); pero se había destacado una compañía con el Fijo de Montevideo, y de los 500 hombres ó poco menos que se acuartelaron, tan sólo los « montados en sus propios caballos » fueron armados de espada y pistola, con cuatro cartuchos por hombre; el resto, casi la mitad, no se movió de las Catalinas. Á última hora, se trajeron del Retiro catorce carabinas « las únicas que había en el cuartel ». Así armados, marcharon para los Quilmes unos 300 hombres de caballería, pero en el camino descubrieron que « las balas de los cartuchos no calzaban en el cañón ». — El batallón de milicias de infantería (en parte montada), fuerte de 500 hombres al mando de Azcuénaga, estaba mejor armado y, parapetado en la ciudad, hubiera sin duda bastado á destruir ó rendir al enemigo; no faltaban fusiles y algunas compañías llevaban veinte cartuchos por hombre. Después de quitarle 100 hombres montados, á las órdenes del capitán Terrada, para agregar-

(1) Á esas « tropas urbanas », como las llama vagamente el señor Mitre, parece que pertenecía, ó se « agregó » Belgrano. En el desorden general, estas fuerzas caseras se distinguieron por su pasividad; pasaron los días en « tomar nuevas posiciones » y replegarse al percibir los primeros tiros. Belgrano se indignó, dice su historiador: « Indignado por aquellas palabras... siguió el movimiento retrógrado de las tropas »!

(2) Véase el *Diario* de Cerviño en los *Documentos históricos*. No lo damos como perfectamente exacto é imparcial, pero contiene muchos detalles curiosos y deja una impresión general bastante viva de la situación.

os á la mermada caballería, se dejó á este batallón formado en la Plaza Mayor toda la tarde y la noche del 25, en que la lluvia le obligó á refugiarse bajo los portales de la Recoba: al día siguiente, marchó también hacia Quilmes.

Así pasó el 25, en tanto que los ingleses ejecutaban su laborioso desembarco con la misma tranquilidad que en una isla desierta. En la mañana del 26, don Pedro de Arce, que era el jefe de la defensa como Sub-Inspector General y «gozaba de gran reputación militar», se propuso cerrar el paso al invasor, intentando á deshora lo que durante el desembarco habría sido eficaz. Asimismo, á tener reunidas y organizadas las fuerzas disponibles, protegidas por una artillería superabundante, la tentativa pudo tener buen éxito. Además de las milicias enumeradas, disponía de 200 blandengues y soldados de frontera que llegaron de la Ensenada al mando del teniente coronel de dragones Gutiérrez, y muchos oficiales del Fijo, fuera de veteranos retirados, marinos y algunos chilenos que también se incorporaron (1). Pero las milicias, sin orden ni dirección, estaban todavía desparramadas desde el Retiro hasta el puente de Gálvez, guarneciendo cuarteles que nadie amenazaba ó alborotando en la Fortaleza y la Plaza Mayor; la artillería traída con bueyes llegaba tarde, ó se perdía en los pantanos, hasta que se abandonara al enemigo la que había cruzado el Riachuelo. El desastrado Sub-Inspector, con unos 500 hombres de caballería (milicias urbanas y blandengues de la Ensenada) y algunas piezas de artillería, se formó en batalla sobre una cuchilla, en frente del enemigo que emergía apenas de los bañados y pajonales. Una descarga de los «tres violentos» y otras tantas piezas ligeras puestas en batería produjo algún efecto en el grupo enemigo (2); pero cuando éste se hubo formado—

(1) Aquel capitán Lorca de *Los Trofeos de la Reconquista* no era el único chileno presente en una y otra jornada, como parece que se da á entender en la información producida en 1882, á solicitud del Intendente Alvear.

(2) Con su parte á Baird, el general Beresford remite una lista de los muertos y heridos.

el regimiento 71 á la derecha, el batallón de marina á la izquierda, y el de Santa Helena á retaguardia — y avanzó resueltamente, las fuerzas de Arce se desbandaron y emprendieron la fuga, no quedando el jefe entre los últimos, aunque vociferase cómicamente (1): *Yo mandé tocar retirada, no desordenada fuga!... ¡Qué dirán las mujeres de Buenos Aires!...* Era la hora en que el marqués de Sobremonte, rodeado de familiares, subía á la azotea de la Fortaleza con tamaño catalejo que asestaba hacia Quilmes y, después de «haber preguntado cuántos cañonazos se habían tirado», exclamaba satisfecho: *No hay cuidado, los ingleses saldrán bien escarmentados!* (2).

Tal fué la «acción» de Quilmes que terminó sin mucha efusión de sangre (3); la completó, al día siguiente, la del Puente de Gálvez, mucho más desairada aún, como que el virrey transportó allí su ridícula persona y su despreciada autoridad. También allí aparecieron por vez primera el coronel José Ignacio de la Quintana, improvisado jefe de los Urbanos, el coronel «hidráulico» Eustaquio Janini y otros solemnes colaboradores del desquicio que iba á tener su pronto desenlace.

En la tarde del 26, los derrotados de Quilmes llegaron en grupos desordenados á la quinta de Gálvez, y, pasado el puente ya medio destruído, se reunieron en esta banda «en frente de la barraca de Cagigas» con el resto de las fuerzas traídas de la ciudad. Don Pedro de Arce comentaba el desastre reciente, repitiendo en voz alta que los ingleses eran *4000 hombres bien disciplinados y aguerridos y que no pasaría de la oración sin que los tuviésemos en el Puente* (4). ¡Admirable manera de infundir confianza en las tropas! — Desde este momento,

(1) Para otros rasgos más característicos de esta excelente *ganache*, véase el *Diario de Cerviño*.

(2) Declaración de don José de Castro, alférez de milicias retirado. (*Colección Coronado*).

(3) El señor MITRE (*op. cit.*), dice que «no hubo un muerto ni un herido de parte de los argentinos». Cerviño dice que «no se puede fijamente expresar el número de muertos y heridos». Las *declaraciones* aluden á algunas bajas; tal debe ser la versión exacta.

(4) Declaración de don José de Castro y otros.

dicen algunos testigos, se comprendió que el virrey no tenía el designio de defender la plaza. Sabían que había despachado á Luján todos los fondos de las cajas reales y que su familia estaba en la quinta de Liniers, pronta para emprender viaje al interior. Sobremente pasó la noche en la quinta de Dorna, rodeado por los blandengues y milicias de la Ensenada, en tanto que las milicias de caballería y los Urbanos ocupaban las barrancas de la Convalecencia. Desde el alba del día 27, unos 400 hombres de infantería de milicias y una compañía de granaderos del Fijo, atrincherados en un cerco de tunas, disputaban al enemigo el paso de Barracas ; pero, pronto se les agotaron las municiones, y habiéndolas pedido vanamente al coronel Janini, tuvieron que emprender retirada. Entretanto, el virrey montaba á caballo y, seguido de la caballería de Gutiérrez, ganaba la quinta de Liniers, donde ya le esperaban Arce, Nicolás Quintana, Rocamora y otros jefes. De allí Sobremente pasó con su familia y escolta al Monte de Castro, para labrar « en junta de generales » un documento explicativo de su fuga, mucho más indigno y vergonzoso que cualquiera capitulación.

Habiendo comunicado el coronel de la Quintana á los jefes y oficiales de milicias que era « orden del virrey » replegarse á la Fortaleza para obtener una « honrosa capitulación », produjéronse escenas tumultuosas que luego se repetieron en la Plaza Mayor. El capitán Murguiondo, el alferez Capdevila, Varela y otros que muy pronto volverán por su honra vendida, protestaron en términos violentos : « ¿Cómo se entiende aquello de retirarse, cuando no se sabe de qué color es el uniforme del enemigo? » Á lo cual Quintana contestaba, revistiéndose de gran autoridad : *Nadie levante la voz : pena de la vida al que no obedezca al señor virrey !* Pero siguieron las protestas por largo rato, hasta que, obligados á dejar sus armas, muchos prefirieron romperlas al pie de la Fortaleza. El jefe de la plaza tenía ya redactado el proyecto de capitulación; pero fué desdeñosamente rechazado por el vencedor que ya se acercaba por la calle de Santo Domingo, « en orden desplegado para aparecer más imponente ». El general

Beresford se instaló en la Fortaleza de los virreyes y, en lugar de la capitulación honrosa, tuvo Quintana que aceptar y firmar las « condiciones concedidas por los generales de su Majestad Británica » (1). En esos mismos días, Santiago Liniers entraba en Buenos Aires, provisto de un salvo conducto pedido por su amigo don Edmundo O'Gorman. Mientras tanto, el virrey Sobremonte, que hasta para la fuga necesitaba protección, proponía en vano á las milicias que todavía le rodeaban acompañarle hasta Córdoba, « ofreciéndoles doble sueldo ». Siguió camino en carruaje con su familia y la escolta, sin ocuparse más de los soldados hambrientos que volvieron penosamente á la ciudad. Tuvo al principio el pensamiento de situarse en Luján, con los fondos de las cajas reales; pero el anuncio de estar acercándose la partida inglesa que venía por ellos le obligó á marchar al interior. Desde Córdoba, dirigió varias comunicaciones á Buenos Aires y á España, procurando paliar su conducta y avisando que dicha ciudad era la capital provisional del virreinato. Unas y otras cayeron en el vacío: los acontecimientos se precipitaron; la Reconquista se preparó y realizó sin intervención del funcionario

(1) El 2 de Julio de 1806, suscribieron también dicho documento los alcaldes de 1º y 2º voto, Francisco Lezica y Anselmo Sáenz Valiente. Á este propósito se suscita una pequeña cuestión histórica que no carece de interés. Los señores Mitre, López y otros historiadores modernos dicen, siguiendo á Núñez, que (á principios de 1807) don Martín Alzaga, «acababa de ser nombrado alcalde de primer voto, en la renovación anual de la corporación»; lo que es exacto. Ahora bien, al día siguiente de la Reconquista, vemos desaparecer los nombres de Lezica y Sáenz Valiente de entre los miembros del Cabildo, sustituyéndolos los de Martín Alzaga y Villanueva, como Alcaldes de 1º y 2º voto. Con este título, desde el 14 de agosto hasta septiembre de 1806, Alzaga y Villanueva suscriben (en lugar de Lezica y Sáenz Valiente) documentos tan importantes como la eliminación de Sobremonte y (el 20 de agosto) el parte de la Reconquista «al Rey Nuestro Señor». Pero, en septiembre, se eliminan Alzaga y Villanueva y los propietarios vuelven á aparecer. El eclipse es curioso y significativo. La explicación probable—que merecería confirmación— es que el hecho de haber firmado la «capitulación» hubo de acarrear gran impopularidad á los alcaldes, quienes pidieron y obtuvieron ser reemplazados por los nombrados. La Reconquista borró la impresión y repuso las cosas en su lugar. Creemos que, según la ley, los dos regidores más antiguos debían reemplazar á los alcaldes impedidos. Pero estaba comenzando la Revolución!

caduco, indigno de reivindicar ahora la autoridad que en los días de prueba había abdicado.

Por su parte, el « Gobernador » inglés, como en sus decretos se titulaba, tuvo la conciencia inmediata de la situación. El codicioso Popham, no Beresford, fué el instigador de todas las medidas de rapiña y charlatanismo que tan indecorosamente presentaron la expedición en Europa y América. No sólo hizo *mainbasse* sobre el botín, propiedad particular en mucha parte, cuya distribución quedó en claroscuro, sino que discurrió esa entrada carnavalesca del « Tesoro de Buenos Aires » en Londres, fomentando el entusiasmo mercantil de los clientes del Café de Lloyd con pinturas fantásticas de las riquezas argentinas. Beresford, más frío y más penetrado de su responsabilidad, comprendió al punto que era imposible la conservación de su conquista sin importantes refuerzos de mar y tierra. Vanamente acuarteló sus fuerzas y, para disimular su número real, pidió diariamente un número de raciones duplo del necesario: la estratagema no podía engañar la mirada experta que medía ya los pasos del enemigo. Desde luego, el general Beresford sintió que el plan de conquista fallaba por su base, que lo era la presunta connivencia de la población. Fuera de las autoridades y del clero que, como siempre, dieron la señal del rendimiento al vencedor, quedó muy evidente desde el primer día que el vecindario estremecido entraba en fermentación. Los soldados ingleses no se alejaban sin peligro de la Plaza Mayor, y cuando no á la violencia, cedían á la persuasión: las deserciones llegaron á tomar carácter tan alarmante que se consignaron severamente las tropas en la Ranchería y la Fortaleza, publicándose con este motivo el único decreto riguroso que Beresford suscribió. Sus otras disposiciones generales, la « capitulación » inclusive, revelan un espíritu de generosidad y sentido recto. Concedió á la guarnición los honores de la guerra (1), declaró el comercio

(1) Es curioso un detalle de ese documento, redactado naturalmente en los dos idiomas. En el artículo primero, al mencionar á los oficiales que debían jurar fidelidad al gobierno inglés, el texto original designa solamente á los nativos ó domiciliados (*such officers*

libre, aligerando los derechos aduaneros, garantizó la propiedad y el ejercicio de la justicia, dejó funcionar libremente todas las ramas de la administración, respetó al Cabildo, dictó excelentes medidas policiales... Todo era inútil: según el dicho de un contemporáneo, « el pueblo quería al amo viejo ó á ninguno ». Realizó su doble aspiración: primero echó al amo nuevo, y al viejo después.

P. GROUSSAC.

(Continuará.)

as are natives of the country, or regularly domiciliated); pero la traducción española agrega expresamente *ó casados con nativas del país*. Este era el caso de Liniers, y es conocida la acusación que se le dirigió hasta de Inglaterra, por « haber violado su juramento ».

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

DIARIO INÉDITO POR DON PEDRO A. CERVIÑO, DEL ATAQUE DE LOS INGLESES
DESDE EL 17 HASTA EL 30 DE JUNIO DE 1806.

El día 17 de junio de 1806, en que se avistaron en estas balizas dos bergantines que todos creyeron ingleses, se dió la órden número 1, y se comunicó á las compañías de Voluntarios de Caballería de esta Capital, á las cuatro de la tarde del mismo día. Como restaba muy poco de éste, y los más de los individuos que componen dicho cuerpo residen en el ejido y aun más afuera de la ciudad, no pudieron citarse, ni juntarse en el cuartel más que setenta hombres de todas las compañías; pero los días subsecuentes hasta el 24 y 25 de Junio inclusive se acuartelaron cuatrocientos setenta y dos hombres, que con los ciento catorce que del mismo cuerpo estaban de antemano al servicio en esta, y destacados en Montevideo, componían quinientos ochenta y seis hombres, faltando sólo para el completo de las seiscientas plazas efectivas de que consta el Regimiento, catorce individuos entre bajas, enfermos, y ausentes.

El día 19 se comunicó por el cuerpo la órden verbal del señor Sub-Inspector General que se señala con el número 2, manifestándose en ella que corría solo desde ese día el sueldo á todos los acuartelados, igualmente que á todos los oficiales y agregados del mismo cuerpo. El día 23 se ordenó que todos los capitanes presentasen la relacion de los individuos que de sus compañías tuviesen caballo y montura, y los que careciesen de uno y otro, para franquearles caballos y monturas de la Real Hacienda, con calidad de descontar su importe de los sueldos de cada uno de los provistos. En el mismo acto se presentaron en el Cuartel las relaciones firmadas por los respectivos Capitanes, las que se enviaron al señor Sub-Inspector por medio de uno de los Ayudantes para que las pasase al Capitán General de quien emanaba dicha disposicion. La 12^a Compañía que tenía en el Cuartel treinta y cuatro hombres, sin los catorce que de la misma existían en Montevideo destacados, contaba con solo catorce de los primeros, capaces de salir á campaña, pues que de los veinte restantes, diez carecían de caballos y monturas, y los otros diez se hallaban con montura y sin caballo. Esta falta que era general en todas las compañías así por lo malo de la estacion para las caballadas, como por las limitadas facultades de sus individuos (los más artesanos y jornaleros que escasamente adquieren para alimentarse, vestirse mal y pagar el alquiler de un cuarto ó rancho á que se reducen con numerosa familia) para mantener caballo propio dentro de la Ciudad, ni menos alquilarlo, ó conservar montura que á falta de aquel venden,

hacía inútiles para una pronta salida cerca de trescientos hombres de los acuartelados. La asistencia al Cuartel de estos, y la del Coronel, Sargento Mayor, Ayudantes, Comandantes, Capitanes, y subalternos era diaria desde las ocho de la mañana hasta la una, en que se retiraban á comer á sus casas, y desde las dos de la tarde, en que volvían hasta las siete de la noche en que, dado el estado, y nombrados los que habían de patrullar de noche, se mandaban á cenar y dormir á su casa, no haciéndose otra cosa en el Cuartel con la reunión de esta gente que oir la excepcion del uno para evadirse de la fatiga, procederse al reconocimiento del otro que alegaba enfermedad, pasar frecuentes listas para ver quiénes faltaban, nombrar partidas para su aprehension, corregir á unos y arrestar á otros por incorregibles; conservándose todos para la primera órden que ocurriese. La estreches de los patios del Cuartel no permitía evolucionar á gente de á caballo, ni aun convertir puestos á pié en formacion de batalla ni de columna con un regular frente, pero al menos (que es lo mas que se requería) si el señor Capitán General hubiera entregado el armamento del Regimiento con concepto al número de individuos acuartelados se les hubiera adiestrado en el manejo de la Espada, pistola y Carabina, haciéndoles hacer sus descargas con algun método é igualdad, asi como estaban ociosos esperando sus órdenes. Tan bien por falta de esta instruccion que no pendía del cuerpo, podía darseles las de sus deberes haciendo que los Capitanes Subalternos ó Sargentos formasen en círculo su compañía y les leyeren con repeticion las obligaciones del Sargento, Cabo y Soldado y las leyes penales que comprende la Real Ordenanza del ejército; pero se omitió, despreciando el Coronel el aviso de quien le informó que la ignorancia de sus deberes, era la única que motivaba los reiterados actos de insubordinacion y que esta se cortaría con imponerles de ellos.

A las once de la noche del día 24, se ordenó por el Capitan General la reunión de todo el Regimiento al cuartel en la misma hora; se verificó sin la menor falta por los oficiales y algunos de los Soldados que pudieron citarse por de pronto y el resto ya estaba en el Cuartel á las tres y media de la mañana siguiente: á las seis y media de la misma se tiraron de la Real Fortaleza los tres cañonazos precipitados de alarma y se tocó generala. Con este aviso se pusieron á caballo cuantos del Regimiento lo tenían, esperando la órden de partir y la provision de caballos y monturas para los que carecían de uno y otro con el armamento para el todo de los acuartelados: en estos términos nos conservamos hasta las doce y media del día 25 en que salió la órden del General de la Plaza que comprende el número 3, con este motivo nos retiramos á comer á nuestras casas con cargo de volver á las dos de la tarde al Cuartel á excepcion de cincuenta hombres que parte con carabina y espada y parte con pistola se destinaron á celar la margen del Río, desde el bajo del Retiro hasta la Recoleta con cargo de hacer patrullar hasta los Olivos al mando del Teniente Coronel Comandante del 3º Escuadrón don José Pereira de Lucena y los Subalternos el Teniente don Domingo Adlid Rodriguez y el Alferes don Manuel de Luciriaga y los individuos que carecían de caballo y montura, á quienes suponían de malicia esta falta por evadirse de la salida, que por vía de pena se

les dejó en el Cuartel. A las dos de la tarde tocada de nuevo la generala y dada la señal de alarma corrimos todos con precipitación al cuartel á recibir el armamento: para esta entrega se hacían entrar á los Soldados en grupos al primer patio del Cuartel y allí recibían de mano del Sargento distinguido que hacía de Brigada don Antonio del Nero una espada, una pistola, una canana y porta-espada entregándoseles suelta una piedra y cuatro cartuchos, é inmediatamente y sin darles lugar á la colocación del armamento expresado los hacían salir á tomar sus caballos en la calle, en donde el Ayudante de Plaza don José Gregorio Belgrano, sin permitirles la menor demora los hacía partir con la mayor precipitación, llevando por esta razón todo el armamento en las manos hasta el Puente de Galbez en donde hallamos al Capitan General con algun tren volante y varios Edecanes que nos hizo hacer alto, con este motivo procedieron los Soldados á acomodar su armamento, del que ya habían perdido alguna parte de los cartuchos y piedras faltando en todas las llaves la zapata para colocar esta.

Como se ha expresado ya, carecían muchos de caballo y montura y otros teniendo esta de aquel, y ya fuese por la precipitación de la salida ó porque el Capitan General no pensaba cumplir lo que había ofrecido (que es lo mas verosímil) no se les había surtido con los caballos y monturas de la Real Hacienda, solo reunimos aquella tarde en el Puente de Gálbez, ciento veinte y nueve hombres entre sargentos, cabos y soldados á caballo, quedando el resto á pié en el Cuartel sin destino á escepcion de doce hombres que al cargo del Alférez don Francisco Berutti, quedaron cubriendo la guardia de prevencion y los cincuenta que al mando de Pereyra celaban las márgenes del Río. El Capitan General se impuso por sí de los Oficiales que acompañaban aquella fuerza, y hecho, llamó al Coronel, Teniente Coronel y Sargento Mayor y con ello se condujo á la casa Quinta de Gálbez, en donde (segun informe del último) les previno que guardasen aquel punto á toda costa sin que por ninguna clase de motivo le abandonasen, que luego que pasasen las últimas Compañías que esperaba del campo cortase el Puente, para cuyo efecto le dejaba achas, y que vendría á estar á sus órdenes el Capitán don Florencio Terrada con cien hombres de infantería montada. Concluída esta conferencia trató de retirarse para la Ciudad, cerca del toque de oraciones y al verificarlo dijo al Coronel que se traía consigo al Teniente Coronel don Pedro Díaz de Vibar para activar diligencias y que con igual objeto necesitaba al Teniente don Lucas Vivas que hacía funciones de Ayudante; asintió el Coronel y se retiró con los expresados Vibar y Vivas y los demas oficiales de su acompañamiento.

Inmediatamente que salió el Virey, se nombró Gran Guardia de cincuenta hombres al mando del Comandante del 4º Escuadrón el Teniente Coronel don Francisco Castañón, que se situó á las ocho cuerdas de la casa de Gálbez con inmediación al Río: de dicha Gran Guardia se pusieron las respectivas avansadas y un piquete de un Cabo y cinco hombres en el puente para que privase la entrada de todo el que viniese del campo, que era conducido á la Gran Guardia, cuyo comandante ó le permitía la continuación de su viage ó lo remitía al cuartel de Gálbez, para que

el Coronel se impusiese de lo que sabía ó había visto en la costa. Por esta causa fueron detenidos á los ocho y cuarto de la noche el pardo Juan Clemente y el negro Juan, esclavos ambos de don Juan Antonio de Santa Coloma, quienes, conducidos á presencia del Coronel, le informaron de cuanto sabían de los buques ingleses fondeados en la costa de los Quilmes, habiendo explicado el pardo Juan Clemente con la mayor proligidad y exactitud el número de botes que de dichos buques se habían destinado al desembarco de las tropas, los viages que hicieron, las personas que conducía cada bote, el uniforme de las tropas, la ocultacion de estas en el pajonal, el toque de caja con que salieron de él antes de anochecer para formarse en la plaza, y descargar el armamento y Artilleria, con otro pormenor de circunstancias interesantísimas: en el mismo acto de este informe llegó á aquel puesto un Sargento de Voluntarios de Infantería, á dar aviso al Coronel de parte del Capitan del mismo Cuerpo don Florencio Terrada, que se hallaba en la Quinta de Marull, por disposición del Señor Virey á las órdenes de aquél: con este motivo, y contemplando que impuesto S. E. del informe exacto de aquellos esclavos determinaría su marcha, resolvió para no diferirla, caso que se le ordenase en contestacion mandar reunir á Terrada con su compañía, que lo verificó inmediatamente, y pasó al Virey el oficio señalado con el número cuatro, remitiendo con él los mismos esclavos informantes, en cuyo concepto era el número de las tropas enemigas de mil setecientos á mil ochocientos hombres. Este oficio que por su contenido exigía la más pronta contestacion, y nos lo persuadía así el informe que á las nueve y cuarto de la misma noche dió el Alférez del Fijo y Ayudante interino de la plaza don Manuel Sanchez (privado de S. E. y detenido por la Gran Guardia) al Coronel de que él había visto las tropas Inglesas y que eran en número de más de dos mil hombres, que tenían completa música y que venía á decirle al Virey que no era cosa de broma, sólo la mereció cerca de las doce de la noche en los términos que manifiesta la copia número cinco. Como uno de los particulares de que trata el oficio-contestacion del Virey era desaprobar la reunion de Terrada al cuerpo de Caballería, no obstante que nos era á todos constante que lo mandaba á las órdenes del Coronel de este cuerpo, se le mandó por Elía que se retirase á la Quinta de Marull como lo verificó, y nosotros nos mantuvimos toda la noche la mitad á caballo y la otra mitad con los caballos del diestro alternativamente hasta las siete de la mañana del día veinte y seis, á cuya hora, se nos reunió el Ayudante Mayor veterano del Regimiento don Bruno de la Quintana con treinta y un hombres del mismo cuerpo, con cuyo refuerzo llegó á completarse ciento sesenta hombres sin los Jefes y Oficiales.

A las ocho y media de la mañana del 26 se recibió el oficio del señor Sub-Inspector que se incluye en copia bajo el numero seis, y como su tenor se reducía á que nos incorporásemos con él por donde lo encontrásemos con el tren volante avisando á don Florencio Terrada para que hiciese lo mismo, respecto á que tenía los enemigos á la vista, se le pasó el oficio número siete, con otro que aquel incluía, al señor Virey, que el capitán Terrada, á quien le pasó la correspondiente orden

el Coronel en cuya vista se unió inmediatamente con nosotros. Estando ya prontos á marchar en columna en el Tren á vanguardia al mando del Capitan de Artillería Beneterre precediéndole para las marchas un piquete de veinticinco Exploradores ó partida de descubierta al mando del Alférez don N. Terrada; llegó el Capitan don Leon de Rosas con el Oficio en copia número ocho del señor Virey, é imponiéndose el Coronel de las cartas abertorias que incluía las entregó cerradas con el pasaporte que cubría aquel al Teniente de Blandengues don José Ruiz, quien tomando del cuerpo cuatro hombres que dijo necesitaba para el desempeño de la comision á que lo destinaba el Virey, marchó.

Inmediatamente nos pusimos en marcha con la indicada formacion de columna cubriendo nuestra retaguardia la infantería montada al mando de Terrada, y conteniendo el paso con arreglo á lo prevenido por la órden General del veinte y cinco, señalada con el número tres, y con concepto tambien á que los caballos estaban ensillados y sin comer había más de treinta horas, y que sabíamos que no había caballadas del Rey para remudarlos, los caminos estaban algo pesados por las fuertes lluvias de la noche del 25, que se hacen mas sensibles en los terrenos de bañados por donde transitábamos. A la medianía del camino encontramos tres chasques de los que era uno el Capitán del Regimiento fijo de infantería don Miguel Marin, quien informó al paso al Coronel y Sargento Mayor que eran más de tres mil hombres los Ingleses con numeroso Tren. Continuamos nuestra marcha y á los pocos momentos divisamos ya al enemigo en columna caminando sobre el ángulo izquierdo de su frente por la diagonal hácia el paraje en que estaba situado con su tropa y tren el señor Sub-Inspector. La columna enemiga que se componía de los dos tercios de todo el ejército, traía á su retaguardia en cinco trosos como seiscientos á setecientos hombres y cubierta con las primeras filas de vanguardia el tren que solo se veía cuando abrían flancos para las descargas. El señor Sub-Inspector que estaba situado en un repecho que dominaba el camino carril de los Quilmes y la llanura ó declive que mira al Cañado exterior (cuya orilla firme, en mi concepto, estaba fuera del tiro de su artillería) esperó á que saliesen del mal paso para atacarlos. Rompió el fuego, lo que visto por nuestro Coronel mandó acelerar el paso al tren y tropas y como á proporción que estas se aproximaban notaba la formacion enemiga que presentaba á nuestra columna todo el costado derecho de la suya, hizo alto y mandó por un Porta-Estandarte prevenir al Sub-Inspector que si le parecía que con su gente en batalla y con el auxilio de los tres cañones de tren, los atacase por el costado que le presentaban, para distraerle ó llamar su atencion á dos puntos; mientras se logró su respuesta se hicieron reconocer las armas que consistían en espada y pistola: de estas las mas estaban sin piedras por el desorden y precipitacion con que se les hizo su entrega y las demás ó todas las que carecían de este defecto, tenían el que de las balas de los cuatro cartuchos por individuo, no venian de modo alguno al cañon de la pistola. Esta circunstancia que nos persuadimos amilanase la gente no hizo más que estimularla á pedir se les permitiese la entrada proponiéndose la

derrota enemiga con solo la atropellada de los caballos. Volvió el Porta-Estandarte con la respuesta del Sub-Inspector que se redujo á reiterar que nos reuniésemos á él por la izquierda de su formacion como tenía advertido en el Oficio (copia número seis) de aquel día. Marchamos aceleradamente á verificarlo así; pero antes de puntualizar lo ocurrido en nuestra reunion, expresaremos algunas circunstancias esenciales que hagan conocer la posicion de las tropas del Inspector y su formación.

Ya se ha dicho aunque de paso, lo dominante del terreno que este ocupaba con su tren y tropas, mas sin embargo no omitiremos prevenir que éste está situado más á los Quilmes de la estanzuela de don Juan Antonio Santa Coloma, que quedaba al norte de él, de modo que tiene descenso para el cantil del Bañado por donde salió el ejército enemigo y lo tiene igualmente para el terreno intermedio de las Lomas del sud en que se halla una especie de hondanada ó cañada que recibe las aguas de estas y aquel repecho. Las tropas que tenía el Sub-Inspector á su mando compondrían como el número de doscientos hombres poco más; de estos los ochenta eran blandengues y los ciento veinte restantes milicianos de la frontera parte con espada y pistola y parte con chuza. Su formacion era extraordinaria y mucho más la colocación del gefe y artillería. Los blandengues que tenían espada y carabina estaban en formacion de batalla con dos de fondo y cuarenta de frente: de esta formación á la de los milicianos que estaban á su retaguardia mediaría el espacio de veinte de frente ó mitad de compañía; estaban en dos filas como los primeros y á igual distancia entre sí que la de aquellos, pero con la diferencia que estando línea recta los costados derechos de ambas formaciones, no lo estaban los izquierdos, pues que las dos filas de milicianos de retaguardia (cuyo costado derecho ocupaban los de espada y pistola y el izquierdo los de sola chuza) constando en el todo de ciento veinte hombres, venía á tener cada una sesenta de frente, resultando de aquí que el costado izquierdo de la retaguardia era más saliente veinte hombre de frente (en dos filas de igual número cada una) que el izquierdo de la vanguardia. Los cañones en número de cuatro que debían cubrirse con la caballería para cargar, y abrirse flancos para salir al frente á hacer fuego, convirtiendo luego por derecha ó izquierda á retaguardia para volver á cargarlos (evolucion la más sencilla del tren volante con caballería cuando se opera ya sea avanzando, ya perdiendo terreno, ó ya á pié quieto) estaban colocados al costado derecho en formacion de columna con dos de frente: los caballerizos del aban-tren estaban pié á tierra y se servían los fuegos con igual pausa y magisterio que si se hiciera una Salva Real con treinta ó cuarenta segundos de tiempo intermedio. El Inspector cuya colocacion debería ser el frente de sus tropas ó el que de pronto exigiese su presencia estaba colocado hácia el costado derecho en el medio de las dos formaciones de Blandengues y Milicias de la frontera, de modo que estaba cubierto por dos filas de hombres así por vanguardia como por retaguardia sin el menor recelo de ser herido, pues aunque estaba á caballo, este era un petizo semi-burro. El Comandante de Blandengues que debía cubrir el costado derecho de su cuerpo cuatro pasos á su frente, estaba haciendo de costado

izquierdo de los chuzeros. El Sargento Mayor de voluntarios de caballería de la frontera, don Cosme Becar, el Ayudante Mayor del mismo don Miguel de Irigoyen, el Teniente de Blandengues don N. Balcarce (Ayudante interino de su cuerpo) el Alférez de Infantería don N. Rodrigo y un cúmulo de Oficiales más, circundaban al Sub Inspector con iguales parapetos que él, quedando á retaguardia de ambas formaciones el Capitan Espinosa con un buen caballo. Luego que por Arze se rompió el fuego salió una llamarada de pólvora floja del centro de la columna enemiga y observamos que la Fragata Inglesa que hacía de comandanta arrió una bandera fondo azul que tenía por las miras de proa en las drizas del Juanete mayor é hizo una encarnada en el tope del trinquete, en cuyo momento empezó á hacer uso la columna Inglesa de su artillería; observándose hasta entonces que los tiros del tren de Arze hacían en ellos notable operacion, porque se descubrían claros que procuraban ocultar reuniéndose y angostando el frente de la primera fila de la columna.

Expresadas ya las circunstancias que contemplamos esenciales para conocimiento de la posicion que ocupaba el Sub-Inspector y colocacion de sus tropas, pasemos á relacionar lo ocurrido en nuestra reunion á ellas, y siguientes sucesos. Como se ha dicho ya, marchamos aceleradamente á reunirnos por el costado izquierdo de la formación de Arze, yendo á la cabeza de nuestra columna, el Coronel, Sargento Mayor y los capitanes de la quinta y duodécima Compañía. Desplegaron en batalla con espada en mano (por la inutilidad de las pistolas) en el momento crítico en que estaba hiriendo la fusilería enemiga, y que asestaban los cañones con el objeto de desordenar la incorporacion de nuestras tropas (que con las de Infantería montada, componían doscientos sesenta hombres, y cuatrocientos sesenta con las de Arze). Trató de precedernos en la reunión el Capitan Beneterre, con el tren de tres Violentos que llevaba, y preguntando por Arze que si iba cargado, como le contestase que no; lo mandó que se retirase. Casi puestos en formacion de batalla cuando tratamos de alinearnos con las filas á que nos uníamos, por disposicion del señor Arze (y sin precedente aviso al Coronel, ni la menor instruccion de lo que debíamos ejecutar), se tocó por un tambor montado, retirada, toque que muchos no oímos, ni aun cuando lo oyeramos sin otro antecedente, conoceríamos su objeto, pues que la enseñanza de este Regimiento fué con trompeta que es lo que establece el Real Reglamento de catorce de Enero de mil ochocientos uno: en vista del toque los Blandengues convirtieron con precipitacion sobre el costado izquierdo que hicieron de ege, y de saliente el derecho, y como su frente en cada una de sus dos filas era de cuarenta hombres, nos solaparon con caras encontradas y espada en mano, y como sentían á su espalda el silbido de las balas de fusil y cañon rompieron por nuestras filas con el mayor desorden poniendonos á todos en el mismo, tanto que perdimos la formacion enteramente y tuvimos que retirarnos con el resto de tropas de Arze que pudo evitar la muerte y heridas de algunos ya que trataba de retirarse sin ordenar nuestra reunion, ó cuando hecha esta hubiese determinado aquella, si él tuviera nociones del arte militar en los tres ramos de Artillería, Infantería y Caballería, hubiera dis-

puesto que la conversión de esta ó fuese por filas de à cuatro ó volviendo caras con caballo adelante, con lo que se evitaría que con la conversión de todo el frente desordenasen los Blandengues á todo el resto de tropas. Se abandonó el puesto no ya en retirada sostenida, sino en precipitada fuga, abandonásele al enemigo los cuatro violentos de Arze y uno de Beneterre con la diferencia que aquellas quedaron con los aban-trenes y éste sin él, sin que podamos decir con fijeza qué justo motivo haya ocasionado este abandono. Nos retiramos á tres cuartos de legua del campo sobre las Lomas, en cuya retirada hizo algunas descargas al enemigo así á nuestra gente desordenada como á las casas y ranchos de las inmediaciones temiéndose emboscada en ellas. Para esta retirada y coordinar la gente dispersa estaría encargado sin duda el Capitan de Blandengues Espinoza porque ya estaba en las Lomas cuando fuímos á situarnos en ellas. En el camino trató de sincerarse en públicas voces el señor Sub-Inspector diciendo *que él había ordenado una retirada, no una fuga, pero que no extrañaba esta acordándose de lo que había dicho Quintana de que no tenía completa satisfaccion de los Blandengues, en cuyo caso que se podía esperar de las Milicias que serbian en los casos urgentes por pension y sin la disciplina que aquellos debían tener.* Estas reflexiones lo hicieron entonar más por grados, y dijo: *que tenía la satisfaccion que todos lo habían dejado solo, y continuando con el mayor ferbor expresó: que si alguno creía que la retirada que el había mandado era efecto de cobardía, él desafiaba al más valiente de los que lo rodeaban para que saliese á batirse con él de hombre á hombre en campaña: luego abatiendo el todo vertió con la recancanilla y grosería soldadesca, un c... ¡Que dirán las Mugerres de Buenos Aires!*

No se puede fijamente expresar el número de muertos y heridos en esta accion, ya porque no se tuvo la precaucion de recogerlos, ni había dispuesto de antemano carruage para su conduccion (sin duda porque el Virey é Inspector creyeron que nunca llegaría este caso) como porque se ignoraba el paradero de muchos individuos de las compañías, no sólo por sus Capitanes, sino tambien por sus propias mugeres y familias que están en la tristísima incertidumbre de si son ó no viudas y huérfanas.

Se procedió á la reunión de la gente dispersa juntando cada Capitán los individuos de su respectiva compañía, y hecho se procedió á pasar lista por órden del Sub-Inspector para saber el número de los que faltan y quienes. Esta disposicion que tuvo en suspenso otras más oportunas en aquel caso, y las reiteradas formaciones que después de ellas se mandaron, nos detuvieron el espacio de más de hora y media: de modo que habiendo empezado la salba de Arze á las once, durado esta y la repulsa enemiga hasta las once y tres cuartos, corrido un cuarto de hora, y demorándonos una y media, vinimos á disponernos para la marcha cerca de la una y tres cuartos. La orden que dió dicho señor para ella fué que los voluntarios de Caballería de Buenos Aires en formacion de columna se dirijiese á la Capital llevando siempre á la vista las márgenes del Bañado y que sobre él á la retaguardia y vanguardia caminasen dos partidas de descubierta para examinar los movimientos del enemigo: para la de retaguardia se comisionó al Alferez del mismo cuerpo

don Juan Terrada con quince hombres, y para la de vanguardia al Sargento retirado de Alférez (y hoy primer Guarda Almacén de Tabacos) don Elías Bayala, que estaba con Arze en calidad de aventurero, aunque denotaba tener el mando en Gefe con veinte Blandengues. A los de este cuerpo y Milicias de la Frontera, que se colocaron en la misma formación se les ordenó que se dirijiesen á igual destino por las partes de las Lomas, y el Sub-Inspector dispuso su marcha con un tambor montado y los oficiales de su círculo, entre ambas columnas, previniéndole que siguiésemos una marcha pausada y que cuando él mandase tocar redoble al tambor hiciésemos alto.

Continuamos con este orden la marcha hasta las dos y tres cuarto que oído el redoble hicimos alto, y vimos que echó pié á tierra el Inspector y sus Edecanes y mandando hacer lo mismo al tambor puesta la caja en el suelo y colocada sobre ella sus probiciones de boca, comió con sus oficiales, siendo nosotros solo espectadores, y concluída la comida se puso á pasear con ellos á pie hasta que las descubiertas de retaguardia avisaron la acelerada marcha que traía el enemigo. Con este motivo se ordenó por el Inspector la continuación de la nuestra que emprendimos primero al trote y luego al galope hasta que se hizo detenida caminando al paso natural de los caballos, por no poder resistirla estos más acelerada; y con ella llegamos á la casa Quinta de Galbes media hora antes de oraciones en las circunstancias de estar ya cortada la mayor parte del Puente á excepcion del costado del Sud de él en que habría como una media vara de ancho por donde nos hicieron desfilar uno á uno con el cuidado que ofrecía una angostura como aquella llena de hendiduras. Pasado el Puente por orden del señor Virey se nos mandó situarnos en el frente de la Barraca de Cagigas, y efectivamente lo verificamos en formación de batalla con hendiduras. Pasado el Puente por orden del señor Virey se nos mandó situarnos en el frente de la barraca de Cagigas, y efectivamente lo verificamos en formación de batalla con dos filas dando la espalda á la misma fachada de dicha Barraca. En estas circunstancias nos conservamos hasta las seis y media de la noche en que llegó allí el señor Virey, quien haciendo que el Coronel don Juan Ignacio de Elía y el Coronel de ejército don Tomas de Rocamora, Sargento Mayor veterano del mismo cuerpo de aquel lo siguiesen, se condujo con ellos y con diez y seis Edecanes que lo acompañaban, á las viviendas de la misma Barraca, de donde despues de largo rato de conferencia, se separó llevando consigo á los Ayudantes mayores veteranos voluntarios de Caballería de esta Capital don Pedro Ibañez y don Bruno Quintana para Edecanes, Elía y Rocamora vueltos al frente de la formación de su Regimiento, y con concepto á las instrucciones que de palabras le había dado el Virey, hicieron mudar en columna sobre la izquierda y estrechando los frentes por la angostura de la calle y mucha agua en ella, vinimos á cubrir las alturas del molino de la Residencia. Llegados allí vino inmediatamente contra orden para que pasásemos á la calle larga de Barracas en donde nos situamos junto á la cerca de la Quinta del finado don Bernardo Sancho Larrea, y haciéndonos echar pié á tierra, por el Edecan don Juan Manuel Marín (que dijo

se nos traerían seis reses para los soldados, que nunca llegaron) nos conservamos con el caballo del diestro el espacio de media hora á cuyo término se nos ordenó pasásemos á cubrir las alturas de la casa Combalecencia de los Padres Belethmíticos, y puestos ya en marcha para verificarlo, se nos dió contra órden, y con concepto á ella nos apostamos contra la cerca de la Quinta de Marull en formación de batalla, y reiterandosenos que iban á traer las reses para la tropa, echamos pié á tierra con la cabeza del Regimiento al frente de la Quinta de Dorna, en que estaba el señor Virey, y el resto hasta las Barrancas lo ocupaban los Blandengues y Milicias de la Frontera, á quien se les entregaron reses y procedieron á hacer sus fogatas para asarlas; sin que los nuestros hayan merecido igual socorro despues de la oferta hecha con repetición y estar había treinta horas sin tomar ninguna clase de alimento sufriendo la continua vestinca y chubascos.

El señor Virey desde la Quinta de Dorma en que estaba alojado, salió por tres ó cuatro veces hasta el medio de nuestra formación acompañado de sus Edecanes á preguntarle solo al Coronel Elía que *como iba y que se conservasen prontos para ir á donde los destinasen*. Efectivamente á las dos de la mañana del día 27 mandó que nos dirijésemos al paso de Burgos, lo que efectuamos poniendonos en marcha para aquel destino, en cuyas inmediaciones se nos hizo hacer alto, por cuya razón nos conservamos en las angosturas de aquellos pasos sufriendo las continuas aguas, inciertos casi del paraje en que nos hallabamos más de tres horas. De allí se nos mandó formar en columna inversa por la retaguardia y retrocedimos á las alturas que dominan de la Casa Convalecencia de los Belethmitas en donde se nos reunió el señor Virey con sus Edecanes, de los cuales don Basilio Irigoyen había venido antes á nuestro cuerpo á solicitar si estaba allí el Inspector *pues no lo hallaba en parte alguna, siendo así que había mas de dos horas que lo buscaba de órden de S. E.* En nombre del mismo pidió un soldado que se encargase de ir á llamar al Inspector á la Quinta de Liniers, *en donde dijo podría estar acompañando á la Señora Vireina*, y se le dió uno que practicase esta diligencia, por el Alférez don Bernabé de San Martín, que por falta de los propietarios y agregado estaba haciendo veces de Ayudante.

Reunido ya el virey como se ha dicho en compañía del Coronel del ejército don Manuel Gutierrez que con doscientos hombres de su mando se había retirado de la Ensenada, donde estaba destacado, por el paso de Burgos, fueron uniéndose á nuestras tropas todas las que de Blandengues estaban apostadas en varios puntos, la compañía de Infantería montada del mando del Capitán Terrada, las Milicias de Caballería de la Frontera en crecido número, y varios piquetes que hasta aquel punto habían estado destacados en la costa desde los Olivos á San Isidro y Punta de las Conchas, de modo que ya se completaba un cuerpo de mil ochocientos á dos mil hombres de Caballería. Con esta fuerza se conservó S. E. hasta las seis tres cuartos de la mañana en que se volvió á romper el fuego entre el enemigo y nuestra Infantería de Milicias que componía con la compañía de Granaderos del Regimiento fijo cuatrocientos hombres situados en la parte del norte del Riachuelo sin trinchera ni mas amparo que un corto cerco de tunas á su costado derecho.

Estuvimos viendo con S. E. este tiroteo, habiendo echado antes pie á tierra por su órden, hasta que forzados por los enemigos los puntos de oposicion que tenían en algunos buques del Riachuelo, desde donde se les hacía bastante estrago por algunos patriotas (que hubiere continuado y aún ocasionádoles una mortandad considerable á haberseles pasado por S. E. las municiones de que carecían y que habían pedido con repeticion) hicieron de ellos paso para sus tropas y lo protegieron con su Artillería y fusilería desde la orilla opuesta, sin que los nuestros de Infantería que no tenían más que dos piezas una de á cuatro y otra de seis (pues las demas las había echo sacar S. E. desde la noche antes, después del tiroteo que á las siete de ella hizo retirar al enemigo un cuarto de legua del Puente, y colocádoles á la cabeza de nuestro Regimiento frente de la Quinta de Dorna que era su alojamiento) hubiesen podido impedirles el paso á los contrarios; por cuya causa y la de no ser cortados tuvieron que abandonar los nuestros el costado del norte del Puente. La Caballería, que como el Virey estuvo presenciando el tránsito de las tropas Inglesas se dispuso á marchar, y viendo S. E. el ánimo en que se hallaban se dirigió con ellas desde las alturas por la margen del Riachuelo hácia el paso forzado por los enemigos como con ánimo de atacarlos al parecer por el costado izquierdo. No bien habría caminado la Caballería la mitad del camino, cuando S. E. hizo hacer alto para proteger la Infantería dispersa que se intercaló entre las filas de Caballería. Hecho esto y cuando nos presumiamos que se ordenase la continuacion de la marcha con el objeto que se había emprendido, se hizo echar pie á tierra de nuevo por S. E. quien ordenó que mudasen Caballos los que lo tuviesen fatigados. Como la caballada del Rey que nos seguía no alcanzaba á cien caballos, y de ellos los mas estaban inútiles, solo se encontraron treinta y tres que se destinaron al cuerpo predilecto de Blandengues, únicos que durante la campaña tuvieron la prerogativa de posesionarse de reyunos y caballos de particulares.

En esta operacion se impendió algún tiempo que por consiguiente retardó la marcha, y para continuarla se puso el Virey á la cabeza de la columna con dos piezas de ocho á su vanguardia, y en altas voces dijo: *que se dirija á la Plaza.* voz que se propagó por todas las compañías hasta la retaguardia. Se dirigió efectivamente la caballería hácia la plaza, por la calle llamada del Temor, y dos cuabras antes de llegar á las esquinas de este nombre torció para el campo S. E. y por consiguiente todas las tropas de su mando, que vinieron á salir á la quinta de Liniers, en cuyas inmediaciones nos hallamos al Sub-Inspector que venía con el soldado que la madrugada del mismo día á solicitud del Teniente don Basilio Irigoyen, se había destinado á buscarlo. Se hizo alto mientras S. E. habló á solas con él, y concluido se adelantó el Sub-Inspector hácia la misma quinta, á donde igualmente nos dirigimos, pero antes de llegar á ella salió en coche la Exma. señora Vireina é hijas, escoltada por Arze y su yerno don Juan Manuel Marin, al mando de un trozo como de sesenta hombres de caballería entre Blandengues y voluntarios de la Frontera. Nos detuvimos sin desmontar algun tanto en la puerta de dicha Quinta, mientras S. E. y los Edecanes que lo acompañaban entró en ella

y salió dirigiéndose hácia fuera mandando que siguiésemos su marcha, como lo ejecutamos. Habríamos andado como una media legua, cuando á todo correr nos alcanzaron, el Capitan de Urbanos Arze y el Alférez de voluntarios de Infantería don Jorge Robledo, que en calidad de enviados había destinado el comandante Interino de la Plaza á prevenir á S. E., de las disposiciones con que el General Inglés quería que aquella capitulase. No pudimos orientarnos, por la distancia, del informe dado por los Enviados sobre este punto á S.E., con quien hablaron á solas, pero pudimos comprender muy bien su contestación, que fué en altas voces y en los términos siguientes: « Diganle al comandante de la Plaza que si tiene tropas y armamento que la defienda, y sino que la entregue ». Dicho esto y sin esperar á mas nos hizo caminar en su seguimiento como lo hemos ejecutado á pesar de toda la fuerte lluvia hasta la chacra de don Juan Pedro Córdova á donde llegamos cerca de las dos de la tarde. Echó pié á tierra S. E, y se metió en la casa de la misma chacra, en donde se hallaba ya la Vireina con sus hijos y el Inspector. Se nos mandó que nos apeásemos conservando los caballos del diestro, lo que así se hizo por todos los Soldados y oficiales á excepcion de los Comandantes y Jefes principales de los cuerpos que pudieron refugiarse en los corredores de la misma casa, sin que en las viviendas de ella (que ocupaba el Virey con su familia y el Sub-Inspector) pudiese entrar otro que el Coronel, Comandante de Blandengues don Nicolás de la Quintana y los demas que tenían alguna relacion de parentesco con este y S. E.

Así nos mantuvimos hasta cerca de anochecer que habiéndose puesto una avanzada de cincuenta hombres al mando del Teniente Gascon en una altura como media legua mas hacia la capital se nos mandó desencillar y poner en pastoreo los caballos, trayendose algunas reses que se asaron por la tropa con bastante trabajo así por la abundancia de aguas, (de que no podian precaucionarse) como por la escases de leña, cuya falta se hizo suplir con los palos de los corrales de la misma casa que se echaron enteramente al suelo. Nos mantuvimos así hasta la mañana que llamados los Gefes de los cuerpos se les dió por S. E. la órden de que nos retirásemos todos á nuestros respectivos vecindarios, entregando antes el armamento al Sargento Mayor de voluntarios de la Frontera don Cosme Becar encargado por S. E. de recibirlo. El Coronel don Juan Ignacio de Elía que como Gefe de los voluntarios de esta capital de la que todos sus individuos eran vecinos y naturales tenía que retirarse á ella, hizo presente á S. E. que siendo ya Buenos Aires dominado por el enemigo, no podía entrar en ella sin que se le diese un pasaporte ú órden escrita y firmada por él, para evadirse de que lo reputasen espía ó al menos lo tuvieran por sospecho. Ni uno ni otro ha querido otorgarle y solo consintió que Becar en el recibo que le dió del Armamento expresase la órden verbal que impulsaba esta entrega y la de la retirada á la Capital: Documento que fué preciso que dicho señor Coronel manifestase á nuestra entrada á esta al General Inglés para sincerarse con él.

PEDRO A. CERVIÑO.